

Leandro Perdomo



LANZAROTE YYO

CRONICAS Y
CUENTOS 1972

Sabido es de todos la positiva labor que el Excmo. Cabildo Insular de Lanzarote ha venido realizando en orden al progreso económico y social de la Isla, llevando a cabo obras meritorias que, tanto propios como extraños, valorizan en su justa dimensión. Estas obras hablan muy alto de los hombres que en el desempeño de su cargo, en cada momento, se han desvelado por proyectar el prestigio de Lanzarote más allá de los límites locales. Asimismo, de unos años acá, la Corporación Insular lanzaroteña ha hecho patente su preocupación por dar impulso al desarrollo cultural de la Isla en todos los aspectos, volcando especialmente su interés en fomentar y estimular las actividades artísticas de los hijos de Lanzarote, patrocinando ediciones de tipo literario que versen sobre temas isleños y que enaltezcan los valores espirituales y humanos de la Isla. Hoy, con la presente edición, el Cabildo Insular se apunta una nueva victoria al sumar un título más a los ya publicados bajo su patrocinio, que son los siguientes, por orden de aparición:

Lanzarote, de Agustín de la Hoz, (1962).

El volcán y el país de la Corona. La Cueva de los Verdes y los Jameos, de Telesforo Bravo, (1964).

Tubos volcánicos en Lanzarote. La Cueva de los Verdes, de Federico Macao, (1965).

Reedición de *Lancelot 28°-7°*, de Agustín Espinosa, (1968).

Lanzarote, volcán de leyendas, de Jesús María Godoy, (1969).

Titerroigatra y yo, de José María Godoy, (1969).

Cubierta:

CÉSAR MANRIQUE.

LANZAROTE Y YO

LEANDRO PERDOMO

**LANZAROTE
y YO**

**CRONICAS
y
CUENTOS
1972**

ARRECIFE DE LANZAROTE

1974

**EDICIÓN PATROCINADA POR EL EXCMO. CABILDO INSULAR
DE LANZAROTE**

**Depósito Legal G. C. 451-1973
Lit. Saavedra - C/. E. Fuentes, 33 - Las Palmas**

ÍNDICE

PÁGINAS

DEDICATORIA	11
PRÓLOGO: <i>Un escritor bajo su almendro</i>	13
La resurrección del gato	17
Mi cuadro y los millonarios	19
Mi puerto	21
El alma atrás	23
¿Dónde está el poeta?	25
Una esperanza	27
Los buenos argumentos	29
El Puente remozado	31
San Ginés el bueno	35
Las fiestas, la vida y el Charco	39
El sepulcro de Guadarfia	41
Moros en el Charco	43
Hijos ilustres de Lanzarote	45
Verdades y más verdades	47
Acatife y las melenas del Cristo	49
Un camellero notable	51
Gallos, teatro, recuerdos	55
La mareta de Guadarfia	57
Los tres tenores 'inéditos' de Lanzarote	59
Más sobre los tres tenores de Lanzarote	61
Los expertos y el taponazo	63
¡Bien por los arquitectos!	65
El pan nuestro	67
Nuestra emisora	69
El escarabajo pelotero	71
¿Llegará la nave a puerto?	73
Mediocridad, aborto, enajenación	75
El retorno a la pezuña	77
La más terrible droga	81
Los drogadictos del volante	85
Los estudiantes y las drogas	87

La caza del pájaro	91
Los 'cantapoetas' o 'cantamañanas'	93
Tres sonetos de ilusión	95
Tres sonetos de pasión	99
Más claro, agua	103
Mi amigo Paco Fierro	105
Cuando se siente la muerte	107
Ha muerto un hombre	109
Réquiem por 419 negros	113
El otro y no nosotros	115
De Lanzarote a Fuerteventura y viceversa	117
Bajo el cielo majorero	121

TRES CUENTOS DE PELOS

Los bigotes de mi abuelo	125
Las barbas de mi tío	127
Las melenas de mi primo	129

TRES CUENTOS DE INDIANOS

El desquite	135
El encuentro	139
La manga	143

*A todos los lanzaroteños que aman
la Isla de verdad y no negocian.*

L. P.

PRÓLOGO

UN ESCRITOR BAJO SU ALMENDRO

¿Florece el almendro en Tegui-se? Creo, me parece que no. Pero existe y se alzan palmeras y tarajales añosos, troncudos, aptos para el menester. El menester de colgarse de ellos, en instancia pos-trera, deses-peranzada.

* * *

Hace años dialogaba el autor de este papel con un finísimo, alerta espíritu, sobre la famosa —entre nos— poesía de Estévanez. La defendía yo. La denostaba el otro. Y me dijo rotundo:

—Arreglado anda el que sólo tenga un almendro por patria. Acabará colgándose de él.

De entrada comprendí lo exacto de su postura. Pero reargüí:

—Cierto; pero al menos tendrá donde colgarse: tendrá patria. Porque hay seres tristes, malditos, que ni siquiera con esa patria cuentan.

Esto lo he recordado al leer uno de esos estupendos trabajos con que el escritor lanzaroteño Leandro Perdomo nos despierta. En él se afirma que él era de allí, de su tierra, de Tegui-se —en el XV se le imponía una 'h' al nombre de la reina amorosa— y que allí habría de vivir y morir. Un asiento de envidiable orgullo: saber dónde se quiere vivir y saber dónde habrá uno de convertirse en tierra de la propia tierra suya.

Conocí a Leandro Perdomo hace años apenas precisos. Creo que fue a través de ese indeclinable eslabón de toda bohemia que es Federico Sarmiento. Fue escaso nuestro trato. Su forma un tanto a la espera —¿de qué?— no ensamblaba en lo aparente a la mía que intentaba ser abierta y sin preocupaciones; pero esto era un disfraz.

Luego me enteré de su ausencia. De su marcha a Bélgica poblado de familia y de su enfrentar con la aventura de las minas. Después nada y el silencio. Uno también tenía que defenderse de la maldad

y la envidia y de la soberbia visible de 'los aprovechados'. El tiempo se encargaba de metamorfosear la piel de las islas. Y de sus habitantes. Pero el almendro, la palmera o el tarajal añoso continuaban, continúan en su sitio. Y han sobrevenido espacios en que uno ha estimado el instante de utilizarlos. Pero se resistió ante el imperio del envido.

En mi trato escasísimo conceptué a Perdomo hombre íntegro con sed de justicia y hermandades humanas. Acaso no me equivoque. Hace poco, un año, acaso más, le saludé en las entretelas del PÉREZ GALDÓS. Un saludo fugaz en el que apenas le reconocí, que el tiempo cambia la piel de todas las cosas, como se ha dicho. Ahora leo esos soberbios encuentros suyos con la vida lanzaroteña, con lo que es su propia vida y ha sido para mí la revelación de un gran escritor en madurez fecunda. En esos escritos el personaje central y de trasfondo es la tierra en que nació: Lanzarote. La maneja y voltea con serenidad integral, con lenguaje propio, transparente, y tiene el talento de permitirle —a ella, a Lanzarote— que se ofrezca y actúe como es, como él la siente; como él la ha visto y a cada instante ve.

Para mí, regresado, aventado de tantas cosas, sus trabajos sobre las pelambreras familiares o los otros en que cimbrean las figuras de aquellos cantores que estrellaron sus voces entre el asombro de los valles propios con el cresteo de unos finales de tragedia me han recreado la visión de una isla donde cualquier volcán es propio, con fuerza poética que hasta él nadie —o casi; nunca se sabe— había manejado. En esos pedazos del vivir encajados en renglones uno ha vuelto a encuadrar a Lanzarote con más fuerza que tras la indigestión lectora de un mundo de confitadas GUÍAS turísticas. Confitadas y 'confiscadas', que diría mi abuela.

Para el que escribe, Leandro Perdomo con su trashumo de narrador de tribu es escritor de entraña. Uno entre los mejores de las islas. Sin sofisticaciones pedantes. Y el deleite individual y egoísta le hace pedir al que escribe que tales retazos se ensarten y fijen en los pliegos de un volumen. Por él o a través de quienes deben andar en el alerta de semejantes menesteres.

Leandro Perdomo —me parece— es de Theguise, con 'h'. Y de Theguise fue Clavijo, el de Goethe. Leandro Perdomo es un espléndido escritor. Enraizadamente canario. Tremendamente canario.

Uno, de esto, entiende un poco.

N. A.

[Crónica publicada en DIARIO DE LAS PALMAS.]

CRÓNICAS Y CUENTOS 1972

LA RESURRECCIÓN DEL GATO

El hurón está calado, el perro apunta y el cazador espera el instante de columbrar el conejo para disparar. Pasa un minuto; pasan dos, tres... De repente se oye un remujo de piedras y el perro levanta el hocico y se engurruña en posición de brinco. Suena un tiro. Revuelto en arena y sangre yace panza arriba un gato...

Esto sucedió entre Teguisse y Tahíche. Yo contemplé la escena. Fue una tarde arrugada y soleada y el paisaje original de la isla se retorció por las montañas y el llano. El disparo retumbó en el llano. Y yo contemplé el gato muerto, que era amarillo como un tigre, lo cogí en mis manos y le di sepultura. Al tiempo que lo enterraba yo me lamenté de que no fuera verdad eso de 'las siete vidas del gato'.

Hoy me he vuelto a acordar del gato amarillo como un tigre tumbado de un tiro de escopeta una tarde de verano arrugada y soleada. Con el periódico en las manos, me he dicho: "No, no deben morir los gatos; he aquí las consecuencias de la muerte de los gatos".

Según el periódico, se ha comenzado en Las Palmas una campaña de desratización que va a ser terrible. Se pretende no dejar una rata con vida en toda la ciudad, llena de estercoleros. Equipos de cazadores de ratas más o menos especializados, algunos motorizados, montarán guardia permanente para darle la batalla total y definitiva a tan dañino como repugnante roedor.

Y, ¿cuánto va a costar esa batalla, cuánto dinero se va a gastar?, es la pregunta que me he hecho acordándome del gato enterrado entre Tahíche y Teguisse. ¿Cuántos millones?

Aunque sólo sea un millón, ese millón hace falta para tantas necesidades como tienen las islas, sobre todo las de nuestra provincia, que no hay que olvidar que nuestra provincia es la de más elevado analfabetismo de la nación.

¿Solución para ahorrarse ese dinero?... No matar los gatos, fomentar la vida de los gatos. ¡Oh, si fuera verdad eso de las siete vidas de los gatos!

Julio Viera va a publicar un libro que lleva por título el mismo de este escrito: *La resurrección del gato*. El libro lo ilustrará con dibujos realistas Camilo José Cela, según me comunica Julio. Yo

espero que tanto el uno como el otro, tanto el pintor isleño nacido en Gran Canaria como el escritor peninsular radicado en Baleares, se lancen a una defensa acérrima de la vida de los gatos, para bien de nosotros los canarios, de los ciudadanos canarios. Y espero que no tengan reparos en llamar la atención de las autoridades para que controlen a los forasteros que llegan a las islas, a quienes, según parece, les gusta la carne de gato tanto o más que la de conejo... Bueno, esto se ha dicho siempre y yo no sé lo que hay en ello de verdad. Lo que sí es cierto es que antes de la llegada de tanto ser extraño a Canarias, los gatos se paseaban por las azoteas como Perico por su casa, y las ratas casi no existían; si acaso, algún que otro ratón, como Andrés.

No le quepa la menor duda a nadie: contra las ratas, ni venenos ni trampas ni nada; sólo hay un arma eficaz: el gato.

Aboguemos, pues, en Canarias, por la resurrección del gato. Que viva el gato. Que vivan las gatas paridoras y fecundas. Que se aconseje a todos los vecinos de Las Palmas y también de Arrecife la saludable medida de la adquisición de un gato. Que no falte en cada hogar un felino, como sucede aquí en Teguiise donde por lo menos..., por lo menos hay un gato por habitante y por eso no se ve una rata a pesar de tanto basurero, sino algún que otro ratón inofensivo...

Y que cuando se trinque a un forastero comiéndose un gato, que sea inmediatamente expulsado de la isla.

MI CUADRO Y LOS MILLONARIOS

Cada cual está en lo suyo. Camilo José Cela dice que España es un país de vagos, que las gentes no piensan sino en la lotería y en las quinielas. ¿No habrá exagerado un poco el genial autor de *La familia de Pascual Duarte*? Bueno, allá él, y si él lo dice sus razones tendrá.

Por mi parte, yo no le tengo mal a nadie que piense en ser un día millonario. Todos, el que más el que menos, quieren ser millonarios. Y esto en España y fuera de España (¿menos en Rusia?). Lo malo es que, como dice don Camilo, esta aspiración del español va empujada por el deseo de “no dar golpe”, como si en España se necesitara esa condición de hombre rico para no dar golpe. En España yo conozco a ricos que trabajan o hacen que trabajan y a pobres que ni siquiera se molestan en hacer que trabajan. Hay de todo.

Lo malo no está en querer llegar a rico por medio de la lotería y las quinielas. Estos individuos pueden ser unos angelitos. No lo son de seguro los que llegaron a ricos sin quinielas ni lotería. Éstos que se confiesen, que Dios los coja confesados. ¿O es que trabajando honradamente, en España, se puede llegar a rico? La riqueza, por el trabajo personal, se puede alcanzar en los países ricos, en los Estados Unidos de América y de Venezuela, por ejemplo. Pero yo siempre he oído decir que España es un país pobre, y que Lanzarote es una isla muy pobre, quizá la más pobre del Archipiélago. Si es así, hay que desconfiar de los ricos de España y de Lanzarote que llegaron a serlo sin la lotería o las quinielas.

Como buen español de la época actual metalizada que vivimos, yo también quiero ser millonario. Es más, creo que lo soy ya desde hace tiempo. Y lo soy sin subterfugios, sin trampas; o sea: sin lotería ni quiniela y sin comerciar, sin negociar. Sé que muchos no lo creen pero es así. Me explicaré.

Hace ya bastante tiempo, se publicó en la prensa una entrevista que me hicieron con motivo de un cuadro que descubrí casualmente entre unos viejos trastos desvencijados en el sótano del arcaico caserón de mis abuelos donde vivo. El cuadro vinieron a verlo algunos entendidos. Hubo disparidad de criterios. “El cuadro puede valer

mucho y puede no valer nada..." Yo me callé, no abrí boca, y esperé la visita de unos señores que me lo habían anunciado por carta y por telegrama. Éstos fueron llegando, y la disparidad de criterios siguió repitiéndose: "Puede valer millones, sí...; puede no valer nada, no..." Yo seguí callado, y esperé. Hasta que vino mi amigo Virgilio Cabrera (al fin pudo venir) y sin pantomimas, categóricamente, dijo: "Este cuadro vale".

Estudiamos el asunto mi amigo Virgilio y yo y, cada vez más convencidos de que el lienzo es un Giorgione auténtico, cada vez más seguros según lo mirábamos y lo remirábamos con 'el puño en el ojo' de que el cuadro no puede ser otro que el titulado *La tempestad*, de Giorgione, me dijo: "Nada, convencido: eres millonario". Y nos despedimos.

Ahora sé que todos se asombrarán (ustedes, los lectores) de que yo no cogiera el cuadro inmediatamente y lo llevara a Madrid o a París, lo vendiera y me volviera a Lanzarote con los millones.

No; jamás haré eso. Por dos razones. Primera: Porque con los millones en el bolsillo, probablemente no volvería a Lanzarote, y yo quiero vivir lo que me queda en Lanzarote y ser enterrado aquí, en esta tierra seca, quemada, polvorienta, y fundirme hecho yo mismo polvo en la entraña del paisaje más pelado y esquelético de la isla atormentada de volcanes, y negocios, y pasiones... Y segunda: Porque quiero vivir en Lanzarote, aquí, en la Villa de Tegui, sin complicaciones, sin algarabías, sin bullas. O sea: que quiero vivir tranquilo. Si aparezco aquí con los millones, en cuanto la gente se entere no parará el desfile. A todas horas me tocarán a la puerta, las visitas no se interrumpirán y los amigos surgirán en enjambres, como las abejas en el panal... Y yo quiero vivir tranquilo, en soledad, olvidado de los amigos que fueron y de los que no llegaron a serlo nunca.

Mi cuadro seguirá colocado donde está, con el perro guardián amarrado a la puerta, y mi riqueza está en la vista, en la contemplación diaria de la obra de arte, a la hora y en el momento que me da la gana, como ahora que, según escribo, cada vez que levanto la cabeza del papel lo veo frente a mí, colgado, inmóvil, enhiesto, lleno de luz y de vida.

MI PUERTO

Siempre en Canarias los puertos han sido tema de actualidad. Es natural. Todos sabemos la importancia que para la economía de las Islas tienen sus puertos. Por eso la prensa diaria de nuestra provincia les dedica una sección fija bastante amplia, informándonos incesantemente sobre el movimiento de buques, importación y exportación de mercancías, arribadas forzosas, robos en los muelles y otros muchos y variados aspectos, algunos incluso hasta pintorescos como por ejemplo la llegada, de repente, del 'navegante solitario' que generalmente aparece vivo, pero muerto de hambre, flaco, peludo, a veces completamente muerto. En Arrecife hubo épocas en que raro era el año que no recalaban uno y dos y hasta tres navegantes solitarios. Me acuerdo, siendo niño, de aquel del esqui de goma que saltó por la explanada del viejo 'muelle de las cebollas' y empezó a andar tambaleándose como una gaviota y no llegó al quiosco, quedándose tieso como un conejo, rígido, difunto en el acto. Me acuerdo bien que habíamos salido de la escuela de don Adolfo y todos los chiquillos nos agrupamos en su torno con gran regocijo para verlo cómo se moría...

Siempre tema de actualidad los puertos en la prensa y demás medios informativos, en los últimos días parece que el tema se ha agudizado con la cuestión esa de cuál es el primer puerto de España en tonelaje, si el de la Luz, en Gran Canaria, o el de Santa Cruz, en Tenerife. Unos dicen que éste, otros dicen que aquél. Si en Santa Cruz se registró una entrada bruta de 53 millones y pico de toneladas el pasado año y en Las Palmas sólo 50 millones, también brutas y con su pico, evidentemente el primer puerto español es Santa Cruz. Pero si no es verdad, si hubo error de números por parte de la Junta de Obras del Puerto, como así lo creen muchos, entonces la cosa cambia.

Pero en fin, dejemos a los dos puertos principales del Archipiélago en calma, y hablemos un poco del nuestro.

Dice Guito que para el presente año tienen prevista su escala 102 trasatlánticos de turismo, y que en septiembre nos visitará el buque panameño "Australis", de 34 mil toneladas y 2.500 plazas

para el transporte de viajeros. Si en 1966 entró en Arrecife el primer trasatlántico de turismo y en el presente año lo harán 102, no cabe duda de que será un verdadero *récord*. Tenemos que sentirnos, pues, como los *chicharreros* y los *canarios*, los *conejeros* también orgullosos de nuestro puerto.

Esto me ha hecho pensar mucho, y también recordar. He pensado, entre otras cosas, que nada tiene de particular ni de milagroso que con el tiempo Arrecife cuente entre los puertos importantes de España, y de Europa, y del Atlántico todo entero. ¿Por qué no? Otras cosas peores o más difíciles se han visto.

Y he recordado... ¡Oh, cuánto he recordado los tiempos aquellos del viejo muelle vacío! Días y días vacío permanecía el muelle sin ni siquiera un balandro adosado al espigón, porque más allá estaba PUERTO NAOS, refugio de barquitos a la vela y barcos de grandes palos. Después empezaron los caladeros, y cuando un caladero se atracaba al muelle y coincidía con el 'correíllo', que llegaba dos veces a la semana, aquel día nos parecía de fiesta.

Hoy, al leer la noticia de que 102 grandes trasatlánticos trincarán sus amarras durante el presente año en el muelle de Los MÁRMOLES, el corazón, como cuando era mozalbete y veía al 'correíllo' con caladero en el viejo muelle, me ha saltado de alegría. Porque yo siempre he amado a los puertos. En el Puerto de la Luz viví en una época y al Puerto de la Luz le dediqué muchas crónicas, recogidas más tarde en un librito allá por el año 55. Yo quiero mucho y lo sigo queriendo al Puerto de la Luz, tanto como quiero a Arrecife, que es mi pueblo, el pueblo donde nací, mi puerto.

Y como una cosa es el pueblo y otra el puerto, ya hablaré otro día del pueblo, de Arrecife como ciudad, como núcleo urbano, como urbe de la isla, como población principal de Lanzarote y capital.

Y quiero terminar, como manifestación de cariño al puerto donde nací, con una frase personal que brindo a los poetas lanzaroteños para un soneto: Porteño soy, Arrecife es mi puerto. (Fíjense en que la frase es 'un endecasílabo'.)

EL ALMA ATRAS

De vez en cuando, desde este retiro donde me encuentro elevado en cuesta a diez kilómetros de Arrecife, yo pienso en Arrecife. Y de vez en cuando, también, yo bajo a Arrecife. Siempre en guagua, hasta que tenga la tartana.

Arrecife es mi pueblo, donde nací, y por eso al bajar de la guagua y dirigirme al centro de la Capital, me digo, no sin cierta contentura: 'Éste es mi pueblo'.

Pero la contentura se me va menguando según camino y contemplo el bullir de la ciudad. Al rato, en medio del tráfago de las gentes que entran y salen de los comercios, de los ruidos de tanto coche y tanto motor, de los olores (que no vienen todos del Charco de San Ginés, ni mucho menos), la frase se me vuelve interrogante: '¿Es éste mi pueblo?'

Sigo andando, deambulando. Recorro en poco tiempo, a pie y sin precisar de coche ni de vehículo de rueda alguno, la ciudad de cabo a rabo. Y después de verlo todo, al contemplar los esbeltos edificios modernos y los callejones chatos que quedan y la barahúnda callejera y tanta cara extraña, la expresión se me vuelve categóricamente negativa: 'Éste no es mi pueblo'.

Y ya estoy viendo a muchos, según han venido leyendo, gritar o gritarme: ¡Recalcitrante, conservador, retrógrado!, y otras cosas más.

Pero no, pueden ustedes estar seguros de que no soy nada de eso. Quizá sea todo lo contrario; quizá sea más bien, por mi carácter y modo de pensar y pese a la existencia apartada que llevo 'del mundanal ruido', un progresista. Soy, sin duda alguna, un partidario del progreso. Nunca me gustaron los carcas que se aferran al pasado y vegetan anquilosados en la tradición y las viejas costumbres y para los cuales toda innovación es un atentado a la moral, al bien social, a la virtud... No, no me confundan; yo amo el progreso, la evolución, el resurgir y el 'devenir' de los pueblos y de los hombres. La antigua máxima de "renovarse o morir" la hago mía en toda su extensión.

Lo que pasa..., lo que pasa en este caso particular de Arrecife

es que Arrecife ha progresado, ha evolucionado mucho pero únicamente en un sentido, en una sola trayectoria: lo material. Y esto es lo malo y es de lo que yo me quejo. Arrecife ha dado un salto enorme de gigante en pocos años. Ha sido asombroso (no 'fabuloso') y yo dudo de que en España otro pueblo haya cambiado tanto en tan poco tiempo. El cuerpo de Arrecife (su cuerpo material de cemento y hierro) ha crecido desmesuradamente en un tiempo *récord*, y esto hay que alabarlo. La censura, la magua está en que se le ha venido dejando atrás el alma... Se cuidó al niño y se hizo todo para que creciera engordando, sin cuidarse para nada del alma de niño. El mozalbete es muy bonito, muy hermoso, corpulento y regordete; pero al mozalbete se le quedó el alma atrás, adolescente sin alma, adulto sin alma, hombre sin espíritu, niño hombre 'calavera'...

El hecho está a la vista de todos. ¿Dónde se encuentra, dónde está el alma de Arrecife? Yo no la veo. Antes sí tenía Arrecife alma. Antes, hace veinte, treinta, cuarenta años, en Arrecife había reuniones y tertulias de tipo cultural en las que se hablaba de arte, de literatura, de política y de toros y de mujeres como aditamento esto último obligado en toda reunión de hombres. Antes en Arrecife había una preocupación por los valores superiores del hombre. Antes existía y se notaba y resaltaba la inquietud del hombre como ser pensante; preocupación por los problemas sociales, culturales, religiosos...

Hoy, la realidad está ahí, en la calle, a la vista de todos. Máxima preocupación, por no decir única: el dinero. Afán de la mayoría, por no decir de todos: el negocio. Afición de todos, pues a esto no escapa nadie: conducir un coche y hablar de fútbol.

¿Dónde están, en Arrecife, hoy, aquellas tertulias de viejos y jóvenes? Yo no las columbro... Y para remachar diré que ni banda de música municipal tiene Arrecife, ni quiosco donde ejecutar los domingos sus conciertos. Y esto ya es el colmo.

¿A dónde va Arrecife? ¿Hacia dónde camina? ¿Qué será de nuestra capital de la isla dentro de veinte, treinta años?

Después de caminar, deambular y divagar por las calles de Arrecife buscando a mi pueblo, al pueblo donde nací y fui niño y me hice hombre, aburrido me vuelvo a Tegui. Aquí, en Tegui, no me aburro. (¿No vendrá el verbo aburrirse del sustantivo burro?) Porque Tegui es un pueblo al que todavía le queda alma. Todavía hay personas que no piensan solamente en el dinero, la riqueza, los negocios, el fútbol y tener coche bonito, sino en algo más. El que no lo crea, que venga una tarde a la tertulia de 'trastienda' de casa Maximiano. Yo lo invito.

¿DÓNDE ESTÁ EL POETA?

En crónica anterior titulada *El alma atrás*, hice —¿o me hice?— la pregunta: ¿A dónde va Arrecife, hacia dónde camina? Hoy quiero aquilatar un poco el concepto.

Arrecife, sin duda alguna, camina actualmente seguro de sí mismo. Como los héroes legendarios y como los 'gallos ingleses' de raza, va ciego en la pelea; pero va seguro, firme, batiéndose, rebatiéndose... Aquel pueblo chato, aplastado, sin color, que le tiene miedo al mar y se resiste al viento y a toda suerte de tormentas, como si mal no recuerdo me parece que dijo Agustín Espinosa, va 'palante', y de pueblo chato y aplastado se ha convertido en pueblo 'empinado y arrogante'. Esto es cierto.

Pero había dicho yo y lo afirmé categóricamente, que a Arrecife le dejaron el alma atrás, y esto es lo malo. ¿A dónde puede ir un pueblo sin alma? Esta es la cuestión, este es el problema (¿hanle-tiano?).

Vamos a ver... Si Arrecife no tiene alma, difícilmente podrá llegar lejos; se quedará en la estacada. No se ha visto que hombre, pueblo o nación hayan alcanzado 'gloria personal' sin ese empuje de fondo y trasfondo que dan las potencias creadoras del espíritu. A los pueblos, como a los hombres, les sucede que pueden gozar de una salud física esplendorosa —no 'fabulosa'— y después de un período o fase prepotente, de repente se derrumban; no tenían alma, o les faltaba alma. Sin embargo, individuos y pueblos de precaria salud física, flacos, hambrientos, han realizado heroicas gestas porque más allá del cuerpo empobrecido se les proyectaba el alma, las potencias creadoras del alma, sople cósmico, sople divino...

La verdad es que Arrecife goza actualmente de un emporio económico envidiable. La riqueza se palpa, se respira en el ambiente. Unos más otros menos, todo el mundo tiene dinero. Nadie pasa hambre. Los propios obreros, antes tan expoliados, se hacen valer y gastan los billetes como cualquier señorito de renta fija heredada o adquirida a través del 'negocio turístico'. Todos, los productores como los empresarios, viven bien. El que quiera tiene coche, y televisión, y nevera... No se puede pedir más.

Y sin embargo, aquí está el mal. La abundancia acarrea siempre, o suele acarrear, la ruina espiritual y después el vicio. Acostumbrados a la vida fácil y placentera, sin problemas económicos, los humanos no se conforman y piden más. 'Más fiestas, más fiestas...'

Entregados a la fiesta total, a la diversión y al regocijo perennes, ¿quién les mete la poesía? Y aquí hemos llegado a la conclusión, aquí se va a aclarar el argumento. Arrecife, con tanto primor material y riqueza, se convertirá tarde o temprano en pueblo muerto falto de poesía. Los poetas, los poetas salvan a los pueblos. Y, ¿qué poetas salvarán a Arrecife si ya no le queda ninguno? Siempre, y hasta hace poco, Arrecife tuvo poetas: Leopoldo Díaz Suárez, los hermanos Zero, Isaac Viera, Gonzalo Molina, Francisco Jordán... Hoy, ni uno, que yo sepa.

Sin un poeta, Arrecife no se salvará, no podrá salvarse. Mao-tse-Tung, el gran poeta, salvó a la China. Y no le quepa duda a nadie: cuando en cada país del mundo gobierne un poeta, el mundo estará salvado.

¡Pobres de los pueblos sin poetas! ¿Dónde está el poeta de Arrecife?

UNA ESPERANZA

Todo no va a ser derrotismo. Todo no van a ser censuras. Todo no va a ser queja, improprio, frase lapidaria, amonestación, diti-rambo, porfía, arremetida, rigorismo, reconvención, requerimiento... No. Hay también que ser ecuánimes, consecuentes, mesurados.

Hay que guardar siempre en los fondos del seso (fíjense bien que digo seso y no sexo), aunque todo alrededor aparezca desolado y muerto, una migaja de optimismo, un resquicio de esperanza.

Por muy burdo y tosco y turbio y desolador que aparezca el panorama, hay que procurar vislumbrar la pincelada de luz que 'ilumine el sendero'. Por eso yo, hoy, pese al pesimismo que impone la realidad presente de mi pueblo en orden a los valores espirituales, porque amo a mi pueblo y quiero lo mejor para él, trato de vislumbrar —o columbrar— esa pincelada de luz que salve el panorama cultural de Arrecife de la oscuridad, de la tiniebla espesa que lo envuelve.

Esta pincelada de luz salvadora he querido yo verla, o entreverla, al través de la conferencia de Camilo José Cela. La espaciosa sala de la Casa del Mar abarrotada de mujeres y hombres en su mayoría jóvenes, mientras el ilustre académico dejó oír su voz profunda de bajo abaritonado, no se oyó una mosca, sino algún que otro estornudo irremediable.

Esto quiso decir mucho. Para mí quiso decir que en el fondo la sociedad arrecifeña, tan metalizada y comercial —tan paganizada con tanto pago y cobro—, siente también, y a pesar de todo, el aguijón de otros quehaceres más altos en el hombre. El respeto y la atención con que fue escuchada la charla, que ni el zumbar de un mosquito se oyó aunque estábamos en Puerto Naos —muy próximos al Charco—, quiere decir mucho, significó mucho; más de lo que el acto en sí encerraba o representaba por lo insólito y por la categoría del actor: un académico de la Real Española de la Lengua y uno de los mejores novelistas hispanos del momento.

En mi afán de que Arrecife se salve de 'la muerte completa', al hablar así sé que me expongo a ser calificado de ingenuo, porque el argumento en sí ya lo es, argumento simple, inconsistente, un tanto

superfluo, acaso hasta simplón... Por eso he de agarrarme a otro de más calibre. Voy a agarrarme a las palabras previas a la conferencia por parte del Alcalde, quién dijo y prometió que la corporación municipal de Arrecife en adelante se preocuparía de empujar a la par del desarrollo material, el cultural, creando presupuestos anuales para actos literarios y artísticos, conferencias, conciertos, etc.

Ya era hora. Al fin sonó el aldabonazo; y si no aldabonazo, campanillada. Que suene al menos la campanilla de la alerta frente a los problemas del orden del espíritu y la cultura. Que no consista todo, como hasta aquí, en cemento y asfalto y hierro, tipismo y folclore. Menos tipismo y menos folclore, señores, y más enjundia en las razones del progreso.

Yo creo que con esta decisión de nuestro Alcalde, el endeble argumento de "la buena acogida por parte del público arrecifeño de la conferencia de Camilo José Cela", toma consistencia, queda reforzado. ¿No lo ven ustedes así? Yo sí lo veo así. Por lo menos a través de un argumento y del otro se ve —o se vislumbra— una esperanza. Falta ahora que el Alcalde cumpla su palabra y los otros alcaldes que le suceden sigan la pauta.

LOS BUENOS ARGUMENTOS

Parece que no hay mucha conformidad con mi opinión, expuesta en escritos anteriores, sobre los valores y virtudes de Arrecife. Parece que a algunas personas les ha caído un poco mal eso que he dicho de que a Arrecife se le ha venido quedando el alma atrás, que en Arrecife yo no veo al poeta que lo 'salve de la muerte completa' por ningún lado, que Arrecife se hunde materialmente bajo el peso de tanto cemento y tanto hierro y tanto tipismo... Esto, a pesar de la esperanza de salvación que he querido ver en el simple acto de una conferencia.

Yo no quiero ser infalible en mis opiniones, ni pasar por cabezota o individuo de esos que hay aferrados a 'la idea fija', que por nada del mundo claudican y se mantienen en lo negro, aunque la realidad y los hechos le demuestren que no es negro lo que sus ojos ven, sino blanco. No, no soy de esos, ni tampoco de los otros que mantienen por sistema o por cálculo una actitud derrotista y negativa frente a la vida, a la sociedad, al progreso de los pueblos y de los hombres... Que se me haga ver con buenos argumentos que estoy equivocado e inmediatamente me bajo del burro. Rectificar es de sabios, se ha dicho, y yo no lo discuto.

Pero..., ¿dónde están esos argumentos? Sí, ya sé que una sociedad de recreo arrecifeña viene preocupándose por la celebración de actos culturales a más de los bailes, que hay una biblioteca pública municipal, que de vez en cuando aparece un pintor y hace su exposición y hasta vende algún cuadro, que por San Ginés suele venir un cantante de fama o un 'cuadro artístico' y una bailarina, que en otras fechas del año también de repente aparece el cantante y el pintor y el conferenciante y la bailarina... Todo esto lo sé, pero eso a mí no me dice nada, o me dice muy poco. Me dice, por ejemplo, que en Arrecife hay unas cuantas personas preocupadas o que sienten la necesidad, para el buen nombre de la isla, de esa preocupación; nada más. Porque si no fuera así, si no fuera esto, este poco, entonces sí que estábamos aviados.

Estos argumentos de la exposición, la conferencia y el concierto de San Juan a Corpus a mí me hace gracia. Y me hace gracia porque

muchos, por lo visto, han llegado a creerse que eso es nuevo en Arrecife. Y no, no es nada nuevo: es muy viejo. Allá por los años veinte y mucho antes, cuando Arrecife malamente contaba con un censo de tres o cuatro mil almas y las comunicaciones eran tan difíciles, tan difíciles, ya se celebraban actos de esa índole, culturales y artísticos. La oratoria, con las conferencias políticas y mítines, culminaba, pues a cada momento subían a la tribuna del DÍAZ PÉREZ altos personajes del gobierno y sin ser del gobierno de la provincia y de la nación. Muchos enchufados, y otros que no eran enchufados, hablaban públicamente en asambleas, informando al pueblo, orientando al pueblo, ilustrando a las masas. El arte escénico imperaba también, contratándose compañías de fama nacional y extranjera, como la 'María Guerrero' y 'Vassó Navarro' y subiendo al estrado figuras insignes del teatro como la Paulov, Felipe Sassone, etc. Los grandes músicos también recalaban, y puedo citar al pianista Rafael Romero Spínola, que yo me acuerdo por ser pariente mío, y muchos años antes la 'arribada' del violinista de fama mundial Brindis de Salas, que yo no me acuerdo porque no había nacido... En fin, que esto de los actos culturales y artísticos desde principios de siglo y antes en Arrecife nunca faltaron, por lo que si ahora tampoco faltan eso a mí no me dice gran cosa respecto al nivel cultural del pueblo, al alma del pueblo.

Lo siento pero para mí no es válido el argumento. Para mí vale la inquietud, el afán, el palpito del alma del pueblo, que yo no lo veo. Veo únicamente que el pueblo palpita en las fiestas los días de fiesta, los domingos con el fútbol y las quinielas, y todos los días con el negocio, la transacción comercial y los ruidos de los coches.

EL PUENTE REMOZADO

A todo le llega su fin, porque todo en la vida, como dice cantarinamente Julio Viera en una de sus canciones —la titulada 'Caramba, caramba'— tiene principio y tiene su fin.

Pero el fin de las cosas puede aplazarse si el hombre se interesa por la conservación de esas cosas. Es el caso del Puente de las Bolas. Con los cantos carcomidos y su armazón de piedra desnuda, maltrecha por los años y la erosión, si no se le echa una mano pronto nos íbamos a quedar sin Puente de las Bolas. Nuestros ediles lo han comprendido bien y se han lanzado sin pérdida de tiempo a una eficaz y rápida restauración. Vayan mis aplausos sinceros a nuestros ediles... Y hablemos ahora un poco del viejo Puente, que yo creo que se lo merece.

Poetas arrecifeños como Leopoldo Díaz Suárez y escritores como Rafael Medina Armas (¿quién no se acuerda de aquel primer semanario de la postguerra titulado *Pronósticos* y en el que con el seudónimo de *Fidel Roca* don Rafael tanto nos deleitó?) cantaron al Puente de las Bolas. Otros poetas y otros escritores en distintas épocas también le dedicaron canciones y narraciones, algunas veces en tono jocoso, porque el Puente con su silueta anciana y esmirriada y su sumidero a la espalda se prestaba a ello. Como quiera que sea, del Puente se ha hablado lo bastante para ahora yo atajarme en el intento de decir algo nuevo. Diré, por tanto, más o menos lo mismo, aunque a mi modo, a mi manera y estilo de expresarme.

No le cabe a nadie duda, de que el Puente de las Bolas es lo más auténtico y genuino de nuestra Capital, lo que más carácter le da de puerto viejo, o viejo puerto; lo que salta a la vista y se eleva en el paisaje arrecifeño con propiedad absoluta de vestigio histórico, arquitectónico, castrense y otras cosas muchas más de un pasado que se aleja y se pierde en los albores de la conquista de la isla y los avatares bélicos por los que pasó la isla después de la conquista... Pero no nos metamos en engorros y especulaciones 'historiográficas', con citas de libros y autores, a lo que algunos recurren siempre cuando escriben, faltos de imaginación y de numen. No *se*mos doctos y, fuera los doctos. Abordemos el tema desnudamente, de frente, sin

subterfugios ni marrullerías intelectuales y baratas literaturas; sin adornos de frases prestadas; sin el recurso disimulado de la memoria de lo leído; sin la ojeada al libro o la revista; sin copia...

El Puente de las Bolas es de lo poco que queda del viejo Arrecife. Con el castillo, que también se conservará —dicen— será lo único que nos quede cuando de un día a otro desaparezca el Charco. Siempre estuvo resumido Arrecife en sus tres escuetos elementos: Puente de las Bolas, Castillo, Charco de San Ginés. Tres argumentos, tres razones muy personales y muy poderosas del Puerto de Arrecife en su trayectoria histórica, y humana, y paisajística. Y sin duda, según mi modo óptico de ver y observar, de estas tres razones la del Puente impera. Porque a Arrecife se le quita el Charco, que ya se piensa en eso, y seguirá siendo Arrecife, nuestro Arrecife de siempre con sus más o menos edificios modernos y 'monumentos' y sus menos olores. Y se le quita el castillo, vamos a suponer, y seguirá también siendo Arrecife con su atractivo náutico y marinerero de plácido mar azul y llanos horizontes. Pero si un día, por lo que sea —vamos también a suponerlo— el Puente desaparece, entonces sí que Arrecife queda quebrantado del todo, partido, jorobado, mutilado de verdad para siempre. Por esto he dicho que hay que alabar esa sana decisión de restaurarlo, remozarlo... Lo mismo debió de hacerse con el quiosco de la música, que aunque fuera de madera, la madera también perdura, si se la cuida, y era de tea. Pero lo destrozaron, al pobre quiosco, lo hicieron leña. ¿A quién se le ocurrió la idea? Yo no quiero ni saberlo, y por eso no he preguntado, prefiriendo ignorarlo. Con el quiosco de la música de Arrecife y con la mareta de tierra bermeja y roja de la Villa se ha cometido un terrible desafuero. Creo que han sido los dos casos de destrucción del paisaje —paisaje histórico y humano— más nefastos que se han llevado a cabo en la isla. Pero..., dejemos lo que ya no tiene remedio, y volvamos al Puente.

No sé si alguien habrá reparado en que lo más bello del Puente son sus ojos. Los ojos del Puente, reflejados en la mar y hundidos en la mar, que se agrandan en la noche con el brillor de la luna, cuando la hay; que se achican de día, con la pleamar y la tormenta; que son cruzados constantemente por la corriente y por la barca a remos que de vez en cuando remonta la corriente; que fueron tantas veces testigos de la acrobática pirueta juvenil y de la torpe zambullida del forastero ignaro, como fue la ocasión aquella en que el sargento *Lámpara* se ahogaba y unos cuantos chiquillos intrépidos tuvimos que sacarlo cuando ya estaba 'embuchado', casi ahogado del todo... Muchos, muchos recuerdos guardan del arcaico Puente las viejas generaciones, y las más nuevas también.

Columnas de Hércules en miniatura, el Puente sostiene las dos bolas simbólicas del mundo. Orientadas esféricamente hacia poniente y levante, ahí están los dos mundos: el oriental y el occidental, donde no se posa ninguna paloma de la paz, sino la veleidosa gaviota que *chija* y chilla...

El Puente guarda otras significaciones más en su estampa material de piedra viva y calicanto. Todas están a la vista. Lo que hay es que saberlas ver, y apreciarlas, y valorarlas. Dejo la tarea a otros más avispados que yo. Hay por ahí muchos avispados, de la isla y foráneos. Que agucen la imaginación y, con un poco de voluntad y otro poco de vena poética, verán como ven. Porque yo sólo he querido, en estas líneas, congratularme de que a nuestro viejo Puente se le haya echado una mano para que siga resistiendo al tiempo, y al viento, y a las tormentas, y a las marejadas y las *chijadas* perennes de las gaviotas.

SAN GINÉS EL BUENO

Todos los santos son buenos. Y es verdad. Por eso son santos.

Pero hay santos más simpáticos y santos menos simpáticos. Y también es verdad. Porque siempre se ha dicho que los pintores y los imagineros suelen 'aplicarle' los rasgos propios de la personal fisonomía al retrato, a la imagen. Y sabido es, también, que hay artistas —pintores, escultores, imagineros— que son poco menos que babiecas, en ocasiones hasta más que babiecas, generalmente tipos *rajalvíos* de expresión insulsa y mirar *esvaido*.

Yo no sé si a ustedes —los que me leen— les habrá sucedido igual, pero de mí sé decir que en cierta ocasión de ir a postrarme de rodillas ante una imagen para rezar un *Padrenuestro*, de repente sentí que el rezo se me quebraba en la garganta, se me anudaba y retorció y no quería salir... El santo, que era de palo, era un santo desigual, antiestético, de expresión insulsa y mirada torva, la misma expresión y la misma mirada del imaginero que la imaginó, a la imagen. Es cuando no se puede rezar, cuando el rezo se corta porque el santo —o su imagen— nos resultó antipático...

San Ginés es aparte. Nuestro Santo Patrón constituye un caso excepcional en la amplia y vasta y policroma fisonomía del arte imaginero universal. San Ginés es único en su sencilla expresión de santo bueno, sincero, natural, original, generoso, complaciente... Hay pocos santos en las iglesias del mundo seguramente como San Ginés.

Vayan hoy, con motivo de las fiestas patronales, estas líneas de devoción y homenaje al Patrono de Arrecife, a ese gran San Ginés venido de Francia como los primeros conquistadores y que todavía no se ha aclarado si fue el Obispo de Arlés o si fue el otro, también francés, que no era obispo y sí santo y mártir nacido en Clermont, pero que para el caso es lo mismo puesto que todos los arrecifeños estamos muy contentos con el que es, tal cual es, y así lo veneramos y lo festejamos todos los meses de agosto entregándonos una semana entera al olvido de nuestras penas y al regocijo de nuestros cuerpos y nuestras almas... Y yo creo que él, nuestro Santo Patrón, se lo merece, y nosotros también. Él por ser un santo sencillo, de modesto bastón, humilde, y nosotros los arrecifeños porque de

él hemos aprendido la humildad, la sencillez, la modestia y otras cosas más.

Y al hablar del Santo Patrón por razón de las fiestas, se hace necesario ahora también hablar de Arrecife. Es natural.

En Arrecife —pueblo “chato y aplastado y sin color” que decía Espinosa— todo es mansedumbre, ecuanimidad, hombría de bien. Las arrogancias fueron siempre desterradas. Todo el que trató de empinar el pescuezo con afán pendulante, o pedantesco, y falsa virtud personal, fue rechazado, relingado, dado de lado... Nuestros padres y nuestros abuelos fueron así y nosotros queremos seguir siendo así. O por lo menos yo lo pienso así.

En estos días de fiestas todo el mundo podrá verlo. A Arrecife vendrán muchas gentes de fuera a divertirse y no habrá discriminación. Todos serán tratados por el mismo rasero de la buena acogida, la hermandad, la fraternidad, a excepción del que aparezca hinchado el moflete del insano orgullo y petulancias. Vendrán, seguro que vendrán a nuestras fiestas encopetados caballeros y elegantes damas, mujeres humildes del pueblo que trabaja y hombres sufridos del trabajo, feriantes que se buscan el sustento y algún aventurero entreverado, que de todo hay, y todos se llevarán de Lanzarote el mismo recuerdo de los hijos de Arrecife: el buen trato, la atención, la invitación y, si se ofrece, hasta el espontáneo regalo típico del *timple* construido en Tegui, o la mochila de lana de oveja confeccionada a mano en las Breñas, o el zurrón de cuero de baifo amamantado en Soo, o la sombrera de palma hecha en Haría, o el mantel calado de rosetas bordado en cualquier pueblo..., y otras tantas cosas de hondo sabor primitivo que los hijos de Lanzarote todavía saben hacer.

¿Qué más podré yo decir en esta ocasión de la Gran Fiesta de San Ginés de este año de 1972? Queda sin duda mucho por decir, aunque sea repitiendo lo que tantas veces otros han dicho. Pero no importa la repetición. A veces las repeticiones son buenas y necesarias.

Repetiré, pues, sin jactancias y con orgullo y a pesar de lo que un día dije y afirmé del ‘alma que se quedó atrás’, que Arrecife al amparo de su patrono y santo se ha encaramado sobre sí mismo y hoy, con el natural regocijo de sus hijos, va ‘palante’ enganchado al carro del progreso. Y yo creo —y no quiero exagerar— que en este enganchamiento de carro y en este avance, el ejemplo de Arrecife no tiene parangón en la historia de los pueblos españoles de la última década. Las pruebas están ahí, palpables, patentes: en unos pocos años la ciudad creció vertiginosamente, se ensanchó, dobló el número de sus moradas y sobrepasó en el doble las listas de apellidos

por orden alfabético del padrón municipal; construyó otro muelle de atraque más amplio, más marinero, donde pueden hacer maniobra los barcos de superior tonelaje; fabricó hoteles más altos que la torre de la iglesia, que sigue igual, —y esto a San Ginés, humilde santo, sé que no le importará—, y ganándole terreno al mar edificó la gran avenida poblada de árboles exóticos y muchas chumberas; adecentó y amplió las playas, antes reductos sucios de cacharros oxidados y porquerías de chiquillos, y, como un 'no va más espléndido y rotundo', realizó el proyecto del internacional aeródromo cercano a la urbe donde aparatos de todas las naciones posan diariamente sus alas de acero sin miedo a las tormentas...

¿Qué más se puede pedir? Y, ¿qué más se puede decir de este Arrecife que evoluciona y crece y progresa y se emпина sobre sí mismo heroicamente, urbanísticamente? Acaso que siguen lo mismo el Puente de las Bolas, el Castillo y el Charco de San Ginés, con sus olores. Pero esto no importa —lo de los olores—, quizá sea mejor. Lo importante es que estas tres razones fundamentales del alma reza-gada de Arrecife —Puente, Castillo, Charco—, persistan.

Y que persistan, también, las Fiestas de San Ginés con toda la exaltación popular de las épocas pasadas. Que todo cambie, que se transforme todo: calles, plazas, avenidas, monumentos..., pero que perduren las Fiestas, que no les desbaraten su ancestral fisonomía, la de siempre, la de los ventorrillos con sacos rotos y esteras, la de las verbenas al aire libre frente al mar, la de las parrandas de roncotes con acordeón de tres teclas y un solo fuelle y las danzas de las máscaras de buche con sus cintas de colores, alpargatas y monteras...

Mientras perdure esto, Arrecife seguirá siendo Arrecife frente a los embates del progreso, que todo lo arrolla; y... con la ayuda del Santo, de nuestro Santo Patrón San Ginés, San Ginés el bueno.

LAS FIESTAS, LA VIDA Y EL CHARCO

Ya se acabaron, las de San Ginés, pero vendrán otras fiestas. Una semana entera de escandaleras y músicas y bailes y alcohol con refrescos y limonadas y el eufórico canto atrabancado en la garganta y el fácil decir y el jocoso gesto y la risa larga del que se arruga en la contemplación cotidiana de la vida alegre que salta, y brinca, y danza... Esto ha sido San Ginés. Como otros años o más briosos de ansias y apetitos que otros años. Con más deportes que otros años. Y con más exhibiciones y más concursos musicales y más derroches de billetes de banco y plata... Buen síntoma. Se ve que hay salud porque hay ganas de divertirse, el que quiera. Todos tienen perras para gastarlas, los de abajo como los de arriba, los que trabajan con sus manos y los otros, incluso los que no trabajan ni trabajaron nunca en la vida... Buen síntoma.

Pasaron las fiestas y vendrán otras. Vendrán las navideñas y después las 'de invierno' o carnavalescas y después... Y después hay quién no quiere reconocer la verdad del eslogan ese de 'España es diferente'. ¡Y tan diferente! Búsquese, búsquese un país donde se celebre tanta fiesta, sin incluir 'la Nacional'... "Ahí está el mal —me decía un francés amigo mío en Francia—, ahí está el mal de que España no produzca como producen las otras naciones de Europa: demasiada fiesta".

Yo no sé si el francés tenía toda la razón; a lo mejor no. Pero yo me acuerdo de aquel Marcialillo de la Vegueta que era un muchacho hacendoso y muy serio, muy laborioso y muy temoso para el trabajo y todo lo que fuera 'bregar duro y parejo *palante*'. Un día me encontré al padre en Arrecife y le pregunté: ¿Y Marcialillo qué tal, sigue tan hacendoso? Con el ceño fruncido y una mueca de desaliento en el labio, me contestó: ¡Qué va!... Está *malograo*, el muchacho, por no decir *desgraciao pa toa la vía*. Se aficionó a la guitarra, el *confiscao*, y ya no para sino dale que dale a la cuerda de fiesta en fiesta, sin dar golpe...

Por ahí andan muchos Marcialillos, que no piensan sino en las fiestas. Y no me refiero solamente a los de la guitarra, sino a todos los que con o sin guitarra abarrotan de noche las discotecas, los

cabarets, las salas de fiestas. ¿Cuántas salas de fiestas hay ya en Las Palmas, sin ir más lejos? Yo no he querido contarlas, ni las de Arrecife tampoco.

—Hágales, hágales fiestas, más fiestas—, le contestaba el emperador romano al representante del pueblo que llegaba al palacio a decirle que el pueblo estaba *jeringado*, que pasaba hambre y pedía pan.

Hoy es seguro que el pueblo no pasa hambre, el pueblo español, nuestro pueblo; al menos de pan. Aunque ahora en estos días va de nuevo a subir, o ya subió, cierto es que el pan no falta en ningún hogar hispano, y así se cumplen las promesas... Lo que no sé bien yo es si el pueblo pasa o está pasando hambre de otra cosa, y ahí están las fiestas para paliarla o disimularla, a esa hambre. Me gustaría ser sociólogo para saberlo. ¿Lo saben los sociólogos, el motivo del ansia de tanta fiesta? ¿Lo saben los psicólogos acaso, o los teólogos? A lo mejor lo saben y permanecen callados, sin chistar, sin decir nada. ¿Por qué?

Como no seré yo el que lo vaya a descubrir, y menos ahora aquí en este momento, me constreñiré al tema y diré que no importa que las Fiestas de San Ginés hayan pasado, porque otras fiestas vendrán. Y como decía aquel profesor del Instituto de Las Cuatro Esquinas de Arrecife allá por los años veinte —¿Astrugas, en el semanario lanzaroteño *Tiempos Nuevos*?—: “Al igual que las oscuras golondrinas, otras fiestas vendrán, que pasarán; pero los olores que emanan de cierto charco, esos... no pasarán”.

Y ya lo ven ustedes: han pasado más de cuarenta años y la vida, y el Charco, siguen igual.

EL SEPULCRO DE GUADARFÍA

Una larga relación de hombres de la pluma hijos de Lanzarote, de hombres y de mujeres también, que en la lista figuran tres: Spínola Bethencourt, Dominga (1811-1876), Morales Topham, María (1908...), y Suárez Clavijo, Dominga (1921...), para bien de la isla y para que la isla tenga, como está mandado, también su representación femenina en el campo de las bellas letras.

La relación apareció en el suplemento extraordinario dedicado a Lanzarote por el prestigioso rotativo canario *Diario de Las Palmas* con motivo de las fiestas patronales de Arrecife. Amplia relación, aunque escueta en cada individualidad, sin firma, que nos da a conocer los nombres de los hijos de Lanzarote que en las distintas épocas, unos más otros menos, se han dedicado a la práctica y al ejercicio mental de la creación literaria, prosa y verso.

Hay que alabar la iniciativa del coordinador de estas páginas especiales dedicadas a Lanzarote al incluir, entre los diversos y amenos trabajos periodísticos, tan interesante relación, en la que se nos muestra y demuestra cuán fecunda ha sido la isla en esta rama de la cultura y del saber humanos y cuán dadivosas las musas han sido a escritores y poetas *conejeros*. Nada menos y ni menos ni más que 34 nombres componen la lista, contados uno a uno desde el primero en figurar (Acosta Cruz, Agustín) al último (Pereira Armas, Miguel), y pasando por el que para mí se lleva todos los aplausos, el que hace el número doce (Fernández, Víctor), el más simpático de todos por cuanto este poeta nacido en las Breñas era y fue cabrero (después salinero) y no sabía leer ni escribir, completamente analfabeto al decir del confeccionador de la reseña y de muchas otras personas que en vida lo conocieron... Para ti, Víctor Fernández, poeta auténtico, poeta analfabeto, mis mejores respetos y mi más grande admiración, y también para aquellos todos que no te han olvidado y te siguen queriendo...

Pocos respetos, sin embargo, respecto a aquel o aquellos que premeditadamente olvidan los hechos reales del presente acontecer. En este presente y en esta realidad están dos escritores de reconocido talento artístico y creador, dos escritores de verdad sin artilugios

ni subterfugios: los primos carnales Abel y Virgilio, o Virgilio y Abel, que tanto monta. Abel Cabrera Díaz y Virgilio Cabrera Medina no pueden ser olvidados tan fácilmente. Ambos han escrito cientos de crónicas en periódicos y revistas que si fueran a recogerse en un tomo a buen seguro que muchos autores de libros, ya editados, se quedarían achicados de ideas, y achantados; achicados y achantados asimismo en la forma, en el estilo y el decir personal de cada uno.

Valgan, amigos Virgilio y Abel, estas líneas de desagravio que una pluma olvidadiza consciente o inconscientemente os infligió y que me ha hecho la pluma mía hoy enristrar, para poner la verdad sobre el tapete, como se pone la carta de la baraja sobre el paño verde del azar aceptando el desafío del envite de la jugada leal. Pues ocurre, pues me ocurre que de un tiempo acá no soporto las culichichadas, las rechiflas y otras morrocoyadas bajunas sean éstas intencionadas o no. 'Semos o no somos', decía el canario parrandero parodiando al Hamlet *siesperiano*, y yo lo aplico aquí porque entre el ser y el no ser de las personas y de las cosas está el que está, y nada más. Por otro lado además yo he pensado que de seguir las cosas así en esta tierra isleña nuestra, no vamos a tener otro remedio nosotros, los que aún amamos algo al caballero castellano de la ajamelgada figura, que formar nuestro escuadrón. Buscaremos sin lupa uno a uno a un grupo de jóvenes y nos pondremos al frente y marcharemos todos juntos —jóvenes y viejos— por las rutas polvorientas de la isla en busca del sepulcro de Guadarfía, el rey pastor. Sin arredrarnos, arremeteremos contra todos los que traten de interrumpirnos la marcha, contra todos los 'gigantes y cabezudos' y todos los 'diabletes' del arte que andan sueltos por ahí haciendo impunemente de las suyas, contra todos los sanchos y sacristanes y bachilleres disimulados en la encrucijada traicionera de la envidia, la perfidia, la insidia... Seguiremos la marcha en busca del sepulcro del caudillo pastor y si no lo encontramos nos dará igual: seguiremos hasta el mar alumbrados en la noche por 'la estrella refulgente y sonora' con la gran satisfacción de que si alguno cae lo levantaremos, y si no quiere levantarse, si acaso no quiere seguirnos porque se arrepintió, peor para él, pues lo dejaremos al borde del camino para que los cuervos den buena cuenta del esqueleto solitario...

¿Qué les parece, amigos Virgilio y Abel, si emprendemos de una vez la marcha? ¡Adelante, que el sepulcro de Guadarfía nos espera en la montaña, o en el llano, o en el mar!

MOROS EN EL CHARCO

Por un lado la noticia de que Marruecos va a prolongar sus aguas territoriales a 70 millas, y por otro la de que el Ayuntamiento de Arrecife proyecta reformar el Charco de San Ginés y sus aledaños de forma tal que las aguas aprisionadas entre Puerto Naos y el Lomo quedarán bastante reducidas, me ha hecho pensar que de una manera o la otra, por uno u otro motivo, pronto nos quedaremos sin Charco. Porque si los marroquíes llevan a efecto esa pretensión de las aguas territoriales, como las costas orientales de Lanzarote distan de Marruecos apenas 65 millas, el Charco como 'trozo de mar' les pertenecerá, y nosotros los *conejeros* no podremos entonces pescar lisas en sus aguas, y ni siquiera coger miñoca.

Moros en la costa, moros en el Charco... Después de desaparecidos los 'moros notables' al tiempo que desapareció el Casino y cuando ya nos habíamos olvidado de los moros con turbante y chilaba con que nuestras madres y abuelas nos asustaban para que fuéramos buenos, lo que nos faltaba ahora es verlos recalar por el Charco, montados en sus lanchas...

Como quiera que sea, el Charco parece estar condenado a desaparecer, y si no ocurre un sortilegio o algo parecido, lo perderemos de vista para siempre, porque la piqueta municipal es la piqueta municipal y el progreso es el progreso y así es el prurito humano de transformarlo todo. Si el Ayuntamiento se lanza a realizar el proyecto hay que aceptarlo, hay que acatarlo. Que se le meta de una vez mano al Charco, antes de que vengan los moros. Que se estrangule ya de una vez y definitivamente a quien le cortaron de cuajo la respiración y apesta, y huele ya a cadáver. ¿Qué le vamos a hacer? Sabemos que Arrecife perderá uno de sus más pintorescos y románticos encantos, su más —quizá— sensible cuerda poética, su más firme 'piedra de toque' en el atractivo fisonómico y el embrujante estilo de pueblo mariner y oceánico, eminentemente roncotil. ¿Qué le vamos a hacer? Seguro que no nos vamos a morir por eso, los viejos, aunque lloremos lágrimas vivas de nostalgia... Y siempre nos quedará un consuelo. Nos quedará el consuelo del Puente de las Bolas y el Castillo, como pilares perennes del viejo Arrecife, que

se resiste a morir. Es la tragedia del ser y del no ser. Arrecife va poco a poco (o mucho a mucho) dejando de ser, queriendo ser otro y siendo irremisiblemente otro. Todo ha sucedido con sus pasos contados, fatalmente, inexorablemente. Ya no existe el 'muelle de las cebollas', aquel terregoso muelle chato de contornos negros en las escalinatas olientes de orines y residuos del ron y rabos de pe-jines, porque sobre él levantaron un vergel; ya no existe el viejo quiosco colorado, ni señor Pepe, porque lo hicieron leña; ya no existe el viejo Casino con hilera en la acera de sillas de mimbre con moro notable... Por esto es por lo que nos conformaremos con lo que nos queda. Nos conformaremos con el Puente de las Bolas, que para eso últimamente lo han 'remozado', y con la estampa de piedra del anciano Castillo, ahora que se nos llevan el Charco... Porque de todas maneras es preferible que se lo lleven, que lo desaparezcan del todo del paisaje arrecifeño, antes que dejarnos un Charco chiquitito, un Charco achicado en sus vitales dimensiones de gaviotas pescando en el aire, los barquillos panza arriba tumbados en el fango y los roncotes con sus bíchocas trincando la muñeca... Preferible que hagan un parque, o un *parking*, un amplio estacionamiento de vehículos antes que verlo chiquitito, reducido, convertido en un feto de charco o en un aborto del Charco. Sí, un parque o *parking*, antes de que los moros aparezcan navegando...

HIJOS ILUSTRES DE LANZAROTE

Y resulta que tampoco la gente, o algunas gentes, están conformes con lo que he dicho en el pregón de las Fiestas del Carmen de Teguiise. Yo dije, entre otras cosas: “No solamente en Teguiise, sino en todos los pueblos de Lanzarote, debe mantenerse y perpetuarse la memoria de estos tres hombres —Clavijo y Fajardo, Alfonso Spínola y José Betancort—. En todas las escuelas de Lanzarote deben figurar estos nombres, de una forma o de otra, y los maestros en las clases de historia de las islas deben recordarlos, poniéndolos como ejemplos de virtud, genialidad, hombría de bien...”

Al parecer, algunos, o muchos, no están de acuerdo con esto. ¿Por qué? ¡Ah, es lo que me gustaría saber! Pues no dan razones, sino que opinan así y listo, sin más argumentos ni explicación.

Y yo quiero insistir. Seré machacón una vez más —machacón, del verbo machacar, originario éste seguramente del sustantivo macho.

Sí, en las escuelas los maestros deben preocuparse de que los niños conozcan y sepan quienes fueron los hombres hijos de Lanzarote que más prestigio han dado a la isla. Es más, creo que por quienes corresponda debe editarse un librito explicativo y biográfico. No costaría mucho. Ahora que tantos millones hay y se reparten para esto y lo otro y lo de más allá, no costaría mucho, no.

El librito consistiría en breves biografías, bien escritas, de los hijos ilustres de Lanzarote, de los verdaderos, de los que en las distintas épocas y de una forma u otra dignificaron el nombre de Lanzarote y dejaron obra, sea ésta escrita o bien señalada en instituciones perennes de su quehacer en el tiempo y la sociedad que vivieron. Porque puede darse el caso, como el del Dr. Spínola, por ejemplo, en el que la obra genial del hombre quedó trincada, sujeta a la propia acción del hombre. Sabio, no escribió nada, pero de él se ha escrito mucho. Los libros que no escribió otros los escribieron, recogiendo sus enseñanzas y las lecciones que dio en el doble campo del saber profesional y su actuación humana y siendo por esto calificado de “filósofo, filántropo, benefactor de la humanidad...”

En definitiva, que no solamente en todas las escuelas de Lanza-

rote los maestros deben preocuparse de que sus alumnos sepan quienes fueron lanzaroteños ilustres, sino que además debe buscarse la manera de que se publique un librito que recoja, en sencillas y exactas biografías, las vidas de estos hombres, que no han sido muchos pero sí los suficientes para confeccionar un tomito de regulares dimensiones.

Pero, ¡atención, cuidado!... Que este libro se realice —se escriba— por personal idóneo. Que los encargados de escribirlo y editarlo tengan mucho cuidado. Que no se nos meta a gato por liebre. Que no se incluya en sus páginas a quien no lo merece porque no destacó lo suficiente ni dejó obra meritoria y que tampoco el texto dedicado a cada cual esté en desequilibrio con la talla y valía del personaje. Es decir, que se le dé a cada uno lo suyo, que se midan bien los valores y se hable más o se hable menos según los méritos.

A este respecto, a mí se me ha ocurrido pensar que podría dividirse en dos partes el tal librito. Primera: Hijos ilustres de Lanzarote de talla nacional, y segunda: Hijos ilustres de Lanzarote de talla regional, o provincial. Es decir: que en aquélla —la primera parte— sólo figurarán los hombres nacidos en Lanzarote cuyo prestigio y fama traspasó las fronteras isleñas, alcanzando altura nacional, como lo fueron Clavijo y Fajardo, Blas Cabrera Felipe, Alfonso Spínola, José Betancort (*Ángel Guerra*), Francisco Fernández de Bethencourt, y algún otro. Y en la segunda parte del libro, ya se sabe: aquellos que sin 'llegar a la Corte', de una manera o de otra se echaron fuera de la isla y tuvieron alguna significación en el ámbito de la región, o de la provincia: Benito Pérez Armas, Isaac Viera, hermanos Zerolo, Luis Fajardo Ferrer, Leopoldo Díaz Suárez, Francisco Jordán, y algún otro.

Podría caber, a criterio de quien o quienes se encarguen de la confección del libro, el incluir acaso a uno o dos —no más de dos, o tal vez tres— de los tantos hombres que en Lanzarote han realizado labor meritoria pero que su nombre no alcanza —o no alcanzó— más allá de lo local, de los límites escuetos de la isla.

La idea, amigos míos —o enemigos, es igual—, está lanzada.

VERDADES Y MÁS VERDADES

Lo de calle-patios o patio-calles y callejones empedrados, es verdad. Verdad que Tegui se está olvidado, o mejor: abandonado. Verdad que Clavijo y Fajardo debería tener algo que lo recuerde en el pueblo donde nació, un monumento, estatua o busto como lo tiene don Alfonso Spínola. Verdad que Lanzarote no ha dado otro parto más glorioso —el de Clavijo y Fajardo— en ningún tiempo, y que la isla entera y no solamente Tegui se es culpable de este olvido. Verdad que los conventos de Santo Domingo y San Francisco debieran ya restaurarse y para ello, si es necesario, recurrir a la Dirección General de Bellas Artes. Verdad que la iglesia parroquial de Tegui se fue “el templo más hermoso de Canarias”, según decía Viera, antes de quemarse allá en 1909 y que fue reconstruida posteriormente con la aportación voluntaria de los vecinos de Tegui se. Verdad que son muy pocos los lanzaroteños que conocen la vida y la obra de escritores isleños como Clavijo y Fajardo y Benito Pérez Armas, porque en los últimos tiempos la sola preocupación de los ‘mandamás’ de la isla ha sido el tipismo y el folclore, el deporte futbolístico y el negocio turístico. Verdad que la Mareta, a las espaldas de la iglesia parroquial, constituía un fuerte atractivo en el paisaje lanzaroteño por ser de tierra que fueron amontonando con mucho sudor y con los años los guanches para almacenar las aguas de lluvia y que a la Mareta le metieron la pala mecánica y la otra, la que hace sudar al hombre y doblegarse, y la desaparecieron, la barrieron del paisaje urbano de Tegui se. Verdad...

Otras muchas verdades ha dicho la excelsa profesora y escritora María Rosa Alonso en su crónica de colaboración aparecida en el periódico tinerfeño *El Día*, titulada *Tegui se olvidado*. Hay que aceptar los hechos. Hay que reconocer que este olvido es el colmo de los olvidos, y lamentable, muy lamentable por parte sobre todo de los que todavía en Lanzarote sentimos la magua de ver los verdaderos valores humanos relingados mientras se ensalzan los otros, los de pacotilla, los que producen ganancias. Pero este mal particular de Tegui se tiene sus razones particulares. En la isla se han cometido múltiples desafueros, aunque muchos crean lo contra-

rio, en este orden de los valores históricos, monumentales y artísticos, sacrificados en aras del esnobismo y del barato cartel publicitario y comercial. Y sin embargo Tegui se casi puede decirse que ha venido escapando de este atropello; pero... ha caído en lo que quizá sea peor: el abandono total. Este abandono total y absoluto se hace patente en la precaria electrificación y en la inexistencia de un servicio municipal de limpieza. En un pueblo donde no hay ni ha habido nunca una preocupación sanitaria, donde no se ve la más mínima preocupación por la higiene, ¿cómo van a haber otras preocupaciones?

¿Hay, acaso, una solución para estos males que sufre el pueblo de Tegui se? La posible solución he querido yo verla en las palabras del Presidente del Cabildo cuando manifestó su idea de la conveniencia de un solo ayuntamiento para la isla, o una fusión de ayuntamientos. Sí, ahí podría estar la solución: un solo ayuntamiento que rija las gestiones municipales de cada pueblo, donde quedará un empleado, un alcalde pedáneo. Y que se dejen de tonterías los patrioteros pueblerinos de 'si yo soy de Tinajo, yo soy de Haría, yo soy de Yaiza'. Todos somos de Lanzarote, vecinos del ayuntamiento único de Lanzarote, y con mucho orgullo: todos conejeros. Antes, cuando los medios de transporte escaseaban, era otra cosa. Hoy en Lanzarote ya no hay distancias, y ya no deben existir las rencillas de pueblo a pueblo. Unirnos todos en un solo ayuntamiento, que la unión hace la fuerza. Considerar a todos los pueblos barrios de Arrecife, y saldremos todos ganando. Y estar orgullosos, al mismo tiempo de ser conejeros, de pertenecer como vecinos a la capital, a Arrecife. Cuando esto llegue, si llega un día —y debe de llegar—, a buen seguro que no nos quejaremos de la falta de luz, de la basura, de la suciedad de las calles y otras cosas. Y los escritores y catedráticos que lleguen a Tegui se no escribirán de Tegui se ni de ningún otro pueblo lanzaroteño en los términos de queja y de reproche que lo ha hecho muy razonablemente María Rosa Alonso, a quien con todos los respetos y particular admiración desde Tegui se yo saludo y en nombre mío y de muchos, al tiempo de agradecerle sus muestras de cariño por la isla, quiero darle la noticia de que el reloj de la iglesia, al fin, ya funciona. Para los tegui seños ya no es siempre las 'cinco menos cuarto'. De unos día acá, cada hora es la hora. Por algo se empieza. Al menos en Tegui se el reloj parroquial ya marcha. Todos esperamos que no tarde en ponerse en marcha también el otro, el invisible y administrativo reloj municipal que pulsa los minutos y las horas del paciente latir ciudadano...

ACATIFE Y LAS MELENAS DEL CRISTO

Me faltó algo por decir en la crónica anterior titulada *Verdades y más verdades*. O mejor dicho: quise decir algo que dejé para otro momento porque la crónica se alargaba y ustedes saben que en los periódicos, sobre todo en los periódicos diarios, se impone la concisión. Bueno, esto es criterio mío, que otros no reparan y cubren columnas y columnas con sus peroratas creyendo que así es mejor, que lo hacen muy bien, sin tener en cuenta la paciencia del lector y sin hacer caso del consejo aquel del viejo cronista cuando dijo que en las lides del escribir periodístico se debe ser breve y tajante, evitar siempre el 'rollo', que los tiempos estos del pluriempleo y la prisa no están para aguantarle la tabarra a nadie, por muy importante y de actualidad que sea el tema. Además hay que acordarse de la máxima de Baltasar Gracián, quien dijo: "En literatura lo bueno, si corto, dos veces bueno".

Bien; ahí va lo que la otra vez quise decir y no dije.

Conforme con todas las verdades, ¡tan grandes verdades!, que la eximia profesora y no menos eximia escritora María Rosa Alonso nos puso delante de los ojos a todos los lanzaroteños. Pero hay dos cosas, o mejor dicho dos puntos entre los diversos y muy interesantes que abordó en su artículo, sobre los cuales mi conformidad no es total: el que *Acatife*, nombre actual de un hostel de Teguise, es derivación, transformación o degeneración del término *Arrecife*, y que la larga y espléndida melena del Cristo de la Veracruz vienen a ser los hermosos cabellos de una moza graciosa que los donó en promesa a la imagen venerada. Que me perdone la hábil teorizadora de hechos del pasado y del presente, pero yo no estoy muy conforme con eso. Ninguna de las dos suposiciones (pues sólo son simples suposiciones de tipo lingüístico la una y 'leyéndico' la otra) me convencen. Yo no tengo argumentos para demostrar lo contrario, o de que no es así, porque nunca me dediqué al estudio de la historia de la isla ni a refistolear papeles viejos y archivos, y no soy el llamado a refutar nada ni a desdecir a nadie. Hablo ahora aquí sin el recurso de citas ni libros, sino ateniéndome a la tradición oral, a lo que oí desde niño a mis abuelos y que decían ellos habérselo oído a los

suyos. Y es que Acatife fue el nombre antiguo de Teguisse, el nombre de antes de la conquista, cuando Teguisse era —vamos a decirlo así— un primitivo poblado guanche sin casas, o sea unas cuantas cuevas aljameadas donde se refugiaban los pastores con sus cabras que llevaban a beber a la maretá, y ellos mismos bebían. Hay quien ha dicho, y lo ha escrito, que Acatife fue el nombre de una aldea próxima a Teguisse —¿acaso la actual Nazaret?—, pero de esto no hay tampoco nada cierto. Para mí, Acatife fue Teguisse, rebautizada con este nombre por Maciot de Bethencourt que quiso así halagar a la bella princesa indígena para que aceptara ser su esposa, que por lo visto no lo quería mucho, o no estaba enamorada. Para mí es más bonito así, y yo creo que debe ser así, y así debe contarse la historia.

Lo de los cabellos del Cristo de la Veracruz es pura invención; pura invención eso de que una hermosa moza muy devota se sometió al sacrificio de rasarse la cabeza y hacer una peluca para cubrirle la testa pelada al Cristo. Primero: porque en la Graciosa no vivía un alma hasta hace poco más de cien años. Era la isleta un islote desierto, como hoy Montaña Clara o Alegranza. Y segundo: porque el Cristo de la Veracruz apareció navegando por Famara, embarrancó en la playa en su fuerte caja de madera y los teguiseños lo trajeron a la Villa donde llenos de unción y con mucho coraje —santo coraje—, con los modestos medios al alcance le construyeron una iglesia (siglo XVII). No lo llevaron a San Francisco ni a Santo Domingo y ni al templo parroquial, sino que le hicieron, a base de brazos y sudor y sacrificios, su iglesia. Y allí quedó instalado el Cristo con su melena y su barba, hasta nuestros días. Y Veracruz, el caribeño puerto mejicano, se quedó sin Cristo, que allá se dirigía cuando naufragó y las olas lo arrastraron a Famara. Una parte del techo de la iglesia fue taponada en bitoque con los maderos de la caja, y allí están, todavía se ven, como testigos en el tiempo de que el Cristo llegó a Lanzarote a la deriva y no fue obra de Luján ni de otro escultor conocido ni sus cabellos vinieron de la Graciosa.

Y nada más. A lo mejor otro día, si me dan ganas y tengo humor, digo algo que yo sé y que nadie más sabe, sobre Clavijo y Fajardo. Al menos la anécdota, en Madrid, del 'Niño guapo de Lanzarote' (como así se le llamó en la Corte madrileña), que yo sé, no la he leído en nada de todo lo que ha llegado a mis manos sobre este hijo mucho más que ilustre de Teguisse. En la anécdota se ve bien claro que aunque Clavijo no volviera más a Lanzarote, amaba a su isla y tenía de ella grato e inolvidable recuerdo.

UN CAMELLERO NOTABLE

Muy sucintamente trazaré la biografía de Clavijo y Fajardo para después contar una anécdota, que dije conocer de 'buena fuente', y que seguramente desconocen todos los que en Canarias se dedicaron, y aún se dedican, a esa pacienzuda y siempre meritoria labor de la investigación histórica.

Don José Clavijo y Fajardo nació en la Real Villa de Teguiise en 1726, y murió en Madrid en 1806. Vivió, pues, ochenta años enteros, día más día menos. Sus padres fueron don Nicolás Clavijo y doña Catalina Fajardo, de quienes poco o nada se sabe. Tuvo un tío prior del convento de Santo Domingo, muy entendido en cuestiones humanas y teologales, que fue seguramente su maestro y su 'valedor' cuando Clavijo, muy jovencito, desaparece de Lanzarote y aparece en Madrid.

Archivero Mayor en la Corte de Carlos III, Clavijo y Fajardo ocupó un puesto de relieve en las bellas letras españolas de su época, publicando varios libros: *El Tribunal de las Damas*, *Pragmática del Zelo*, etc. y fundando y dirigiendo un semanario, *El Pensador*, a través del cual realizó la gran tarea de europeización de España, por entonces un tanto apartada del pensamiento filosófico imperante en el continente a través de las rutas marcadas por Locke en Inglaterra, Voltaire en Francia, Rousseau, etc.

Pero más que su obra, altamente cultural y social, fueron sus hechos personales lo que hizo que 'el niño guapo de Lanzarote' fuera conocido y admirado en todo el mundo, o por lo menos en los países cultos de Europa. Hombre de recia personalidad aunque algo extravagante, fue sin duda una especie de Don Juan —Tenorio, Mañara— a su estilo. En la Corte madrileña no había dama que se le resistiera. Solterón empedernido, en cuanto una mujer hablaba con él ya estaba lista, ya no escapaba al atractivo y encantamiento de la palabra, que no del canto, del ilustre canario...

Entre tantas damas de la más fina aristocracia y apellido que 'suspiraban por el canario', llegó a Madrid Mademoiselle Luisa Caron, hermana de Monsieur Agustín Caron de Beaumarchais, secretario de Luis XV y uno de los valores más representativos de la literatura

francesa. Nada más conocer la bella parisiense al *conejero* y quedar prendada de él, fue todo uno. Se amaron y sus amores dieron de qué hablar no sólo en España sino también en Francia. Y los amores siguieron hasta que ocurrió lo que suele ocurrir en muchos casos: que la mujer quiere salvarse en el matrimonio y el hombre que rechaza el matrimonio. Entonces viene a Madrid el secretario de Luis XV a 'arreglar el asunto de honor' y no lo logra, pues Clavijo se niega rotundamente a la boda. Hay desafío. Y Clavijo se niega también al desafío, o sea: no acepta el duelo. Se arma en la Corte un enorme revuelo. Clavijo dice que él no se bate porque nunca ha empuñado espada ni revólver ni cuchillo canario y no quiere 'morir como un conejo', que si acepta el francés lo que puede hacer es agarrarse al puñetazo, o echar una lucha —lucha canaria, naturalmente—. No descansó el ofendido hermano de la dama burlada hasta provocar el descrédito de Clavijo en la Corte española. Carlos III lo destituyó de su alto cargo de Archivero Mayor, y aquí vemos a Clavijo deambulando por las calles de Madrid hecho un desgraciado, procurando ganarse la vida con la pluma, su único medio de subsistencia.

Sobre esta aventura amorosa de Clavijo y Fajardo se escribieron varios libros, entre los que destacan la tragedia *Clavijo*, de Goethe, la comedia *Eugénie*, del propio Beaumarchais, y otras tres tragedias más de autores franceses. Ninguna de estas obras se ajusta a la realidad. En ellas se hace morir de amor y desesperación a Luisa Caron, y también a Clavijo, y la verdad es que la bella francesa murió en un convento de su país, ya anciana, y Clavijo en Madrid, a los ochenta años de edad y con el solo título de director jubilado del Real Gabinete de Historia Natural.

Y ahora, la anécdota.

Había salido Clavijo una tarde del Palacio Real y se dirigía a la Puerta del Sol, a pie como hacía siempre, para tomarse unos 'chatos' con pajaritos fritos a falta de 'carajacas', antes de iniciar sus trabajos de redacción en su periódico *El Pensador*, cuando por la calle Mayor, con gran algarabía, gentes que gritan y corren asustadas por poco lo atropellan. "¿Qué ocurre?", pregunta Clavijo. "¡Un camello! ¡Viene suelto un camello por la otra calle!", gritan unos transeúntes desprovistos mientras desaparecen por la esquina.

Efectivamente, un dromedario que se había escapado de un circo o que a lo mejor trajeron unos moros a Madrid para exhibirlo, corría calle abajo tan campante tocando la vejiga. En medio del gentío que se apretuñaba para esconderse en los portales, unos, y llorando otros, de repente un hombre más bien pequeño y flacucho, de bigote caído y pequeña barba recortada, surge de la muchedumbre y se planta de-

lante del camello bastón en mano. Hubo embestidas del camello y agachadas del hombre. Y el asombro de todos los que contemplaban la escena, desde los balcones y las azoteas, fue grande cuando el camello rodó inesperadamente por tierra y dejó de bramar... Clavijo le había acertado en 'los tabaqueros' con el puño del bastón. Después esperó a que el camello se refrescara, se montó a horcajadas en la joroba y se dio un paseo por las calles principales de Madrid, recalando más tarde por la Puerta del Sol donde hizo tuchir al animal y allí esperó a que llegaran los moros y se lo llevaran.

Esta es la anécdota, hecho verídico. Lo que demuestra que Clavijo y Fajardo, siendo jovencito en Tegui se antes de marcharse a Madrid, fue camellero. Un camellero notable. Camellero de los buenos por cuanto todos los que en Lanzarote lo han sido, difícilmente supieron dominar al camello cuando éste va suelto y va 'caliente', según consta.

Clavijo y Fajardo, uno de los hombres más representativos de la cultura hispana del siglo XVIII, en su pueblo natal de Tegui se lidió camellos sin duda antes de irse a Madrid a lidiar aristocráticas damas encopetadas y desde allí proyectar el nombre de Lanzarote por los ámbitos cultos de España y del mundo.

Genio auténtico, Clavijo; artista verdadero del pensamiento creador y del vivir, hijo ilustre de Tegui se, y de Canarias, y de España, y de Europa... Y todavía, después de doscientos años, no ha habido nadie en Lanzarote que haya intentado perpetuar su memoria en mármol, en piedra, en un simple artefacto callejero.

GALLOS, TEATRO, RECUERDOS...

Iban a comenzar las peleas de gallos. Las peleas de gallos en Lanzarote forman parte de una tradición que perdura a través de los siglos. Como en Arrecife no se han preocupado sino de tener un amplio estadio para practicar el fútbol y otros modernos deportes, este año, faltos en la capital de un local adecuado, las riñas de gallos han debido celebrarse todas en Tegui, en el lugar de siempre, en el viejo teatro con sabor a maretá y a dramas de Echegaray, autor favorito de nuestros abuelos allá por las primeras décadas del siglo. *El puñal del godo* llegó a representarse en este viejo teatro cientos de veces, siempre con la entrada llena, abarrotado de público.

Iban a comenzar las peleas cuando se me acercó un joven que me parecía haber visto en otra parte y conocer de algo. “Tengo que hablar con usted”, me dijo. “Cuando guste, amigo”, le contesté al tiempo que le echaba una ojeada al ‘melado’ que acababan de soltar en la valla, gallo de fina estampa, espuelas naturales y pluma planchada y brillante como el terciopelo, característica de los bípedos de ese gran casteador de Las Palmas que es don José Hernández López. “No tiene mayor importancia lo que quiero decirle... Únicamente que he leído sus crónicas periodísticas y me gustaría una para el *Diario de Las Palmas*, periódico del que soy corresponsal.” “Bien, escribiré algo para el *Diario*, claro que sí. Me parece que en ese periódico hace de director don Andrés Ruiz, canario a quien conocí allá por los años cincuenta antes de expatriarme... Sí, escribiré algo, ¡pues no faltaba más!”

Y aquí me tienen ustedes escribiendo ese algo, cumpliendo mi palabra. Sigo haciendo honor al lema de nuestros antepasados isleños de: ‘Antes de todo, la palabra’. Lema que hoy parece haber perdido todo su valor y significación. Papeles, papeles y más papeles y firmas con testigos es lo que impera. Y así y todo...

Empezó el espectáculo y las riñas fueron sucediéndose una tras otra con sangre y gritos de emoción —y de pasión—. Y a través de las riñas, entre un combate y otro, yo miraba al público, las caras, los gestos... Espectáculo grandioso, pintoresco. Más grandioso y más pintoresco cuando se me ocurrió mirar hacia arriba, hacia el techo.

El techo a dos aguas de azotea como muchas viejas construcciones de Teguiise, estaba enrasado de guirnaldas, vestigios de la última verbena. Estupendo, me dije, aquí hacen bailes y se pelean gallos y nuestros abuelos hacían teatro. Pero no es esto lo peor, o lo más bueno, sino que antes, anteriormente al teatro de nuestros abuelos, allá por los remotos tiempos de adelantados y vicarios y diezmos y primicias, este lugar fue santo lugar, fue ermita. Santo lugar. Honda significación del lugar. Aquí mucha gente rezó, y se puso de rodillas, y algunos aquí seguramente trataron de buscar la salvación divina, confesándose... Hoy sirve de gallera porque no hay otro sitio donde celebrar los combates en Lanzarote. Porque en Arrecife, que es la capital, no se han preocupado sino de los deportes importados, olvidándose de los nuestros, de los heredados, de la lucha canaria, de las peleas de gallos...

Y escribiendo estas líneas se me han venido a las mientes los millones de pesetas que dicen van a concederse, o se han concedido ya, para la conservación y restauración de los conventos de Santo Domingo y San Francisco, que siguen sin encalar y llenos de polvo, con vetustez de ruinas, y he pensado si de esos millones no podría sobrar algo para 'remozar' a su vez un poco el viejo Teatro, antiguamente ermita, hoy gallera...

LA MARETA DE GUADARFIA

En cierta ocasión dije que uno de los más tristes y desconsolantes atropellos que se habían cometido contra el 'paisaje humano' lanzaroteño —humano y urbano— era, sin duda, el aniquilamiento del quiosco de la Música del 'Muelle de las Cebollas' de Arrecife, al que hicieran leña, y el exterminio total y definitivo —barrida completa— de la Mareta de Teguiise. Lo dije así, poco más o menos, y ahora vuelvo a repetirlo sin arrepentimiento ninguno, ni magua.

Hoy, sin embargo, al coger de nuevo la pluma con intención de hablar algo de Teguiise, y de sus valores olvidados, voy a regocijarme, quiero regocijarme; pues, ¿saben ustedes lo que sucede?..., pues ni menos ni más sino que se está gestionando la posibilidad de reconstrucción de la Mareta. Según mis informes, parece ser que los encargados de las obras de restauración de calles, plazas y monumentos de Teguiise (declarado últimamente 'patrimonio artístico nacional', todo el pueblo) han encontrado vestigios del empedrado del fondo y las 'coladeras', y, lo más interesante, documentos en los que se detallan las características del gran embalse que allá por el mil quinientos y pico aplacaba la sed de los lanzaroteños, no solamente de los teguiiseños. 77 mil pipas de agua (38 millones y medio de litros) era el aforo de la Mareta. Casi casi para abastecer una población como la de Arrecife durante varios meses de agua potable y saludable, no salobre, no salada. ¡Ahí es nada la ocasión perdida de los arrecifeños!

Pero más aún que por su material sentido utilitario, la reconstrucción de la Mareta en su expresión original encierra —o encerrará, si se lleva a cabo— uno de los mayores logros alcanzados por el hombre isleño (léase *conejero*) en su afán de revalorizar la isla frente a la mirada de todos, de propios y de extraños.

¡La Mareta! ¿Tendremos otra vez Mareta? Un sueño demasiado bello para todos los que aun sin ser de Teguiise, sin haber nacido en Teguiise, corrimos de niños por los altos testes rojos y de mayores a través de estos mismos testes montañosos que aprisionaban el agua y la brisa y el reflejo del sol y las estrellas, quisimos siempre ver el símbolo de un pueblo, el alma de una raza; el símbolo de la

valiente y sincera y austera alma de los ascendientes pastores de Guadarfía. Porque si los grancanarios veneran la nobleza de don Fernando de Guanarteme, los lanzaroteños debemos venerar la memoria del no menos noble y leal y caballeroso y valiente don Luis de Guadarfía. Y la Mareta, que en su origen primitivo de barro y piedra seca, fue obra suya o debió serlo, deberá llevar si de verdad se realiza la reconstrucción, su propio nombre. Así tendríamos entonces dos reliquias históricas, dos huellas indelebles del pasado lejano: el Palacio de Zonzamas y la Mareta de Guadarfía. Si esto se logra... ¡echen ustedes siglos atrás!

Como en toda obra material de arte trascendente, o de humanidad trascendente, y costosa, ya en cuanto se ha rumoreado este asunto de la Mareta, no han faltado las opiniones y comentarios adversos. Ya alguien se ha dejado decir 'que no deja de ser un disparate'. ¡Cómo se va a amontonar otra vez la tierra, tanta tierra!, claman los más avisados. ¡Cuántos millones de pesetas de costo para volver la tierra otra vez a su sitio!, vociferan otros no tan avisados.

Señores: dejen la tierra quieta. No se trata ahora de tierra, al querer rehacer la Mareta. Se trata simplemente de hacer el piso, el fondo, arreglar las 'acogidas' y fabricar las circulares murallas de contención cuidando mucho 'los ojos abiertos' de piedra o 'coladeras'. La tierra vendrá después, con el tiempo, del fondo mismo de la Mareta. Como cada dos o tres años habrá que limpiarla igual que se limpian los aljibes, los testes se irán formando sobre sí mismos con el barro extraído. Irán creciendo lentamente, muy lentamente, pero crecerán. Nuestros nietos los verán mayores que nuestros hijos, y los nietos de nuestros nietos más mayores todavía, quizá tan altos como la torre de la iglesia, como los vimos nosotros de niños y por sus empinadas crestas correteábamos y nos echábamos a rodar cuesta abajo hasta quedar varados en la cuneta solitaria...

Esperemos que todo salga bien y los vecinos de Teguiise, después de ver sus casas y sus calles y sus monumentos remozados, volvamos a ver erguida y majestuosa, roja siempre y parda a veces, a la Mareta de Guadarfía, para regocijo nuestro y el de todos los que a Teguiise curiosamente se acercan: isleños, peninsulares y extranjeros.

LOS TRES TENORES 'INÉDITOS' DE LANZAROTE

Mejor que inéditos, es desconocidos; y mejor todavía que desconocidos: malogrados o desperdiciados.

Fueron tres hombres comunes, hijos del pueblo, a quienes unió una misma circunstancia vital, o anatómica, o fisiológica: la voz. También los tres tuvieron en común un destino trágico, como si sobre ellos pesara una maldición de desgracia y de muerte a la que ninguno escapó. Los tres fueron de la misma época: finales y principios del siglo, año más año menos.

Se llamaban, por orden de edad correlativa: Abrahán Doreste, nacido en Soo, zapatero en la Vegueta y muerto a palos en Tías; Panchito el de Antero, de Tegui, que se fue para América huyendo de unos amores desgraciados y que no se supo más de él; y Rafael el Bruno, de Haría, que también tuvo que marcharse de la isla y en Cuba murió degollado. Como ven ustedes, tres destinos trágicos de tres lanzaroteños que con toda seguridad, si nacen en otro lugar de la tierra y en otra época, no mueren como murieron y sus vidas hubiesen sido gloriosas, y si no gloriosas, al menos dignas, llenas de importancia y de eso que los humanos por su condición misma de humanos tanto aman: la fama, el aplauso.

Ahora que hemos oído a Blas Martínez y conocemos 'su circunstancia', no hemos podido evadirnos al recuerdo y obligadamente, irremediablemente, se nos ha encaramado a la memoria las tres figuras desdichadas de los tres cantantes 'desperdiciados' de Lanzarote. Comentando con unos amigos —algunos ya bastante avanzados en edad y con largas experiencias del buen saber y el buen recordar— la 'peripecia' de Blas Martínez que joven emigró a Venezuela y allí lo oyeron cantar unas folías y esto fue suficiente para que apreciaran su voz y le dieran la mano y le abrieran el camino del estudio y la oportunidad, uno de estos amigos, tal vez el más anciano del grupo, dijo: "Si Blas Martínez no se va a Venezuela seguramente no sería el gran tenor que hoy es, sino que lo estaríamos oyendo cantar isas y folías en las parrandas y agrupaciones folclóricas, sin más penas ni glorias. Es lo que le pasó a Abrahán Doreste, zapa-

tero de la Vegueta, y a Panchito el de Antero, de la Villa, y a Rafael el Bruno, de Haría... ¡Qué voces!, ¡qué pechos!, ¡qué afinación y entonación!... El de la Vegueta era tenor dramático, el de la Villa tenor lírico, y el de Haría no era tenor, sino barítono, tirando a bajo..."

A través de la conversación salió a relucir las condiciones 'de aguante' de cada uno. De Abrahán Doreste se dijo que era incansable, dándose el caso de estar siete días cantando —los siete días de las fiestas de San Ginés— y cada día que pasaba más clara y más potente era su voz. Panchito el de Antero no aguantaba tanto, pero había tardes que subía al castillo de Guanapay y su voz se oía durante horas enteras entonando isas y folías que llegaban más allá de los valles —tres y cuatro kilómetros a la redonda—. Y de el Bruno de Haría se cuenta que salía cantando del pueblo y llegaba al Risco de Famara y que allí su voz, de bajo abaritonada, se iba desparramando por los barrancos y llegaba al mar y que los tripulantes de los barcos que cruzaban El Río se quedaban extasiados...

No sé si serán un poco exagerados estos 'dichos' de los tres cantantes que pudieron haberle dado a Lanzarote fama internacional, en ese mundo grandioso del arte de la música, si no se malogran, o no se desperdician. Sí parece cierto que los tres tenían una 'voz de oro', un oído finísimo y un sentido extraordinario de la armonía y el compás. Y ya ven ustedes cómo es la vida, o cómo era la vida antes: ninguno de los tres llegó a nada porque no se les dio oportunidad, perdiendo Lanzarote la gran ocasión de contar, en su estrecha y flaca lista de hijos ilustres, con tres nombres que ciertamente le hubiesen dado prestigio universal.

Tenemos la esperanza, los lanzaroteños amantes y defensores de los valores verdaderos de los hombres, que Blas Martínez siga su escalada ascendente y pronto cuente Lanzarote con un tenor de categoría mundial. Cada isla debe tener lo suyo. Gran Canaria tiene su tenor: Alfredo Kraus. No tardará mucho en que Lanzarote tenga el suyo: Blas Martínez.

Que le sirva al joven divo lanzaroteño de acicate para llegar a la cumbre el recuerdo de estos tres cantantes desperdiciados de Lanzarote: Abrahán Doreste, de Soo, zapatero en la Vegueta y muerto en Tías de varios garrotazos en la cabeza; Panchito el de Antero, de Teguiise, fugado a América por no se sabe qué sentimientos turbios de su vida y su persona, y Rafael el Bruno, de Haría, huido también a América y que murió en Cuba estrangulado por un mulato.

MÁS SOBRE LOS TRES TENORES DE LANZAROTE

Está visto que no puede ser uno hombre público. El que se asome a la ventana de la publicidad, por modesta y bien intencionada que ésta sea escribiendo alguna croniquilla de vez en cuando, ya sabe lo que le espera: censura por un lado y desacuerdo, aunque por otro tengamos algún amigo que defiende al amigo diciendo que lo que escribe el amigo le gusta y que es bueno. De todos modos, siempre se expone uno a ser importunado. ¡Oh, quién pudiera en sus escritos contentarlos a todos!

Con motivo de mi anterior crónica titulada *Los tres tenores inéditos de Lanzarote*, varias son las personas que han venido en busca mía con el buen propósito de informarme. Menos mal. Porque supónganse ustedes que estas personas hubieran venido enfadadas, en plan de polémica, en plan bélico... ¿Qué podría haber pasado si cogen a uno de mal humor o en un momento de esos en que se siente asco de todo y por los que a veces el hombre pasa sin remedio? Yo no quiero pensarlo...

Pues bien; han venido a decirme, muy buenamente, si quería rectificar mi equivocación al decir que el tenor Panchito el de Antero no era de Teguiise, porque —dicen ellos— no nació en Teguiise, sino en Arrecife. Ya está rectificado. Sépanlo todos: el malogrado tenor lanzaroteño Panchito el de Antero no vino al mundo a la sombra de los conventos de la antigua capital, sino a la del Puente de las Bolas y próximo al Charco de San Ginés. Pero también es verdad, sépanlo todos, que Panchito el de Antero vivió en Teguiise hasta que se huyó a las Américas.

En lo tocante al de Haría, a Rafael el Bruno, nadie duda de que nació en el bello palmeral norteño. Hay únicamente una disquisición o discrepancia entre los que conocieron al gran barítono con voz de bajo. Unos dicen que se fugó hacia América siendo soltero, y otros aseguran que no, que fue después, siendo ya casado. Éstos afirman que a los tres meses más o menos de contraer matrimonio, su mujer dio a luz, y que el párroco, muy enfadado, lo llamó a la sacristía y le dijo: “Rafael, nunca creí eso de ti... Además: ¿quién te asegura que el crío es tuyo?” A lo que el Bruno contestó: “Mire usted, señor

cura... Si yo compro una burra y la burra está preñada, yo creo que la cría es mía, me pertenece a mí... ¿O no?"

Para encomiar la enorme voz de Rafael el Bruno —me ha dicho otra persona que también lo conoció— “corría por el pueblo la voz de que se tragaba las naranjas de a perra gorda enteras, sin partirlas ni masticarlas; y las naranjas de a perra de aquella época, supóngase usted, eran como sandías.”

En fin, yo creo que fuérase para América soltero o se fuera casado, eso es lo de menos. Lo cierto, y lo que importa, es que se fue y que en Cuba le cortaron el pescuezo, o lo estrangularon, es igual.

Respecto al de la Vegueta, a Abrahán Doreste, han venido a decirme que a más de cantante fue poeta. He aquí unas muestras de sus versos, a los que ponía música de folías o malagueñas, según cuadrara. Muy amigo de don Francisco Perdomo, de 'El Peñón', desde la montaña de Tamia le cantaba:

*Adiós don Pancho Perdomo
dormir bien y descansar
porque el reloj de la vida
sin cuerda no puede andar.*

Abrahán Doreste, cuando salía de farra, iba siempre impecablemente vestido de blanco, con sombrero pajizo. Decía él que se vestía así porque la vestimenta blanca le daba un remarcado empaque de alegría, y él quería alegrarlos a todos, aunque la procesión la llevara por dentro. Y así cantaba:

*Pasa el que canta, la vida,
en continuo sufrimiento
de penas y de tormentos
y al parecer distraída...
Y 'toos' creen que es divertida
porque vivimos cantando...
y el mundo aplaude ignorando
que es nuestra desgracia tanta
que mientras la boca canta
está el corazón llorando...*

Nada más. Como ya dije, este tenor-poeta murió en Tías de una paliza enorme que le dieron, y fue cierto.

Espero queden complacidos mis amables comunicantes y sobre este tenebroso asunto, ¿tenebroso?, de los tres tenores de Lanzarote no vuelva a hablarse por algún tiempo.

LOS EXPERTOS Y EL TAPONAZO

La economía y las finanzas hay que saberlas entender. Los profanos en estas cuestiones nos quedamos asombrados cuando nos enteramos que de la noche a la mañana unos individuos se hacen ricos, mientras otros se pasan la vida machacando, machacando, y no salen de la pobreza.

Este fenómeno de la riqueza y de las ganancias de millones, en cortos y breves plazos, está a la orden del día en Lanzarote. De unos años acá los millonarios proliferan sobre la tierra conejera como los conejos en Fuerteventura, formando plaga. ¿Va esto a seguir? ¿Durará esta 'danza de los millones' que al son de la pandereta turística se baila en la isla? Dicen los expertos que sí. Dicen que mientras haya suelo en Lanzarote sobre el que especular, la breva durará, o les durará.

Terreno, suelo, solar... He aquí la caja de Pandora. He aquí la panacea actual del isleño y de muchos que no son isleños y que aquí llegan desde las más lejanas latitudes.

Pero... ¿y cuándo esté todo edificado?, ¿cuándo ya no se construya un edificio más porque toda la isla está edificada? "¡Ah, pero es que eso tardará, tardará, puesto que se está empezando!", exclaman a coro los expertos.

Y los profanos, los que no entendemos de finanzas ni economías, nos callamos, o procuramos no chistar, porque los expertos son los expertos.

Pero en el fondo de nuestro sentimiento de hombres humildes, sencillos, no podemos evitar una duda, un resquemor, algo que nos conturba y nos salpica el ánimo y nos hace desconfiar. Los hombres sencillos que no entendemos de economías ni de negocios ni de finanzas ni de pujantes y opíparas empresas crematísticas, pensamos si no estaremos corriendo demasiado deprisa, si no estarán los 'prohombres' del progreso de Lanzarote arrastrando el carro a demasiados empujones... Hay que hacerse la pregunta: ¿No tendremos todos, en Lanzarote, el motor acelerado? En este correr ansioso: ¿no se desbocará el caballo? ¿Estamos seguros de tener bien sujetas las

riendas y cuando llegue el momento de frenar —porque habrá necesariamente de llegar ese momento— podremos frenar?

Ojalá no estemos sufriendo un espejismo y esas luminarias de riquezas y millones que relampaguean por todos los costados bajo el cielo conejero, no se apaguen. Ojalá que cuando toda la faz de la isla esté recubierta de cemento y hierro, el peso de tanto cemento y tanto hierro no le parta la corcova al camello, no nos hunda a todos, pobres y ricos, millonarios y arramblados. Ojalá no tengamos entonces que pagar todos —los que se hincharon y los que no se hincharon— el precio de la desmedida ambición, de tanta avaricia, de tanto logro...

Esos refranes castellanos de “el que mucho abarca poco aprieta” y “el que mucho aprieta poco abarca” y ese otro más tajante de “la ambición rompe el saco”, son refranes que no suelen fallar. Los refranes castellanos son como sentencias, y avisan siempre, advierten, previenen. Yo creo que ese de la “ambición rompe el saco” hay tiempo que está avisando y previniéndoles a muchos individuos en Lanzarote del peligro que encierra el correr desenfrenadamente, a tontas y a locas, detrás del dinero, porque sabido es que el taponazo suele venir de repente y entonces el taponazo es peor, más dañino, más doloroso, más mortal.

Los que somos profanos en estas lides del quehacer financiero, y bancario, y económico, y comercial, no podemos hacer otra cosa que callarnos, porque ahí están los expertos. Lo más que podemos hacer es rechistar, por lo bajo, y en última y postrera instancia y para nuestro fuero interno, desear que no le llegue a Lanzarote el taponazo de repente.

¡BIEN POR LOS ARQUITECTOS!

Sí, bien por los arquitectos y más que bien. Porque ya era hora de poner coto a tanto desmán. Porque si seguimos así, en Lanzarote, pronto nos veríamos clamando al cielo como en Gran Canaria frente a tanto 'asesinamiento del paisaje', contra tanto atropello urbanístico y otros atropellos —flora y fauna—. Porque habría de llegar el momento, aquí en la isla 'privilegiada del fuego y los volcanes', en que los que seguimos amando la belleza por sobre todas las cosas —¡ay dinerito, dinerito!—, no tendríamos otra 'solución' que escondernos, huir, 'desaparecer' del mapa, para no ver, no sufrir, no morir rabiando como decía Unamuno refiriéndose a la España 'cupletera y dictatorial' de los años veinte...

Bien, arquitectos isleños que habéis alzado la voz dignamente en vuestra arquitectural revista, bien... Lanzarote está de enhorabuena. Lanzarote tendrá mucho que agradecerles si esos cinco ministros, a los que os habéis dirigido en súplica de que se salve —o no se pierda— 'esta joya de Dios', os hacen caso y 'toman a la isla entera bajo su tutela', como es vuestro ruego según la tónica del texto reproducido en el diario *La Provincia*. Bien, arquitectos isleños y españoles, bien... Tened la seguridad del agradecimiento unánime de todos los lanzaroteños de pro, de los lanzaroteños que aún quedan de buena voluntad, de los que miran y anteponen el interés general al egoísta y particular de la conveniencia personal y la riqueza... Si los cinco ministros aceptan, si los cinco ministros —el de la Vivienda, el de Información y Turismo, el de Educación y Ciencia, el de Agricultura y el de Obras Públicas— toman en consideración y con cariño vuestro escrito y Lanzarote queda bajo el ministerial patrocinio, entonces sí que merecéis todos que en el cerro más alto y visible de la isla —por ejemplo en el macizo de Famara— vuestros nombres reluzcan en pancartas y carteles con letras de oro, o al menos doradas. Así, como suena, porque lo he sentido así y porque me salió así: con letras de oro o doradas. Esto aunque algunos digan que 'con un solo ministro bastaba, había de sobra'. ¡Siempre hay perspicaces!

Y no quiero alabar más a los arquitectos. Conozco a mi gente

isleña y sé que buscando y rebuscando en la imaginación, moviendo y removiendo un concepto con el otro en las entretelas de la insana fobia perruna y personal, más de uno habrá que salte y saque a relucir mi parentela con uno de esos arquitectos. Ya me parece estarlos oyendo decir, o exclamar: “Veláis, asunto familiar, cuestión de alabanza y bombo de familia!” Y yo de antemano les contesto: “Pobrecitos, pobres diablos...”

Por otro lado, sé que otros pondrán el grito por encima del mar y más allá del mar: “¡Bonito! ¡Ahora sí que estamos arreglados! ¡La ruina! ¡No queremos plan de ordenación, no queremos planificaciones! ¡Inaudito! ¿Cómo vamos a ganar dinero ahora si los capitalistas, los inversionistas, se nos marchan a Fuerteventura, como ya ha sucedido!”

¿Y qué? ¿Es que nuestros hermanos los majoreros no tienen también derecho a ganar dinero?

EL PAN NUESTRO

¿Qué pasa con el pan? ¿Va también a subir? Es lo que dicen y es lo que nos faltaba, para terminar de una vez con la paciencia del sufrido ciudadano que trabaja y aguanta y cada día que pasa ve su economía familiar más menguada con el alza constante de los productos de menor y mayor necesidad. Yo espero que el Consejo Provincial de Trabajadores deje oír su voz de protesta, como se anunció, y el pan no suba, el pan nuestro de todos los días. Nosotros los lanzaroteños esperamos que el Consejo Provincial no fracase en su gestión, como esperamos asimismo ver realizada la promesa hecha en una de sus asambleas de interesarse por Lanzarote, la más cara isla del Archipiélago respecto a los artículos de consumo y al coste de la vida.

El pan es símbolo del alimento del hombre. El pan por sí solo no significa nada, o significa muy poco, pues no sólo de pan se vive. El pan en su amplio sentido significacional es algo más que el trigo molido y fermentado hecho masa alimenticia y comestible. Dios lo escogió para darle sentido general a la jaculatoria del *Padrenuestro*, por ser el alimento básico del hombre allá en los remotos tiempos bíblicos. Al escoger Dios la palabra *pan* ya sabemos lo que quiso decir: que no falte al hombre la justa alimentación diaria, incluyendo en el concepto todos los alimentos contribuyentes de la salud corporal y orgánica —pan: todo, entero, según la etimología griega—. El pan representa todo lo que el hombre necesita para vivir. “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy...” Es decir: danos los medios para tener salud y seguir viviendo sin penurias, sin estrecheces, sin ahogos. Esto quiso decir Dios. Lo contrario es lo que nos quieren decir todos los implicados en la constante y desaforada arremetida de los precios. Aquí en Lanzarote, la isla de más altos niveles en el coste de vida, la vida nos la van a hacer imposible como no se ponga eficaz remedio. Aquí ya subió el ‘pan’ —todo—, hace tiempo que subió y sigue subiendo. La última subida que dejó a los isleños perplejos —perplejos y asustados—, sin quererlo creer por lo desorbitante y exagerado, fue la de los transportes extraurbanos, la subida de las guaguas del interior. Casi un ochenta por ciento de golpe. ¿Lo sabe acaso el

Consejo Provincial de Trabajadores? Los usuarios de estos servicios del transporte son en su totalidad trabajadores, obreros, jornaleros, gentes del campo que necesitan bajar a la ciudad. Porque los otros, los pudientes, tienen todos coche y no salen del coche y sin el coche.

¿Quién autorizó ese aumento enorme del precio de las guaguas del interior? Me gustaría saberlo, y los motivos también. Pues hasta el momento, después de más de un mes, nadie ha dicho nada, todos siguen callados, callados...

¿Que va el pan a subir, ese pan que se come y se mastica y se traga y a veces *añuga* en la garganta porque no se puede ni tragar por lo crudo? Bueno..., si no hay otro remedio y los motivos son fundamentales, que suba el pan, ese que se come. Pero que se nos baje a nosotros los conejeros el otro pan, el que indica el *Padre-nuestro*; esto es: todos los otros artículos de primera necesidad cuyos precios en el resto de las islas son notoriamente inferiores, incluyendo las guaguas. Veraz comprobación: precio del recorrido Las Palmas-Telde —15 kms.— 8 pesetas; precio del recorrido Arrecife-Teguise —11 kms.— 12 pesetas. Esto no tiene nombre. No tiene nombre el indignante atropello que se está cometiendo contra la población humilde y trabajadora de Lanzarote por parte de unos individuos amparados y atrincherados en el privilegio de un monopolio. Y como esto de las guaguas, quitando el pan, cuántas cosas, cuántas...

NUESTRA EMISORA

Va a empezar a funcionar Radio Lanzarote. Ya era hora. Porque habíamos creído que se iba a eternizar la espera dado el tiempo transcurrido desde que se lanzó a la calle la noticia. Ahora sí parece que es verdad. Salvados los últimos inconvenientes, que por lo visto han sido múltiples y de la más diversa índole, dentro de unos días lanzará sus ondas al espacio nuestra primera estación de radio, nuestra Emisora.

Con este tan eficaz y popular medio de difusión, ya puede decirse que nuestra isla quedará incorporada definitivamente a la corriente moderna de los pueblos civilizados —y cultos—. Tener voz propia es algo muy importante. Tener en las manos un instrumento que nos pertenece y sobre el cual podemos pulsar, a nuestro antojo, la nota más acorde o la cuerda más notable de nuestros gustos o aspiraciones, es algo que no se paga; quiero decir: algo que el hombre —primate superevolucionado y rey de la procreación— desde siempre ha considerado como un gran privilegio y una gran fortuna. Mucha sangre ha corrido y mucho duelo y dolor ha soportado la humanidad en los diversos estadios de la historia y a través de los distintos paralelos del mundo, por eso que parece tan simple: por sólo 'dejarse oír', o hacer que 'se dé cauce y entrada a la voz propia' —entrada y salida—. Y si no, que se lo digan a Cagliostro, o a sus hermanos más 'genetizados' los nigromantes de hoy.

Pero volvamos a nuestra Emisora. Dentro de unos días empezará a funcionar, a emitir su voz a todos los vientos y mareas. Toda la isla está a la expectativa. Todas las personas amantes del 'espectáculo sonoro' están a la espera. Porque, ¿cumplirá Radio Lanzarote fielmente con su cometido obligado a tan popular como subyugante medio de difusión? ¿Será capaz nuestra Estación de mantener el interés de la onda frente a tanta onda sonora que nos llega de cercanos como de lejanos espacios? ¿Nos traerá algo nuevo? ¿Nos dirá la verdad de lo bueno y lo malo que pasa en la isla? ¿Nos entretendrá? ¿Nos ilustrará? ¿Engrandecerá el alma y el prestigio de Lanzarote o por el contrario minimizará, rebajará el marchamo intelectual y 'vital'

del elemento consustancial isleño? ¿Nos ilusionará? ¿Nos defraudará?...

El pueblo entero está a la expectativa. Ya que no tenemos un órgano de prensa propio, ni diario ni revista, sino que los periódicos de la capital de la provincia, a través de los corresponsales, se preocupan de que el eco del vivir lanzaroteño repercuta en todos los ámbitos elocuentemente, dignamente, vamos a ver si la Radio, si nuestra Estación Radiofónica no se queda atrás y dignamente, también, hace sentir el pulso conejero en la diversa panorámica social de la información, el entretenimiento, la ilustración, la propagación, la educación...

Ojalá. Ojalá nuestra Emisora sea una emisora de verdad y emita, entre lo bueno y lo malo, informaciones y comentarios verdaderos; o sea: siempre con la verdad por delante. Ojalá podamos escucharla, en cualquier momento, y nuestros oídos y nuestra mente se regodeen con el buen decir y la palabra justa y la bella canción, y no tengamos que darle vuelta al interruptor con cara y gesto de repulsa ante tanto anuncio barato y tanta musiquilla ramplona y tanta perorata insulsa y tanta memez, como ocurre con la mayoría de esas emisoras de allá y de acá que nos tienen —sin mentar ninguna— ¡oh manes del aislamiento y del desierto!, poco menos que desesperados, poco menos que idiotizados.

EL ESCARABAJO PELOTERO

El tema para esta cróniquilla me lo ha dado la televisión. Esto ya tendré que agradecerle a la televisión. Para ser más preciso: tendré que agradecerle a la muy nuestra y muy próspera y cada vez más publicitaria y popular TV.E.C., puesto que yo vivo aquí, en Canarias, y suelo a ratos perder unas horas frente a la pantalla, según el ánimo. Porque aunque muchos no lo crean, nuestra TE.E.C. sirve para algo; a veces tiene cosas buenas. Y si no, ahí están esas interesantes sesiones como lo son *Canarias paso a paso*, *España siglo XX*, *La última palabra*, el *Estudio 1* de los viernes que nos brinda a veces obras como *El avaro* y *La muerte de un viajante*, y el cine de los miércoles con sus ciclos de grandes estrellas del pasado como Greta Garbo... Pero por encima de todo, ahí está esa más que interesantísima emisión de *Planeta azul*. De una de estas emisiones de *Planeta azul* he sacado yo el *conduto* para sazonar o condimentar este 'plato periodístico' de hoy, que sirvo a los lectores con el mejor ánimo de agradarles, y no de importunarles, que ya sé que más de uno se ha dejado decir por ahí frasesitas más o menos como ésta: "¿Ese Perdomo de la Villa? Está bueno... Como siga arremetiendo con la pluma a troche y moche un día lo van a desmochar..."

Echen ustedes cuenta: nada menos que a desmochar. Como si fuera tan fácil romperle el mocho a quién no tiene mocho y ni siquiera una simple mochila para ir metiendo las ganancias del negocio. Pero en fin, vayamos al asunto este del escarabajo pelotero.

Dice don Félix Rodríguez de la Fuente en su disquisición y bella lección sobre los insectos, que gracias a que éstos por su formación anatómica del esqueleto exterior —su morfología—, no pueden crecer, y eso es lo que ha salvado a la humanidad, pues si los insectos hubiesen contado con ese privilegio de crecer como el hombre y otros mamíferos, pobre del hombre: estaría ya extinto —devorado— de la faz de la tierra. Divagando sobre los distintos tipos de insectos, unos alados y otros no, unos pendentieros y otros mansos, etc., se para a profundizar en la idiosincrasia y en la contextura 'vital', llena de argucias y astutas reacciones y 'reflejos', del escarabajo pelotero. Dice que este hexápodo tiene tan agudizados los instintos del disimu-

lo y el engaño, que para su alimentación individual y sus 'placeres estomacales' no le importa vivir entre excrementos con tal de almacenar, de acaparar. Guiado por ese egoísmo de tener más y más se mete y vive enterrado en el estiércol, donde va haciendo la pelota, o las diversas pelotas de sus avaras rapiñas; así los otros insectos o animales de otras especies creen que la pelota es puro y pestilente estiércol y se alejan, sin sospechar lo que hay dentro de la pelota, que el escarabajo escondió.

Al ver en la pantalla de televisión la estampa, tan lúcida y perfecta, del escarabajo pelotero, y al decir el Sr. de la Fuente que este insecto es muy listo y uno de los 'más aprovechados' de la especie y que quizá por esto sea muy difícil que su raza un día se extinga, como ha sucedido con otros congéneres, yo me acordé de cuando era chiquillo y en el campo —La Vegueta, Tinajo, Tiagua— jugábamos a 'cazar bichitos'. Entre estos bichitos había muchos escarabajos, que los chiquillos matábamos machacándoles el cascarón con una piedra. Al grillo le perdonábamos la vida, pues no hacía sino cantar y respetábamos su canto, aunque a veces en el atardecer de las eras su cantata machacona nos hería las orejas. Sin embargo, nos ensañábamos con el escarabajo pelotero. ¿Por qué? La explicación nos la ha dado muy claramente don Félix de la Fuente en *Planeta azul*.

Hoy, todavía, después de tantos años y después de los tiempos tanto haber cambiado, los escarabajos peloteros, tan abundantes en Lanzarote, siguen su ritmo de vida, su régimen, su trayectoria genética y social como en las mejores épocas. Son los mismos de siempre, aunque los de hoy, quizá por esa 'ley de los mutantes' en la evolución de las especies, se muestran más perfeccionados, más refinados; o sea: más pelotilleros.

¿LLEGARÁ LA NAVE A PUERTO?

Al fin los debates han terminado. Al fin la Ley de Régimen Económico Fiscal para Canarias, después de tanto ruido y discusión y controversia, ha sido dictaminada. Veremos qué beneficios nos va a traer esa Ley. Nosotros esperamos. Para el próximo año de 1973 entrará en vigor, según dicen, y todos los isleños conscientes o que nos preocupamos por la buena marcha de la economía de las islas, estamos esperando. Todos esperamos que los 'confeccionadores del programa' —anteproyecto y proyecto—, como asimismo los 'reformistas' o enmendantes y los que con su saber, talento y elocuencia impusieron su criterio en los debates, hayan acertado. Esperamos que ese 'régimen económico' sea el más idóneo para el desarrollo de la región en sus múltiples facetas de lo social, educativo, cultural, artístico, humanístico...

Según se aprecia en la calle y a través de los medios de difusión, el optimismo es general. El isleño está contento, o mejor sería decir: esperanzado. El isleño cree que en adelante, después que empiece a regir la Ley, en Canarias soplarán vientos de sana y real prosperidad. Cree el isleño que en el Archipiélago se redimirá la miseria para siempre y que en cada isla sus moradores todos podrán al fin vivir una vida digna, sosegada, alegre, sin sofocos ni ahogos y sin el espectáculo ese diario indignante de la ostentación y el lujo enfrentándose como en desafío perenne al chabolismo, el pauperismo y otras tantas lacras humanas y sociales, como hasta aquí se ha visto.

Este es el parecer general, el criterio que reina en la calle, en la mente del isleño más o menos culto y que más o menos se preocupa de la buena marcha de los intereses de las islas, de la salud económica y moral de las islas.

Hay una razón para ello, para este optimismo. Y es que se piensa que la Ley es buena. La Ley, según su contexto que hemos leído una y otra vez y que nos lo hemos empapado de tanto barajarse en la prensa, nos hace sospechar que es una Ley benefactora, óptima, generosa, dadivosa... ¿O no?

Para el año que viene, pues, y sin lugar a dudas, Canarias entrará en una nueva etapa de su historia. Como una nave remozada —care-

nada— en astilleros, el Archipiélago se adentrará en una nueva ruta, en nuevas singladuras a través de los mares a veces en calma y a veces tormentosos del acontecer social, del avance social y de conquistas. ¿Conquistará Canarias las alturas y cotas señaladas? ¿Llegará la nave a puerto? Esta es mi duda. Porque si la nave es buena —la Ley—, de recio casco y firme arboladura..., si la Ley es buena, como se dice —¿o no?—, todo dependerá ahora de la dotación de la nave, de la tripulación, de sus mandos. Y yo desconfío. Muchos son los marineros que compondrán su dotación. Muchos brazos veo yo al timón, y muchas cabezas que pueden fallar en el cálculo de rumbos y latitudes. Solamente a bordo de las llamadas o que se llamarán Juntas Económicas Interprovinciales, de tanta responsabilidad, se han enrolado nada menos que 36, los que representarán a los más diversos sectores de la economía isleña. Y yo no puedo menos que dudar, desconfiar. Desconfío del factor humano, de la capacidad humana, de la naturaleza humana, tan dispuesta siempre por su misma naturaleza a la debilidad, al error, al fallo, por no emplear otros vocablos.

Ojalá la nave tome buen rumbo y los capitanes que la mandan sean hombres de verdad, enteros y valientes, y no se dobleguen a los intereses individuales y de grupos y a los grupos económicos de presión, que tanto daño han hecho y están haciendo con sus invisibles banderillas a la sudada y azaleada y machacada piel del cordero. Ojalá la nave llegue felizmente a puerto.

*[Crónica publicada en el diario
"La Provincia" en julio de 1972.]*

MEDIOCRIDAD, ABORTO, ENAJENACIÓN

De los tres no sé cuál me habrá gustado más. Los considero tres artículos espléndidos, valientes, bien razonados, bien concebidos y mejor expuestos en las columnas del diario *La Provincia*.

En el primero, el Sr. Morales Padrón nos habla de la mediocridad que en todos los campos del quehacer social impera hoy en España —desde los deportes al arte, desde la manipulación manual a la investigación científica—. Visión acertada de la realidad en su apreciación de los valores humanos que, individualmente como 'comunitariamente', proliferan a todo lo largo de nuestra geografía nacional. ¿Dónde está el genio?, ¿dónde el artista creador, sea poeta, pintor, literato, músico, ingeniero, arquitecto?, ¿dónde el sabio y el investigador?, ¿dónde, incluso, el santo? Ni santos tenemos ya. El autor se queja de que no pasamos de lo mediano, de lo vulgar, de lo mediocre. Y es una triste realidad.

En otro artículo periodístico, el ilustre isleño catedrático en Sevilla aborda el palpitante tema, de envergadura mundial, del aborto. Trescientos millones de abortos el pasado año, según las estadísticas. Trescientos millones de vidas humanas segadas en el vientre materno. Monstruoso...

Como todo lo que escribe el escritor-poeta canario nacido en Santa Brígida, este artículo sobre el aborto por su contextura y exposición no desmerece en nada del anterior sobre la mediocridad. El autor aborda el tema abiertamente, condenando la provocación del aborto en todas las circunstancias y calificando a las mujeres que lo practican o se prestan a ello, de 'antimadres'; y esto tanto a la soltera que renunció a la grandiosa y sublime experiencia de ser madre como a la casada que interrumpió el embarazo y renunció a seguir siendo madre... A este artículo yo opongo un solo reparo: la acusación a todas las mujeres sin excepción, condenándolas inexorablemente, *impitoyablemente*, sin paliativos ni atenuantes. Y para mí hay atenuantes. Debe de haber atenuantes, según mi modesto criterio. Creo que el autor ha debido distinguir, con referencia a la mujer casada, entre aquellos matrimonios de holgada posición económica y los que, cargados ya de hijos, un nuevo hijo viene a aumen-

tar la miseria de todos. Yo he conocido a padres y a madres desesperados sin tener qué darles de comer a los diez hijos, a los doce hijos. ¿Es delito interrumpir la gestación del que al nacer puede contribuir a la muerte del que ya vive? En los hogares pobres, en tantos hogares indigentes como yo he conocido, el nuevo vástago viene a arrebatarles el pan a sus hermanos. ¿Se le debe llamar anti-madre a la madre que sacrifica a un hijo que no conoce, que no sabe si es bonito o feo, derecho o cambiado, por el bienestar y salud de los otros, a veces por la salvación misma de los otros? Yo creo que no. Para mí esa mujer sigue siendo tan madre como la mejor. No son madres las otras, las solteras y las casadas acomodadas que matan al hijo en su vientre para evitar molestias y contratiempos, evitárselos a sí mismas; contratiempos y molestias del orden moral y material.

Sí, estoy de acuerdo y alabo en todos sus puntos lo que dice el Sr. Morales Padrón en su magnífico artículo *Pueblo ajenado*, aparecido en *La Provincia* el 20 de enero pasado; artículo de antología sin duda alguna, y artículo que deben leer todos los españoles sin excepción.

A todo español bien nacido debe dolerle ese 'entreguismo' del que nos habla su autor. A Unamuno le dolía España. Debe dolernos España a todos los que contemplamos impotentes la invasión masiva de nuestro territorio, la venta al extranjero de nuestras casas, nuestros terrenos playeros, nuestras montañas, nuestras costas, nuestras islas...

Y quiero terminar con una frase de mi viejo amigo Mario Hernández Álvarez, frase que hago mía en toda su significación y desde lo más hondo de mi sincera voluntad: "Prefiero una patria pobre a riquezas sin patria".

EL RETORNO A LA PEZUÑA

El tráfico es inmenso. El tráfico es cada vez mayor. El tráfico de coches y camiones y motocicletas por calles y carreteras presenta cada día más peligros, para los viajeros como para los viandantes.

Cada día más embotellamientos. Cada día más accidentes. Cada día más sangre, más muertes, más víctimas inocentes que caen en la calle, en el cruce de la esquina, en la carretera.

¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Existe un remedio acaso? ¿Llegará a ponerse remedio un día a tanto atropello y delito, a tanta mortandad?

Se viene hablando desde tiempo de los posibles remedios, pero el caso es que los accidentes de la ruta siguen aumentando. Entre las diversas opiniones la mayoría coinciden en el mismo punto: exigir al conductor un dominio total del volante y un conocimiento absoluto del código de la ruta. Yo no opino así; mi opinión es muy distinta.

Todos sabemos, por experiencia, que conducir un coche lo conduce un mono, si se le enseña. No requiere ciencia ni dotes personales especiales la técnica manual de llevar un vehículo de un lugar a otro. Esto lo aprende cualquiera, con tal de que no sea un subnormal total, idiota de nacimiento o esquizofrénico por herencia o por contagio. Todo individuo que no sufra agudamente estas enfermedades es apto para conducir, cabiendo únicamente entre unos y otros una mayor o menor habilidad manual, sin mayor importancia a la hora de producirse el accidente, cuando éste es fatal.

El mejor argumento de que poco vale el carnet, lo ha dado Bélgica. En Bélgica no se exigía a nadie exámenes ni pruebas ni permiso de conducir hasta 1968. Se confiaba en la conciencia ciudadana, en el espíritu cívico de las gentes. Cualquier persona mayor de dieciocho años podía conducir un coche sin esas latas ni engorros de examen previo ni escuela. Pero ocurrió que los accidentes en el territorio belga cada año iban aumentando, y, en 1968, se impuso el carnet de conducir. ¿Qué ocurrió después? Pues sencillamente que los accidentes siguieron aumentando en la misma proporción que en años anteriores, o sea, en la proporción que fue aumentando el

número de coches y por tanto la circulación, demostrándose que la mayoría de los accidentes son provocados por los que, sabiendo más o sabiendo menos, tienen en común una condición: la irresponsabilidad.

¿Cuál es, pues, la solución, el remedio eficaz? Yo propongo dos. Primero: que antes de darle el carnet de conducir a un individuo, se investigue la catadura moral del individuo, su pasado, su vida privada y pública, sus costumbres, su jeta psíquica, buscando la paranoia y otras taras.

El otro remedio, que considero de tanta o más eficacia que el anterior, es que se achique la circulación; es decir, que se reduzca el número de vehículos que circulan diariamente por calles y carreteras.

Sabemos que esto es algo difícil. Como no se puede cortar por lo sano y prohibir al tranquilo y pacífico ciudadano que se compre un coche y tenga su coche, ya que son muchas las fábricas y mucho el negocio de los coches y los negociantes pondrían el grito en el cielo; y como por otro lado tal medida supondría menguarle la libertad al ciudadano español, que ya está sabiendo lo suyo sobre lo que significa esa palabra, libertad, yo me limito en mis proposiciones y sólo propongo que se limite el tiempo del uso del vehículo a cada dueño de vehículo. Ejemplos: médicos, periodistas, comisionistas, agentes de seguros, repartidores de comercio, fontaneros, vendedores de bebidas, cazadores de ratas de Las Palmas, políticos, curas y otras autoridades..., circulación libre a todas horas del día y de la noche —podría incluirse en esta categoría a algún abogado importante y algún boticario siempre que demuestren la necesidad de libre movimiento—. Todos los demás, o sea: los oficinistas, los empleados, las viudas aburridas y las solteronas empedernidas, los obreros, los profesores, los poetas, etc., etc., que sean racionados durante la semana y no saquen el coche del garaje sino a la tardecita, a las horas de paseo... Que paseen todo lo que quieran, pero a determinadas horas y no se pasen todo el día dale que te dale de un lado a otro sin tener a donde ir. Sábados por la tarde y domingos, que todo el mundo se divierta. Estos días ya la Jefatura de Tráfico se encargaría de extremar la vigilancia y de extremar las multas.

En fin, no quiero que algún vicioso del volante me tome ojeriza por lo que digo. Que no me mire nadie con malos ojos. No es mi intención, al opinar así, quitarle el capricho del coche a nadie. Que todo el mundo tenga coche. Que todo quisque, macho o hembra, conduzca. Que se diviertan todos por calles y carreteras como los chiquillos por San Ginés en las barracas de cochitos que chocan. Que siga esa histeria colectiva del volante y la velocidad. Que se

atropellen, que se maten... Si no hay remedio, ¿qué le vamos a hacer? Nos resignaremos, igual que con el cáncer. Pero —digo yo—, si para vencer el cáncer se lucha y se buscan todos los medios, así debe lucharse y buscarse todos los medios para vencer ese otro cáncer del tráfico rodado que azota a la humanidad.

Por mi parte estoy tan decidido a ir contra el coche, a hacerle la guerra al coche, que si un día, por lo que sea, necesito tener coche, no tendré coche, sino caballo. Me compraré un caballo. Y después del caballo, una tartana. Lanzarote es una isla pequeña. En Lanzarote no hay distancias. En mi tartana iré a todos lados sin prisas, sin nervios, contemplando el paisaje... Es el retorno a la pezuña. Y sé que algunos se sonreirán, y hasta reirán. Pero eso a mí no me importa. Iré despacio a todas partes. Y si un día tengo prisa cojo un taxi y se acabó, que para eso están.

LA MÁS TERRIBLE DROGA

El café, el tabaco, el alcohol... Drogas mínimas de libre circulación que acarrearán perjuicio a la larga y cuando el uso y el abuso es extremado a través de los años. Los tranquilizantes, los somníferos, los barbitúricos, las anfetaminas y otros fármacos... Drogas menores, aunque en algunos casos pueden ser más dañinas que las llamadas 'drogas prohibidas', habida cuenta de su mayor potencial tóxico. La marihuana, el haschisch, el kife, la grifa, el LSD y otros tantos alucinógenos... Drogas medianas por cuanto no producen toxicomanía en el organismo y su habituación por parte del individuo suele ser menos fuerte incluso que el tabaco o el alcohol. Morfina, opio, heroína, cocaína... Drogas mayores, drogas fuertes cuyos efectos pueden provocar la destrucción total de la voluntad y la capacidad intelectual de las personas y a veces hasta la muerte repentina, de golpe.

Sobre estas variadas drogas que algunos, alardeando quizá de profesional tecnicismo, denominan bajo el calificativo común de narcóticos y estupefacientes, se ha escrito mucho, y se sigue escribiendo. Raro es el día que el periódico y la revista no le dedican una o varias columnas, bien en la crónica negra de sucesos y delincuencias, bien en comentarios condenatorios en los que son acusados usuarios y traficantes. El mal que en las sociedades de los diversos pueblos del mundo está causando el uso indebido y desmedido de todas estas drogas, las mayores como las medianas y menores, se hace patente en el clamor constante de los medios informativos de todos los países. Jóvenes prematuramente envejecidos, incapacitados de toda índole, vesánicos, seres inútiles en la sociedad y, lo que es peor, en muchos de los casos seres peligrosos por el contagio y la delincuencia. Por esto es que en todos los pueblos civilizados se toman medidas y se dictan leyes tratando a toda costa de encontrarle remedio al mal. Es lógico. Así como se combaten las enfermedades y cuando en un país surge una epidemia se movilizan todos los medios de contención, así también se lucha abiertamente contra las drogas en su doble vertiente de drogadictos y traficantes.

Pero..., existe una droga desapercibida hasta el momento como

droga tal, que está haciendo estragos; una droga que sin pertenecer a las ya reseñadas de mínimas, menores y mayores, está causando en la juventud y en la masa adulta de las colectividades humanas mucho mal, mucho daño; una droga que no es material, que no se bebe ni se fuma ni se inyecta porque no proviene de planta ni yerba ni de proceso alguno de laboratorio pero que está ahí, en la calle, en la esquina, al alcance de la mano, de las dos manos. Es una droga que no se palpa pero que se ve; una droga que está causando muchas víctimas, que llena a diario los hospitales y a diario hace su entrada pomposa y dolorosa en los cementerios. Esta droga terrible no es otra que la —voy a llamarla así— 'droga del volante'.

Porque es droga ya, o efecto genuino de droga, lo que en muchos produce el manejo del volante. Y digo muchos y podría decir mayoría. Sin ser observador ni pretenderlo, yo veo en la mayoría de los que circulan por calles y carreteras cómo se les va cambiando la expresión según avanzan con el arco circular entre las manos y el pie al pedal acelerando al compás del ruido del motor. Yo veo cómo se les va cambiando la expresión, los rasgos de la cara, la intención del mirar. Se van drogando, sin saberlo, sin darse cuenta... Y sin darse cuenta, en el tiempo límite están intoxicados: la carretera, las curvas y la velocidad los intoxica. Y sin darse cuenta en el límite del tiempo ilimitado quedan cogidos, atrapados por el hábito y ya no pueden vivir sin 'el viaje'. Les quitan entonces el coche y se mueren. Les prohíben conducir y son unos desgraciados, quedan fuera de sí mismos, no saben qué hacer, pierden la voluntad y el humor y se consideran los seres más infelices de la tierra... Es la droga, el coche sin el cual no pueden ya vivir. Han de seguir al volante a derecha y a izquierda, siempre adelante, sin parar, sin detenerse, odiando al garaje si por avería les retienen el artefacto allí. Arregostados al viaje y envidiados con el viaje tendrán siempre que viajar...

Este viaje no es otro que el mismo que busca el 'marihuano', sin el cual ya no siente apego a la vida. Hay tanta relación entre el uno y el otro concepto, entre el coche y la droga, que a un nuevo alucinógeno salido últimamente del laboratorio farmacéutico se le ha bautizado con el nombre de un famoso aditivo de automóviles, STP. El 'viaje' con esta droga dicen los expertos que llega a alcanzar hasta 72 horas, produciendo sensaciones mucho más deslumbrantes de velocidad y evasión que el realizado con la LSD.

Y como se va haciendo esto largo, voy a tratar de concluir interrogando: ¿Hay droga más terrible, más nefasta, que más víctimas cause que la 'droga del volante'? Yo lo dudo.

Y como lo dudo, a lo mejor en otra ocasión insisto sobre el tema y saco a relucir los distintos aspectos que presentan los drogadictos

del volante, explicando, a mi modo, los rasgos de cara y expresiones de ojos que distingue a los más drogados de los menos drogados. Tengo hechas mis observaciones y me falta únicamente ordenarlas en estudio. Si llego a lograr esto creo que habré hecho algo por la humanidad doliente, pues podría editarse mi estudio en un librito y entonces el policía de tráfico o la autoridad competente, con el librito en la mano, decidirá, observando al conductor: "Ese, fuera de la circulación, que por los rasgos de la cara y la mirada cambalache se ve que es un drogado del volante, un empedernido..."

¡Cuántas, cuántas muertes y accidentes y atropellos se evitarán entonces!

LOS DROGADICTOS DEL VOLANTE

Dije que tenía hechas mis observaciones sobre los rasgos y actitudes sintomatológicas del que se ha convertido en drogadicto del volante, y voy a adelantar algunas de estas observaciones, para que ustedes lo vayan conociendo, lo vayan calando, al drogadicto. Y también los empleados de la Jefatura de Tráfico, guardias y comisarios, por la cuenta que les tiene.

“Conducir un coche lo conduce un mono, si se le enseña”, recalqué una vez y hoy lo vuelvo a recalcar. Sí, conducir conduce un mono, un orangután, un simio cualquiera de esos domesticados y aun sin domesticar, de los que siguen en la selva saltando de una rama a la otra valiéndose de las patas y el rabo y dando grititos. Siendo esto así, ¿por qué entonces tanta jactancia, tanta arrogancia, tanta cara contenta y engreída cuando van por calles y carreteras fechados al manillar como si estuvieran realizando una gran proeza, una hazaña intelectual o poco menos? Busquen otras hazañas, hombres, otras proezas, otras actitudes y posturas ante la vida y la sociedad que los contempla. ¿No ven que es ridículo lo que hacen? ¿No ven que eso del coche, hoy, está al alcance de la mano de cualquiera, de quien se lo proponga y tenga perras? Déjense de poses y gestos de suficiencia, hombres, y les irá mejor. Es un consejo que les doy, por el bien de ustedes mismos, y de todos.

Pero me parece que estoy echándome fuera de la intención de esta crónica. Vamos a ver si logro coger el camino a buen tranco y me explico con claridad.

Manifesté que, por los gestos y ademanes y algunos otros detalles, suelo identificar a los ‘drogados de volante’ nada más echarles la vista encima. En cuanto les aplico la mirada, a veces incluso a revés de ojo, no se me escapan; los calo al momento.

El drogadicto del volante presenta síntomas parejos al que lo es de la marihuana. Los rasgos son idénticos. No se diferencian sino en que los marihuanados, cuando están ya ‘colocaos’, lagrimean. O mejor dicho: no lagrimean, sino que se les pone los ojos agua-chentos. Una lagrimilla parece querer salirseles de las cuencas entre el iris y el cristalino pero no llega nunca a aflorar a ras de piel;

se queda como 'nagada', o encharcada, hecha gota en el ojo. Los drogados de volante, en cambio, lucen el ojo seco, y también colorado, algunas veces bastante 'rejalvío'.

Por lo demás, el marihuanado y el drogadicto del volante tienen una misma expresión sintomática de conjunto. Los rasgos de la cara son comunes. Comunes los ademanes y el paso cuando caminan por la acera al tranco. Comunes la levantada de brazos y la empinada de cogote. Comunes la arrogancia, sobre todo cuando fuman y sacan el pitillo por la ventanilla para lanzar la ceniza. Comunes la calada de cachucha, si usan cachucha, o boina. Comunes la magua y la desdicha cuando el uno se queda sin la 'mata' —la hierba— y el otro sin vehículo. Y comunes, sobre todo, las formas del mirar cambalache y anodino. En la mirada es donde más se les nota los efectos de la droga. Ambos miran y la mirada, a veces brillante y a veces turbia, se les dobla, se les quiebra, se les pierde en la trayectoria del objetivo indefinido. Y lo gracioso es que ellos no lo notan, no se dan cuenta. Al contrario: creen que gozan de sano equilibrio físico y mental, que son seres superiores, que contra ellos nadie puede y que las demás personas que no son como ellos porque no 'fuman' o no van en coche, son unos pobres diablos.

Claro que el que no está acostumbrado a tratar con marihuana y a hacer comparaciones y a observarlos, como yo, no puede captar el grado de 'toxicomanía' que unos y otros llevan encima. Y en sí es muy fácil. Es cuestión nada más que de un poco de práctica, de costumbre. Al que le interese el asunto puedo indicarle que para calar a un drogado lo primero que hay que hacer es mirarle a los ojos; o mejor aún: mirarle la mirada. Si se le columbra la lagrimilla ya es seguro que el individuo está sintiendo los efectos del narcótico, está empezando a intoxicarse, a sentirse 'colocao'. Esto para el drogadicto de la marihuana y otras hierbas. Para el del volante yo recomiendo que se fijen ustedes en la sonrisa, tronchada, y en la mueca del labio cuando frena en la esquina o en el faro rojo y cuando al bajar del coche mira en su torno con caída de párpado y después empieza a caminar con balanceos de pardela...

Hay otras muchas maneras de calar en seguida a un drogadicto cuando está ya saturado. Quizá otro día, si tengo humor, vuelva sobre el tema. Por lo pronto espero que con lo dicho no se les escape a ustedes en adelante ningún individuo cuando está ya empachado, cuando se ha convertido en un drogadicto empedernido del volante.

LOS ESTUDIANTES Y LAS DROGAS

En pleno Seminario Oficial sobre Alcoholismo y Toxicomanía que se celebra en nuestra capital de provincia, heme aquí ante el tema tratando de hacer 'un poco de luz' respecto a algunos puntos para mí no muy claros, más bien confusos, o difusos.

El tema este del alcoholismo y las drogas huelga decir que encierra una importancia máxima. El alcohol y las otras drogas —puesto que el alcohol también es una droga— están causando en la sociedad española un mal que si no se pone remedio a tiempo, un remedio eficaz y contundente, dentro de poco nuestra nación se caracterizará por ser un país de tarados, de seres inútiles, vagos y locos. Y entonces sí que vamos a quedar arreglados de una vez para siempre. Porque si a los defectos ya clásicos y conocidos en el mundo entero, del español —la envidia, la soberbia, el enfermizo machismo, la pereza (física y mental), el dolo, etc.— añadimos eso del vaguismo y la vesania, entonces sí que no nos salva ninguna caridad, ni siquiera la más estricta y misericordiosa caridad cristiana.

Este 'simposio' que se celebra en Las Palmas, por tanto, hay que aplaudirlo sinceramente, enardecidamente. Brindarle a los organizadores todos los parabienes y alabanzas que se merecen, es lo justo, y es lo que trató de hacer ahora yo aquí al escribir estas líneas. A través de sus sesiones nos hemos enterado de algunas cosas que ignorábamos, y esto es de agradecer. Nos hemos enterado, entre otras que nos han dejado casi con la boca abierta, de que Las Palmas es nada menos que la segunda provincia española en el tráfico de drogas y que, asimismo, nada menos que un 25 por ciento de la población estudiantil canaria, se droga.

¡Increíble! ¡Pobre provincia nuestra! ¡La primera de la nación en analfabetismo y la segunda en tráfico ilegal de narcóticos!... Y todavía hay quién se dedica a envidiarnos, desde otras provincias, sin ir muy lejos...

Pero donde yo veo lo peor de todo, en este sórdido asunto del alcoholismo y la toxicomanía, es en eso de los estudiantes canarios. Porque..., que se emborrache a diario una persona mayor que luchó y bregó en su juventud y ha tiempo que resolvió 'su futuro', o que

se drogue un viejo para tener 'vivencias juveniles', ¡qué le vamos a hacer, allá ellos! Pero que jóvenes fuertes y saludables y en cierta manera seres privilegiados, puesto que sus deberes y obligaciones máximas se limitan a dedicarse al bello y siempre 'amusante' pasatiempo del estudio, tengan —dicen ellos— que 'evadirse de la realidad' mientras otros jóvenes —¡tantos jóvenes!—, han de encorvarse las ocho horas en duros trabajos, es lo inadmisible, lo indignante...

Durante mi estancia en Bélgica como emigrante, yo realicé múltiples y diversos trabajos manuales, conviviendo entre obreros y siendo obrero yo mismo. Allí tuve ocasión de conocer a no pocos, sino a muchos españoles —también emigrantes— que se drogaban. Entre tantos, había de todo: drogadictos empedernidos y simples aficionados a 'la matita'. La mayoría de ellos habían estado en África, ya cumpliendo el servicio militar ya por otras circunstancias, y en África se habían 'iniciado'. Yo, como canario —al fin y al cabo africano geográficamente— era considerado entre ellos como uno más del gremio, o sea: conocedor y practicante del vicio de la droga —marihuana, kife, grifa—. Cuando me preguntaban y yo les decía que "jamás en mi vida había probado un 'petardo' y que no sabía lo que era eso", no querían creerlo. "Serás de algún pueblo apartado donde no se conoce todavía las delicias de la matita", me decían. Y yo les contestaba que no, que era nacido en Arrecife, una regular capital de una de las islas, y que últimamente había vivido más de diez años en una gran ciudad, Las Palmas, sobre todo en el internacional y cosmopolita Puerto de la Luz, y que, aunque había oído hablar alguna vez de la marihuana y otras drogas, no sabía lo que era eso, que solamente en una ocasión mis ojos vieron a un individuo bajo los efectos de la droga, y fue porque sintiendo curiosidad y habiéndolo manifestado a unos amigos, una tarde éstos vinieron a buscarme a mi casa y me llevaron al Parque de Santa Catalina, donde había sentado en un banco un marihuanado hablando solo, y éste precisamente no era de Las Palmas, sino de Tenerife que acababa de llegar en el correillo... Yo les hablaba así, con toda la verdad, y aquellos obreros españoles compañeros míos de trabajo en Bélgica no me creían...

Hoy, al leer la prensa y enterarme de que Las Palmas es la segunda provincia española en tráfico de drogas —¿también de consumo?—, al que le cuesta creerlo es a mí.

Pero a lo que iba. Estos obreros españoles en Bélgica que habían anteriormente estado en Marruecos y allí conocieron las primeras experiencias de la droga, aleccionados por viejos moros expertos, la usaban en el trabajo, al final de las jornadas agotadoras del trabajo, para poder resistir; aunque algunos —valgan verdades— se

drogaban casi al comienzo de la jornada pues era —decían ellos— “la única manera de ‘evadirse’, de que el tiempo de brega se les hiciera más corto, más humano”.

Creo que me falta por decir y desear que ese Simposio o Seminario de Las Palmas no se celebre en balde y obtenga positivos resultados, y nuestra población y nuestros estudiantes adquieran conciencia del mal y luchen por extirpar el mal de raíz y Canarias, a la postre, se salve. Y que en Lanzarote, donde todavía no se ha visto un marihuanado —al menos yo no lo he visto—, aunque sí algún que otro borracho o alcohólico, no tengamos también que soportar esa nueva y terrible plaga de la civilización actual que constituye las drogas, que ya nos han llegado bastantes...

LA CAZA DEL PÁJARO

Por algo se empieza. Setenta fueron atrapados en una sola redada y en un solo 'nido'. Los ciudadanos conscientes nos congratulamos. Los ciudadanos que vemos amenazadas nuestras ciudades —y también algunos sectores rústicos— por tan dañina plaga, no podemos menos de levantarnos en aplausos y felicitar a los activos cazadores e instarlos a que prosigan la campaña comenzada y que, al igual que la últimamente llevada a cabo en Las Palmas de 'desrazitización', sin duda dejará limpia a la capital de nuestra provincia de los múltiples focos de infección, higienizada, fumigada.

Si cayeron setenta en un solo lugar y en una misma 'razzia', eso quiere decir que hay plaga; plaga de pájaros exóticos, extraños en su mayoría y con algún que otro capirote nativo. Y como en el campo cuando una plaga azota a la agricultura —de cigarrones, de conejos en Fuerteventura, etc.— ésta debe ser combatida en su raíz, exterminada con todos los medios contundentes al alcance.

Esta plaga de homosexuales que por lo visto se extiende por todas las islas, desde las mayores a las menores, debe ser combatida con saña, hasta su total exterminio; sin miramientos, sin circunstancias atenuantes, sin piedad. Están en juego los intereses supremos del pueblo. Está en peligro lo que de más valor tienen las comunidades humanas: la moral, la virtud, la hombría de bien.

Yo creo que al igual que en Las Palmas, en Arrecife debe también iniciarse esa campaña. A 'pájaro' que se trinque suelto por ahí haciendo de las suyas, con pluma larga o pluma corta, pájaro enjaulado. Es la mejor manera de combatirlos. Encerrados entre rejas, que no puedan volar, no contaminarán el ambiente. Ahora que van a comenzar los trabajos —dicen— de higienización de la ciudad con el alcantarillado y la evacuación de las aguas residuales del Charco y Puerto Naos, deben emprenderse a la par los de higienización del ambiente moral y las costumbres, persiguiendo y castigando y condenando a los homosexuales sin tregua ni reparos. Llegó la hora. Yo creo que es hora ya y no debe esperarse más tiempo en declararle la guerra al hedonismo. Se impone, pues, ante la alarma que nos llega de Las Palmas, tomar medidas de urgencia y lanzarse al com-

bate. Y que no se escape nadie, ningún homosexual, ningún pederasta sea peludo o pelado, con patillas o sin patillas, con barba o sin barba. Que no se evada ni uno..., que ya sabemos que hay pájaros flacos y pájaros gordos y éstos, pese al peso —¡oh paradoja!—, son los que más pueden volar o más fácil se les hace el vuelo, la escapada.

En definitiva, que aprobamos esas medidas de las autoridades provinciales, y los ciudadanos conscientes del peligro que se cierne sobre nuestros hijos, instamos a las autoridades locales para que también en Lanzarote se autorice y se inicie esa saludable campaña de 'la caza del pájaro'.

LOS 'CANTAPOETAS' O 'CANTAMAÑANAS'

Hacía tiempo que tenía ganas de salir al paso de tanto desmán como se está cometiendo, contra la poesía y los poetas, por parte de unos individuos que se llaman artistas y cantan, que dicen ellos que cantan y que componen música y se titulan a sí mismos, pomposamente, músicos. Estos no son otros que los 'cantapoetas', según los calificó recientemente en Las Palmas el vate catalán Enrique Badosa. "Cantar la poesía, con acompañamiento de cualquier instrumento musical, es un agravio que se comete contra el poeta y el poema y, consiguientemente, contra el destinatario de la poesía", dice Enrique Badosa, y añade: "Tanto la poesía como la música son autónomas, como todo arte verdadero. Ligar lo efímero de una musiquilla sin valor a la honda expresión de una composición poética duradera, es una barbaridad..."

La apreciación no puede ser más certera, y yo me congratulo de que el poeta salte, arremeta contra el músico; el poeta verdadero, auténtico, contra el falso músico o musicastro, o musiquillo.

Pero sobre esto hay mucho que hablar. Voy a limitarme a dar mi opinión tratando de ajustarme al tema y ser escueto.

Dentro de la panorámica general del arte, existe el poeta y existe el músico, muy diferenciado el uno del otro aunque en los íntimos entresijos de la creación artística ambos tengan mucho en común; o sea: que todo poeta es algo músico y todo músico debe ser algo poeta. Y puede darse el caso de que un poeta auténtico sea a la vez músico auténtico, y viceversa. Pero estos casos son muy raros, se han dado muy pocos a través de la trayectoria histórica del arte. Como quiera que sea, en tal caso el poeta-músico o el músico-poeta 'ejecutan' su música o su poesía independientemente la una de la otra. En otras palabras: no se puede, no se debe recitar cantando ni cantar recitando, va contra la elemental esencia misma del arte, de cada arte. Por eso murieron los juglares. Ya no existen juglares, ni Cafrune ni nadie. El arte poético maduró, se hizo adulto y desterró de su lado la música, la instrumental, que ya la poesía hablada de por sí lleva su música y no necesita acompañamiento. Por otro lado la música, cuando es buena, cuando es auténtica, no

necesita de la expresión ni la interpretación verbal para penetrar honda en los oídos y hacerse sentir. Es admisible, eso sí, como ocurre en la ópera y en la zarzuela, que un poeta haga el libreto de una composición musical, por encargo o porque quiso, y que un músico componga sobre el teclado inspirándose en la obra poética. Pero de esto a coger un poema y zarandearlo entre las notas de una 'musiquilla sin valor', al compás de los sones de una garganta más o menos sonora, es lo que no se puede admitir, por ir contra la más elemental ética y estética del Arte, con mayúscula. Este es el caso de los 'cantapoetas', que yo llamaría más adecuadamente 'cantamañanas'.

Se impone, pues, la guerra contra los 'cantapoetas' o 'cantamañanas'. Que se les prohíba terminantemente tal vilipendio. Que se les advierta de antemano y se les haga ver el atropello que están cometiendo, y si insisten: a la cárcel con ellos. Es la solución. Es la única manera de que las personas con sensibilidad que oyen la radio y ven la televisión no sufran o no tengan que 'trancar' a cada momento el aparato y encerrarse en una habitación oscura, indignadas...

Y al llegar aquí tengo que hacer una excepción —en toda regla general hay excepciones— con una artista de verdad, con una cantante y 'cantaora' de verdad como lo es Mikaela. Cantando versos de García Lorca y de Rafael Alberti, Mikaela ha sabido crearse un prestigio y una fama que el mismo Alberti, en Roma, ha aplaudido. Pero es que Mikaela es 'una mujer entera', hecha toda ella de poesía y verdad, y ahí está el misterio, y el éxito. Los otros, los imitadores, deben de ir sin compasión a la cárcel, por 'cantamañanas'...

TRES SONETOS DE ILUSIÓN

Estos sonetos fueron escritos hace tiempo; en momentos de desgarradora desesperanza; en instantes abandonados; en horas lentas, pesadas, nostálgicas de mi existencia... Mis circunstancias vitales —y no digo personales— eran bastante desbarajustadas entonces. Véanlo ustedes, si no.

Me encontraba lejos, en el extranjero, como 'un desterrado voluntario y forzoso' condenado a trabajos infernales —minero en Bélgica—, y allí, en el fondo de la mina, los huesos y el alma resquebrajados por el peso de la piedra y los pulmones entumecidos por el polvo del carbón, fueron concebidos. Versos a dos mil metros bajo tierra. Poeta subterráneo. Poeta obrero...

¿Quién, en algún momento de su vida, no se sintió poeta? ¿Quién ha escapado de no querer hacer un día versos? Todos, como dice Ortega, hemos sido en cierta medida héroes, todos hemos suscitado en torno humildes amores, todos hemos sido, alguna vez, poetas. Yo lo fui siendo minero en Bélgica. Vaya la prueba de estos tres sonetos de 'ilusión' entre una cincuentena que 'fabiqué' de diversa índole, diversa catadura y diversa trayectoria, forma y fondo.

A MI MADRE

*Germen cuajado en volcán de mi tierra
ausente en la memoria de los años,
solo fui escalando etapas, peldaños
de mi vida, a veces vida perra.*

*Hoy sigo mi camino en plena guerra
de ideales y amor y desengaños
dejando al paso los sudados paños
del incierto andar... siervos en la sierra.*

*Pero frente a tormentas y avatares
tuve siempre el coraje de mis lares
estructurado en las rocas de mi alma.*

*Lejos del cielo conejero en calma
tú conmigo vas siempre, madre mía,
en mi marcha, mi lucha, mi agonía...*

A MI HIJA

*Antes de nacer ya te presentía,
el corazón me anunciaba tu arribo,
hoy por ti yo me redoblo en lo activo
luchando a brazo abierto y a porfía.*

*Mi alma en tu alma arde, oh Alejandra mía,
como la aulaga seca, como el vivo
resplandor de un astro fugitivo,
como un grito áurico en la noche fría.*

*Tu mirada, tus ojos, tu cabello
son para mí del mundo lo más bello,
y tu frente, tu boca, tu sonrisa*

*son como el céfiro, como la brisa
suave que mece rojas amapolas,
como el rumor del mar y de las olas.*

A MI ISLA

*Molino, camello, aljibe y palmera
fueron de mi isla el antiguo elemento,
hoy todo es sueño en la banal quimera,
codicia y logro montado en cemento.*

*Queda como razón perenne el viento
que azota el monte y bate la pradera,
protesta airada del fuerte argumento
que guarda en lo hondo el alma conejera.*

*Desde allá, Lanzarote atormentada
me llega al destierro tu llamada.
Volveré. Me abrazaré a ti en la hondura*

*de tu alma y gritaré frente al espanto
de ver tanta invasión, tanto quebranto
de tus costas, tus playas, tu llanura.*

Estos sonetos tienen sus defectos, fallos estructurales o de construcción. En el primero hay ripios; en el segundo la consonancia en las palabras *arriba* y *activo* no es perfecta, como se ve; en el tercero la rima de los cuartetos según las reglas clásicas españolas de 1.º con 4.º y 2.º con 3.º, no es la recomendada, habiéndome saltado las reglas a la torera; y es que yo lo quise así, ajustándome a la costumbre francesa —¿ascendencia gala en Lanzarote?—. Pero ustedes habrán visto que en lo demás —ritmo, acento y medida— son sonetos. Valen muy poco, ya lo sé. Pero para mí, crítico de mí mismo en lo que hago y lo que soy, tienen un valor: el valor del atrevimiento —de publicarlos— y de que fueron hechos con toda la sinceridad del hombre que trabaja y lucha y ama. Porque aunque más de uno no lo crea, yo he trabajado, y he luchado, y he amado también. Y esto no lo digo para justificarme ante mi pariente de la Vegueta que en un momento de cariñoso espanto, en los ojos redondos brillándole el ansia de 'más allá' y divina perduración, un día asustado me trató de diablo. Asustado el día, que él ha sido siempre, y lo es, un hombre de empuje, y de rempuje.

TRES SONETOS DE PASIÓN

No sé si debo llamar de pasión a estos tres sonetos de hoy. Como los anteriores que intitulé 'de ilusión', fueron compuestos en las circunstancias que dije un tanto amargas y dolientes por las que en diversas etapas ha transcurrido mi vivir. Por eso tal vez relumbre en ellos un son de queja, o de protesta, o de incontento encono, por no decir de desengaño y desesperanza. Quizá podría decirse que en ellos todo cabe. Aprécienlo ustedes.

A MI CUERPO

*Yo quisiera sentirte, oh cuerpo mío,
plenamente en el alma, con la hondura
de un misterio universal, con la dura
reciedumbre del hierro en temple frío.*

*¡Cuánta quimera, cuánto desvarío!...
En tus hombros yo arrastro la locura
de mis jóvenes años, la amargura
de una edad sin retorno y sin estío.*

*Materia doliente, ciega en la ruta
torpe de mi marcha, materia enjuta
al sexo y al pecado encadenada.*

*No deploro la suerte ni el destino,
como hombre yo respeto el triste sino
de la carne: ser barro, polvo, nada...*

A MI SANGRE

*Rojo torrente oculto, misterioso
donde mi vida late sin descanso,
la muerte brinca, acecha en el remanso
de un torbellino azul, cauce venoso.*

*Para ti no hay consuelo, no hay reposo
en la noche alta ni en el día manso,
a tu lado yo sufro y no me canso
de admirarte en tu esfuerzo tenebroso.*

*Si yo pudiera, oh sangre mía, ir
despacio, de tu brazo lentamente,
siempre contigo y al final morir.*

*Yo quiero aniquilarme en el torrente
de tu embate, ahogarme y no sufrir
en mi yo antiguo ni en mi yo presente.*

A MI ESQUELETO

*Duro armazón en hueso fabricado,
carro con bisagras ocultas donde
mi vida marcha y se frena y responde
al grito de un dolor inconsolado.*

*Sueños del amor puro, desmayado,
resbalan por la savia que se esconde,
yo prefiero una muerte que me ronde
con guitarras, cantando yo a su lado.*

*Y cuando el polvo me ahogue con su abrazo
sólo pido a mí mismo aquel pedazo
del hueso victorioso en la tiniebla.*

*Mi faro brillará frente a la niebla,
lejos de la carne, siempre contigo,
oh esqueleto, viejo, mi fiel amigo...*

El primero de estos sonetos fue publicado en *Volcán*, revista editada en Bélgica por un grupo de emigrantes y en la que figuré yo como director. Éramos todos obreros, jornaleros en tierras de Flandes sin pica ni lanza, sino con pico y pala.

Tres ejemplares de la revista llegaban a Las Palmas, tres solamente: uno dirigido al Museo Canario, otro a Ventura Doreste y el tercero al Neo-Tea, a nombre de Antonio Izquierdo. Eran suscripciones que yo había hecho por mi cuenta pensando en que algún eco

de la emigración canaria en Europa debía llegar a las islas. Efectivamente el eco se dejó sentir. Ventura Doreste me escribió felicitándome y felicitándose por la aparición de la revista y al mismo tiempo me instaba a que siguiera 'soneteando'. Yo, que tenía en el bolsillo unos cincuenta y pico, 'fabricados' todos en mi anterior etapa de minero, no publiqué ninguno más. Había salido de la mina, no era obrero y no me sentía ya poeta.

Este soneto, el titulado *A mi cuerpo* y único publicado, tuvo su censura, o mejor dicho cierta disconformidad por parte de un escritor y poeta canario respecto al título. Este escritor y poeta es Juan Sosa Suárez —el gran *Belarmino*—, miembro del Neo-Tea y a quien Antonio Izquierdo entregaba siempre *Volcán*. Muy delicadamente y muy diplomáticamente, como siempre lo fue y lo sigue siendo, Juan Sosa me puso una notita felicitándome por el título de la revista, que reflejaba el fuego de mi tierra lanzaroteña, y al mismo tiempo me indicaba la inoportunidad del título del soneto, que sonaba a plagio. En efecto, me acordé del célebre soneto de don Domingo Rivero, tantas veces oído a don Chano Padilla en las tertulias de 'Casa Emiliansito' donde Víctor Doreste, todas las tardes, nos regalaba con su humor y su genial verborrea. Le agradecí a Juan Sosa su llamada de atención y no publiqué ningún soneto más, proponiéndome incluso no volver por los días de mi vida a 'las andadas de poeta', como así ha sido.

Perdóneme, don Juan, si a sus manos llega esta publicación de hoy, pues tenga la seguridad de que al llevarlos a la palestra no me ha empujado ningún afán poético, sino más bien un impulso de rememoranzas de un pasado lejano, y arrugado, y ya muerto.

MAS CLARO, AGUA

Por escrito y de palabra, varias son las personas que se han dirigido a mí en son de protesta, o quizá sería mejor decir en tono de reconvención, ironía y desagrado. "Caramba, caramba con usted: no sabíamos que para ser poeta hay que ser obrero antes. No le falta ya sino decir que para ser artista en cualesquiera de las ramas del arte, se hace necesario ser jornalero de esos de pico y pala..." Parrafadas como ésta y por el estilo son muchas las que me han llegado al oído. Y yo, que soy un hombre modesto y por naturaleza tímido, de pocas palabras si no estoy de humor, me he callado.

Hoy, después de pensarlo un poco, voy a contestar a todos de un solo golpe.

No he querido decir que para llegar a poeta se hace necesario pasar, o haber pasado, por el yugo del trabajo manual, físico, corporal. No. Al declarar en una de mis crónicas que "no seguí haciendo sonetos porque ya no era obrero y no me sentía poeta", no quise decir exactamente eso. La frase me salió así, pero lo que quise decir es algo más amplio, va más lejos.

Quise decir, amigos míos —o enemigos, es igual—, que todo hombre debe enfrentarse a la vida para conocer la vida y entonces poder amarla, la vida propia y la ajena, la que le duele en el alma a uno mismo y la que duele fuera, en las otras almas. Quise decir, que hay que sufrir, para ser hombre; que hay que enfrentarse a la adversidad y pasar calamidades y miserias para que el espíritu que llevamos dentro —si lo llevamos— se sacuda y mire alto, y se proyecte fuera, y penetre en secretos y vericuetos desconocidos para el que vegeta sin dolor. (El cuerpo, el cuerpo... Hay que hostigar al cuerpo para que el alma despierte en el hombre, si la tiene). Quise decir eso: Que las personas deben luchar y enfrentarse a las calamidades todas que encierra la existencia humana en sí misma; que la vida es lucha, como clamaba Unamuno, y sufrimiento, y agonía...; que ése es el camino más cierto que conduce al hombre a la superación del hombre; que por ahí, por ese camino de batalla y sudor y sufrimiento, puede incluso llegar a ser poeta quien no lo

hubiese llegado a ser jamás... ¡Cuántos, cuántos genios desperdiados en la holganza, la vida fácil, el cómodo existir!

Por otro lado, hay argumentos que cualquiera y quienquiera, si quiere, los ve. Ahí van:

Entre las múltiples ocupaciones de los individuos en la sociedad, ¿cuál es la que más tiempo le concede al hombre para pensar, para meditar, para cavilar, para soñar? Sin duda alguna, la del obrero manual en su más ínfima categoría de 'hombre de pico y pala'. ¿Se dan cuenta ustedes lo que significa ocho horas seguidas haciendo la misma cosa con las manos y el pensamiento libre? El oficinista y el comerciante y toda suerte de profesionales más o menos intelectuales —médicos, ingenieros, dentistas, abogados, boticarios, profesores, etc.— han de estar con la mente ocupada sin descanso en el ejercicio diario del oficio y no pueden pensar en otra cosa libremente, sino a ratos, a saltos. En cambio el jornalero no. El jornalero cumple su tarea rutinariamente, como un autómatas, y aunque el cuerpo le duela y el músculo se le retuerza, tiene libre el pensamiento. De esta manera, ¿quién lo duda?, hasta poeta es el que quiera llegar a serlo, o tendría que ser muy tronco, muy zoquete.

Y como desconfío de que las razones expuestas, para muchos, no tengan suficiente consistencia, voy a recurrir al argumento de autoridad. Citaré a un escritor reconocido como un gran pensador, calificado por otros pensadores de "pequeño filósofo o filósofo de las pequeñas cosas": Julio Camba. No tengo el texto delante pero me parece que don Julio se expresó así: "Yo de mí sé decir que he aprendido más en ratos de charlas con simples obreros, hombres del campo o de la mar, que en las aulas universitarias y en el Ateneo de Madrid".

¿Qué quiso con esto decir el gran humorista y pensador gallego? Más claro, agua.

MI AMIGO PACO FIERRO

Así lo llamábamos todos, con el apellido Fierro, ya extinto en la rama familiar, y por el que era conocido en Lanzarote y fuera de Lanzarote, sobre todo en el Puerto de la Luz donde durante varios años convivimos los dos en la común circunstancia de un destierro voluntario y bohemio, un tanto nostálgico, un tanto lleno de recuerdos y rencores de la isla que nos vio nacer y a la que no queríamos volver sin antes apurar los desengaños de la ausencia, que suelen siempre hacer al hombre más hombre. Allá, en el Puerto de la Luz, se le sigue recordando con la mejor simpatía y con gran cariño. De allá, siempre que iba, traía yo 'recuerdos para don Paco' de gentes humildes a los que dio su amistad. En la calle Ripoché sigue ejercitando su comercio después de veinte años Miguelito, siempre tan atento, siempre tan austero que en su vida jamás probó el alcohol, y Miguelito me decía: "Si voy un día a Lanzarote es para saludar a don Paco y estar con él, y para nada más".

Hoy, después de ese golpe fatal que lo apartó de nosotros para siempre, yo quiero decir algo de cómo era Paco Fierro y que muchos, incluso tratándolo diariamente, no llegaron a ver. Veían en él sólo lo exterior, el gesto personal, la ironía, el sarcasmo, el humorístico desplante, incapaces de calar hondo en el alma del hombre.

Paco Fierro teatralizó el vivir. Él hizo de la vida su comedia. Convencido de la farsa humana que convierte en absurda a la existencia misma, decidió reírse para no llorar y la risa lo acompañó siempre en la comedia que interpretó a diario en el escenario amplio de la calle. Así vivió siempre hasta el momento mismo de morir. Y murió en la calle, en escena, fiel intérprete del papel que se impuso representar sin falsedades ni mixtificación.

Sincero consigo mismo, la sinceridad con los que fueron sus amigos lo acompañaba en las horas alegres y en las otras, en las serias y tristes que lo llevaban a encerrarse y no querer saber nada de luchas y afanes y atropellos entre los hombres. Su escepticismo y sus dudas los guardó siempre para sí mismo, y a los demás les regalaba humor.

Pero una virtud que lo diferenció y que tan escasa es hoy en

esta sociedad modernizada y sensualizada que vivimos, fue su concepto de la mujer, el respeto que manifestó siempre por las mujeres. Nunca le oí hablar mal de ninguna, nunca denigró a ninguna mujer ni le echó en cara las posibles o ciertas debilidades y flaquezas, y nunca se jactó de la personal conquista barata y donjuanil, a lo que tan pocos de los Adanes escapan, Adanes de hoy y de ayer. Esta fue su personal virtud de hombre. Amaba a las mujeres sencillamente, y las piropeaba y las defendía con cariño, con particular caballerosidad. Cuando todos, incluso los más 'encopetados caballeros', esconden el bastardo deseo o lo propagan, él no lo escondió ni lo propagó nunca, porque no sabía lo que era eso, porque vivía al margen de los impulsos bestiales del instinto. Y de esto son pocos, muy pocos, los hombres que pueden hacer gala. Yo casi me atrevo a apostar que en cada pueblo se cuentan apenas con los dedos de la mano, esos hombres.

No puedo hacer otra cosa, amigo Paco Fierro, que dedicarte estas líneas de cariño y amistad. No te acompañé al cementerio, me encontraba lastimado. Pero tú sabes que nuestra amistad fue sincera y sinceras son estas palabras de condolencia por la pérdida para siempre del amigo.

CUANDO SE SIENTE LA MUERTE

Me llegó con un poco de retraso la noticia: Manolo Millares ha muerto. Por eso van con retraso estas líneas de recuerdo y ofrenda al amigo, y al artista, y al hombre, que Manolo Millares lo fue de verdad, de los que pocos se encuentran a lo largo de una vida.

Al recibir la noticia me quedé pensando un rato, divagando a mi manera sobre la vida y la muerte, sobre el 'absurdo existencial' que envuelve al ser humano desde que nace y se adentra por los caminos del sentimiento y la razón... "Está visto —me dije— que la Parca no perdona al genio sobre todo cuando el genio es auténtico y auténtico el hombre que lo sustenta, que lo inflama..." "Y por ahí, mientras tanto, por ahí mientras tanto todos esos fantasmas del arte, esas plagas de mediocridades, todos esos personajes de paja o de cartón engreídos y contentos de haber nacido y de seguir viviendo..." Y dejé de pensar.

Después empecé a recordar y, como una película, se me echó encima el pasado con todo el peso de los años vencidos. Y vi a Manolo Millares niño jugando en la playa de El Reducto y haciendo con sus manos dibujos sobre la arena. Y lo vi jugando a dibujar, con lápices baratos de colores, en el patio del viejo caserón de la Plazuela donde sus padres vivieron, hoy Cuartel de la Guardia Civil de Arrecife. Y lo vi más tarde, siendo yo ya hombre y él imberbe adolescente, en su casa de Las Palmas frente al barranco —el desaparecido Guiniguada— oteando el Risco y otros barrios altos con sus ojos azules intensos como el mar, llenos de avidez y misterios y colores... (Era esta época su época de acuarelista y me regaló una, que aún conservo en lugar seguro). Y lo vi después, años después cuando me fui 'de valía' a vivir a la Capital, en su estudio de Guanarteme envuelto y revuelto de libros y lienzos, y allí conocí a Elvireta, su gran compañera. (Había ido a pedirle unos dibujos para ilustrar unos cuentos que tenía escritos y aún me parece verle la cara llena de regocijo al poder servir al amigo y poder al mismo tiempo hablar de Arrecife, pueblo de su niñez venturosa, pueblo al que tanto amó...). Y lo vi más tarde, una tarde en la Galería Wiot inaugurando su exposición de óleos de tema porteño... El Puerto de la Luz estaba allí, todo

entero, íntegramente recogido en su total integridad de barcos grandes y chicos y chalanas y vida intensa marinera y luchas y alcohol y orgías y pasiones. En una docena escasa de lienzos en los que lo abstracto se apuntaba ya pero no imperaba todavía, el joven pintor canario había simbolizado con el pincel magistralmente toda la vida marinera y oceánica del Puerto...

No volví a ver a Manolo Millares hasta pasados muchos años. Él se fue a Madrid y yo me expatrié. Era lo mejor para los dos, dadas las circunstancias de vida y de lucha por la vida de los dos. Y desde el exilio 'forzado y voluntario' fui teniendo noticias de sus triunfos al paso de los años.

Al desembarcar en Arrecife a mi regreso del extranjero, muchos, muchos años después, Manolo Millares estaba allí, en Arrecife, a donde había llegado llamado por el cariño hondo que siempre tuvo a la tierra conejera. Fue la última vez que lo vi. Posteriormente supe que estaba enfermo y hoy, de repente, que se nos fue para siempre.

Hasta aquí los recuerdos. Y yo quisiera decir algo más que no sea sólo recuerdos, pero no sé. Mi pluma en estos instantes está torpe. Y quizá sea que está torpe porque está la mente triste. No lo sé bien...

Lo que sí sé, Manolo Millares, amigo mío, lo que sí sé muy bien es que las cosas habituales que me rodean —la mesa, la silla, el ropero, el gato, la petaca, el perro vagabundo que un día encontré en la calle y traje a mi casa...— no tienen hoy la faz de ayer. Y es porque tú te has muerto.

Hoy ya he sabido que cuando se muere un amigo y este amigo fue a más de artista un hombre de verdad, es cuando de verdad se siente la muerte. Hoy lo he sabido.

HA MUERTO UN HOMBRE

Como suena: un hombre. Ha muerto Isidoro Tavío Martín, pescador, marinero de la Caleta.

Hay que quitarse el sombrero. Hay que destocarse y con unción, con el mayor respeto, doblegarse, arrodillarse, porque ha muerto un hombre.

No todos los días muere un hombre. Todos los días mueren seres humanos; pero hombres de verdad, lo que se dice hombres en el más exacto concepto del vocablo, pocos, muy pocos, casi ninguno, ninguno.

Hoy se ha muerto Isidoro Tavío Martín y yo me he dado cuenta de que con él, con sus despojos que llevan al cementerio, se llevan a un hombre.

Un hombre íntegro, un hombre de verdad. A pesar de su amplia pobreza, Isidoro personificó aquí en esta tierra caliente de Lanzarote la caballería, la bondad, la amistad..., en suma: la hombría, pues nunca engañó a nadie ni dijo nunca mentiras y fue siempre valiente.

Lo acabamos de enterrar. Lo acabamos de enterrar unos cuantos amigos y yo. En el cementerio de Tegui, mustio por muchos conceptos, hemos dejado al amigo, al viejo amigo, un hombre pobre, muy pobre, quizá el más pobre de Lanzarote. Yo se lo decía a veces y él sonreía: "Hoy que todos se afanan y hasta se matan por tener, por ser propietarios y tener más, cada vez más, usted y yo, Isidoro amigo, no tenemos ni donde caernos muertos..." Y él se sonreía.

Entre cruces inclinadas y otras enhiestas, yo me he despedido del amigo muerto queriendo sentir hondamente a mi lado el aroma sin olor de la amapola silvestre, y el aroma de la pequeña flor de la aulaga seca, y el aroma inexistente de las hierbas perdidas del camino. He querido sentir a través del aire que se respira, frente al rojo paisaje ondulado de las lomas de Guanapay, todo el esplendor de una milenaria vegetación ausente, todo el misterio inconsútil de la honda fuerza ciega de las raíces de las plantas. Porque Isidoro —esto sea dicho sin paradoja y con justeza— últimamente se había refugiado en el sentir y el consentir de la íntima vivencia vegetal al no poder

ya soportar el pestilente aliento contagioso de la codicia y el egoísmo y la perfidia, de los hombres. Había llegado a la extrema superación, a la sublimación suprema del sentimiento y no podía aguantar ya más la repugnancia del espectáculo humano, de la comedia burda y bestial y 'jedionda', de los hombres...

Dice Ricardo Lezcano en uno de sus artículos hablando del "foso entre dos generaciones" —entre los jóvenes y los no jóvenes de ahora— "que él llegó a asquearse de la sociedad en que ha vivido al darse cuenta de que estaba podrida —la sociedad— hasta el mismo tuétano".

No tanto, don Ricardo, yo creo que no es para tanto. Yo estoy con usted en que la humanidad y sobre todo la sociedad actual que vivimos los españoles, está podrida, está 'contaminada', está esclerótica, 'aberrada' y muchas cosas más. Pero pienso yo si no estaría bien, si no resultaría mejor decir, Sr. Lezcano, simplemente 'hasta los huesos', sin penetrar más adentro...

Que nuestra sociedad no está podrida hasta el tuétano lo vemos en el hecho de que en nuestra sociedad todavía viven y mueren hombres como Isidoro. Es lo que me decía una dama francesa al llegar yo a París en extrañas circunstancias y lamentarme del espectáculo de vicios y placeres de la gran capital de las modas y la luz. Me decía la dama: "No se fie usted, *mon cher canarien*, de lo que sus ojos contemplan en la calle, en el bar, en los lugares de diversión. Tras el fondo de esa cortina de frivolidad y lujos y pornografías, está la Francia verdadera, todos esos hombres heroicos que, tanto en París como en provincias, van forjando la nación. Minoría de hombres y también de mujeres, ya lo sabemos, pero que son lo suficiente para *batir la patrie*, para que la patria siga su curso glorioso por los caminos de la Historia".

El curso glorioso de la patria... Como en París y en las grandes capitales y en las grandes naciones, aquí también, en esta pequeña isla como es Lanzarote, algunos hombres de verdad que también nacen —¿o no?— van salvando a la sociedad isleña del hundimiento total. Isidoro Tavío es el ejemplo de uno de estos hombres. Con su pobreza extrema, con su sencillez y su natural inteligencia, sin duda él ha sido uno de estos hombres.

No tuvo honores. No tuvo glorias intelectuales ni de ninguna otra índole. Tuvo sencillamente el don de una agudeza mental acusada, una gran sensibilidad y un gran corazón. Eso fue todo. Y yo estoy seguro de que si Hemingway en lugar de ir a Cuba a bañarse en la Habana y beber güisqui, viene a Lanzarote y se baña en la Caleta de Famara y bebe ron, el gran personaje de *El viejo y el mar* no hubiese sido el otro, sino Isidoro, este mismo Isidoro Tavío Mar-

tín que hemos dejado ahí, hecho tierra y polvo en el cementerio de Teguiise.

Mientras tanto allá abajo, a todo lo largo de la costa que bate el mar frente a la Caleta, el cielo está de luto, porque ha muerto un hombre. Sí, de luto están, a partir de hoy, las rocas de Famara, y los acantilados, y las olas, y las arenas de la playa, y las gaviotas, y los muelles invisibles y los puertos...

RÉQUIEM POR 419 NEGROS

Seguramente había algún blanco entre ellos, algún jefe, algún enchufado. Pero lo cierto es que de 426 hombres que trabajaban en el fondo de la mina, 419 se quedaron allí sepultados para siempre, a unos dos kilómetros bajo tierra, carbonizados, asfixiados. Honda fosa, hondo sepulcro.

Yo he sido minero y puedo imaginarme la catástrofe mejor que el que no bajó nunca al fondo de una mina. Por eso hoy, al difundir los periódicos la noticia de que 419 africanos quedaron atrapados en las galerías de fondo de una mina de carbón, en Rhodesia, no he podido menos de angustiarme pensando en los pobres negros. Acorralados por el fuego y las explosiones de gas, corriendo despavoridos de un lado a otro, llorando, gimiendo, retorciéndose de espanto y de dolor, yo me los imagino, a los pobres negros.

Por una catástrofe similar fui yo minero, yo y muchos españoles más, y también canarios. Nos enteramos de esta catástrofe cuando ya no había remedio, cuando no podíamos arrepentirnos, cuando nos encontrábamos en Bélgica cumpliendo el 'contrato laboral' que habíamos firmado. Y nos enteramos casualmente. Fue al ir a comprar algo a una tienda de comestibles cercana a la fonda donde los mineros canarios nos hospedábamos. Los tres siempre juntos desde que salimos de Las Palmas (los pintores Juan Ramírez y Julio Viera, y yo), entramos una mañana en la tienda. Al momento de pagar, la dueña se quedó fija mirándole a la cara a Juan Ramírez, al tiempo que decía: "Se les nota en los ojos el polvo de la mina, pero no creo que sean mineros, tan jovencitos..." (Lo de jovencito era por ellos, por mis dos amigos, de escasos veinte años). "Sí, señora, somos mineros", contestó Juan. "¿Italianos?", inquirió la tendera. "No, señora, españoles". Fue en este momento cuando ella empezó a gritar y a llorar al mismo tiempo: "Bandidos, canallas, sinvergüenzas todos... Que bajen ellos al fondo, pero se quedan arriba... Mi pobre marido murió en el fondo aplastado bajo una piedra, y mi marido era joven y hermoso y fuerte... Y los que murieron achicharrados en la mina de Marcinelle eran también jóvenes y hermosos y fuertes, todos italianos... Y como el gobierno italiano ha prohibido a sus

súbditos el enganche en las minas belgas hasta que no se les dé garantías de seguridad en el trabajo, ahora traen a pobrecitos españoles... Sinvergüenzas, canallas...”

Así nos enteramos de que nosotros, los españoles, fuimos contratados porque Italia se negaba a seguir suministrando obreros después de la catástrofe de Marcinelle, en la que murieron quemados 263 hombres, en su mayoría italianos.

Hoy, ante la noticia de la muerte de 419 mineros en Rhodesia, se me han encaramado a los labios las palabras de aquella buena mujer de Charleroi: “Bandidos, canallas, que bajen ellos...”

Pero no, ellos no bajarán. Se quedarán arriba. Mientras haya negros ellos no bajarán. Bajará algún que otro blanco para vigilar y estará poco tiempo allí, algún jefe, algún enchufado. Mientras haya negros que “saquen las escupideras”, el blanco encorbatado presumirá de oler bien.

Porque desde aquellos años ya lejanos en que García Lorca estuvo en Nueva York, los negros siguen siendo negros. “Mientras tanto, mientras tanto, ¡ay!, mientras tanto los negros sacan las escupideras...”

¿Qué maldición pesa sobre esas gentes de piel oscura? De África se los llevaron a América amarrados. En América, después de siglos, siguen negándoles igualdad de derechos. En África, después de liberarse de un colonialismo de siglos, sigue el exterminio: Congo, Biafra, Burundi...

¡Pobres negros! ¿Cuándo sonará en el mundo la hora de los negros?

Como no puedo hacer otra cosa, quiero sumarme al dolor de los 419 negros muertos en Rhodesia con los versos de mi amigo Isidro Miranda —poeta de los valientes y lo que es más difícil, poeta sincero— sacados de su libro *Oscura piel*:

*La Cenicienta en el cielo
está bordando una manta
para cubrir a los negros
que mueren sin esperanza.*

EL OTRO Y NO NOSOTROS

Se derrumba la casa del vecino y lo aplasta y nos condolemos, pero en el fondo nos congratulamos de que haya sido el vecino el aplastado y no nosotros.

Ahí, en la esquina, un hombre cae fulminado. Los que se acercan a él o los que por allí casualmente pasan, ven que tiene el cráneo machacado porque un coche en mala maniobra, o fatalmente, se le echó encima. O ven que jadea y se revuelve —el hombre— en la agonía porque el mal que lo aniquilaba lo agarrotó para siempre. O ven que se muere sin remedio o no se muere pero que sufre y garrapatea aguantando él solo el dolor del cuerpo desgarrado y el otro dolor más terrible aún de la vida que se evade, que se le escapa, que se le acaba... Una pena invade el corazón de los presentes. Y unos ayudan a levantarlo, al moribundo, mientras otros comentan el caso y se van. Y todos, unos más otros menos, sienten lo sucedido, compadecen a la víctima. Pero la triste verdad es que también todos, sin excepción, en el fondo de sí mismos están satisfechos, sienten la satisfacción de que 'aquella desgracia' no les tocara a ellos, sino al otro, al que levantaron, lo metieron en una caja y se lo llevaron...

Después está el otro dolor también ajeno, el que no pasa de cerca a nuestro lado, sino lejos, allá en otros pueblos y otras tierras a kilómetros de distancia, apartados del lugar donde vivimos. Es cuando nos enteramos de las grandes catástrofes y hecatombes que sumen a las colectividades en atroz sufrimiento y nos condolemos y tenemos un pensamiento fugaz o más o menos duradero —acaso de unos minutos— de solidaridad humana, de disgusto personal, y somos capaces de alzar la voz clamando compasión por los dañados y hasta hacemos colectas de socorro, de víveres, de dinero...; pero no pasamos de ahí, lamentando lo sucedido y gracias. Y en el fondo..., en el fondo o trasfondo de la conciencia alabamos íntimamente la suerte de encontrarnos lejos, sintiéndonos poco menos que dichosos porque la catástrofe, o la matanza, sucedió allá y no acá.

Así es la condición humana. Así es la 'divina y sublime' esencia de los hombres, de lo que yo como hombre me avergüenzo; vergonzosa condición.

Y lo gracioso, o lo horrible, es que todavía hay quien se jacta y se enorgullece de haber nacido hombre y pertenecer a la especie humana. Para mí es lo contrario. Yo creo que debemos estar arrepentidos de haber nacido, y ya que nacimos, no nos queda más remedio que agachar la cabeza y ser humildes, muy humildes, y avergonzarnos dignamente...

DE LANZAROTE A FUERTEVENTURA Y VICEVERSA

Hacía tiempo que no visitaba la isla mayorera. Casi veinte años. La última vez fue poco antes de expatriarme, allá por el cincuenta y pico.

Así como mi asombro fue grande al llegar a Lanzarote después de largos años de ausencia, no menor lo ha sido cuando hace unos días pisé tierras de Fuerteventura.

En Lanzarote encontré muchas cosas cambiadas, sobre todo en Arrecife. En el lugar donde se alzaba el viejo quiosco de la música, con su esquelético árbol pegado a una banda, se elevan al cielo frondosos pinos, y eucaliptos, y palmeras, y laureles... Más allá y más acá del antiguo casco capitalino relucen modernos edificios de múltiples plantas, altos hoteles, bellas residencias veraniegas y primaverales y otoñales, también. Y a un extremo el gran muelle comercial; y al otro el internacional aeropuerto...

En la capital de Fuerteventura, en Puerto Cabras —no me amaño a llamarla de otra manera pues considero este nombre tremendamente original y poético—, encontré asimismo una hermosa ciudad llena de atractivos frente al mar, llena de valores urbanísticos altamente positivos. Contemplando sus calles anchas y el trazado de futuras avenidas, también de una anchura descomunal comparadas a las de Arrecife, pregunté y me respondieron:

—Sí, efectivamente son bastante holgadas nuestras calles. Desde antiguo nosotros los mayoreros tuvimos un concepto generoso de las cosas. Las nuevas calles serán como las viejas: anchas, espaciosas, abiertas. ¿Para qué ahorrar unos palmos de terreno? Nosotros aquí siempre hemos hecho las cosas mirando al futuro, sin escatimar el espacio. Hoy la ciudad va creciendo y entre la antigua y la moderna habrá uniformidad, armonía...; será la una complemento y prolongación de la otra, sin esa chocante diferencia que se nota en Arrecife, por ejemplo, donde las calles por su estrechez y los callejones parecen ahogarse bajo el peso de las moles de cemento. La tacañería, amigo mío, tarde o temprano resulta cara...

En dominguero recorrido por el interior, tiramos mi amigo mayorero y yo por la ruta del norte. Nada digno de mención hasta llegar

a Corralejo. El paisaje de llanuras y montañas, entre un puerto y el otro puerto, es el mismo de siempre: campo desolado, tierra parda y bermeja, ganados de cabras con el par de ovejas y el chivo, el camello que ara, cuervos intensamente negros, lagartijas, pájaros... Y por algunos ramales de la carretera, verdes 'bobos'. Allá a la izquierda de la carretera, sobre una montañeta y como remangándole la falda, el monumento a Unamuno, sin pena ni gloria. Y más adelante la Oliva, sin olivos, y Tetir, y otros muchos pagos diseminados en la extensa llanura ondulada de lomas, declives y barrancos.

Pero al llegar a Corralejo todo cambia. Le digo a mi amigo que el nombre me gusta mucho, que Corralejo viene de corral y que espero no se les vaya a ocurrir rebautizarlo, como a Puerto Cabras. Él me dice que con la Tiñosa en Lanzarote ocurrió igual y los conejeros tan campantes, o tan contentos. Le respondo que yo a este pueblo marinero de Lanzarote, con hotel o sin hotel, lo sigo llamando por su nombre original: La Tiñosa. Y él no me lo cree.

Alabo en Corralejo lo mismo que en Puerto Cabras, su trazado ampuloso de calles y avenidas, futuras avenidas. Y sus playas recoletas, cortadas entre las marismas. Se me parece Corralejo un poco a la Caleta de Famara. Los dos puertos tienen su isleta anclada enfrente: La Graciosa y Lobos, ambas tan discutidas últimamente en la prensa y ambas tan codiciadas por empresarios del cemento y otros negociantes del turismo.

De vuelta a la capital nos acercamos a Montaña Quemada para contemplar de cerca el monumento a Unamuno. Desilusión rotunda y desencanto: la obra de arte no tiene nada de arte, y nada de grandioso; una simple obra vulgar de mampostería. Quedamos mi amigo el mayorero y yo en que en este aspecto como en otros, Lanzarote y Fuerteventura son dos islas desafortunadas.

—Bueno, si vamos a eso el de Galdós en la Plaza de la Feria de Las Palmas no está muy allá tampoco que digamos —murmura mi amigo por lo bajo como tratando de consolarme y consolarse.

Invitado antes de coger el barco, al Parador, encomio la madera.

—Estupendo —le digo a mi amigo—. Estupendo si al rato de estar aquí no le pareciera a uno que está encajonado.

—Más vale así que no tener ninguno, o tener cerrado el que se tiene por viejo e inservible.

No contesté a mi amigo y alabé el servicio del restaurante, a cargo de jóvenes muchachas primorosamente limpias y delicadamente amables. Siempre nos agrada más a los hombres el plato servido por blancas manos femeninas que por toscas manos de varón, a veces peludas, a veces con dedos y uñas ennegrecidos del tabaco y otras cosas.

En el barco, de regreso, me dediqué a pergeñar estas líneas para entretenerme en el viaje, tratando de 'acortarlo'. No me fue posible. Efectivamente las cuatro horas que tardaban los 'correíllos' antaño siguen siendo las mismas cuatro horas, minuto más minuto menos. La única diferencia está en la televisión y en los pasajeros. Antiguamente abarrotábamos el barco los isleños y siempre, o casi siempre, viajaba un inglés o un alemán como botón de muestra extranjera. Ahora son los extranjeros los que completan la lista de pasaje y entre ellos hay un español como botón de muestra nacional. En este viaje el botón de muestra nacional fui yo, pues el andaluz chiquito que venía conmigo no cuenta al no lucir entre los corpulentos nórdicos y las corpulentas nórdicas, entre las que se rebullía arrogante y con el pescuezo empinado, buscando 'ligue'.

BAJO EL CIELO MAJORERO

He estado de nuevo en Fuerteventura. El itinerario esta vez ha sido otro. Esta vez me he internado tierra adentro, corazón adentro de la Isla, sin atreverme a penetrar más allá de los desérticos morros de Jandía.

Esta vez sí que he podido palparle la piel a Majorata. Y el hon-do sentir íntimo. (Y el humor y el candor). Y el aliento transparente de tierra desnuda y amplia. Y el duro sabor de roca. Y el escuálido esquelético esfuerzo de tierra acamellada, donde la aulaga y la tabaiba moran. Y el anciano rubor sutil de mora virgen, des-mayada...

Esta vez sí que 'he dado en el clavo'. Esta vez he rodeado por la cintura a la Isla, como se rodea y sujeta por la cintura a una mujer hermosa, acariciando sus caderas primorosas de montañas apretadas y llanos de vientres resbaladizos y escueto ombligo... Esta vez le he tocado el alma porque fui apartándome de las anodinas rutas turísticas hasta penetrar en el secreto del apartado rincón recóndito donde no ha llegado todavía, ni llegará por mucho tiempo o nunca, el egoísta interés del hombre. Es allá, al otro extremo de la isla, al extremo del otro mar que bate y golpea y taladra la costa por el oeste..., allá por los contornos de Ajui.

Saliendo de Puerto Cabras (siempre diré Puerto Cabras, nombre para mí el más bello de los puertos que conozco) llegué a Ajui, pueblecito de veinte casas a lo más, pequeño puerto de hombres rudos de la mar, de verdaderos roncotes.

En Ajui no hay carreteras ni calles ni tiendas ni escaparates ni nada que reluzca y huela a comercio, a negocio. El cemento y el hierro no han hecho aún su aparición y las gentes no se afanan; construyen su primitivo habitáculo con los elementos arcaicos de la piedra y el barro, la paja y el granzón, isleña 'torta'. No ha llegado tampoco allí todavía la minifalda, el melenismo —o peludismo— ni las bullas del motor y la guitarra eléctrica y otras bullas negroides y patibularias.

En Ajui todo sigue como hace cien años, doscientos años, avanzando los barquillos a la vela y siendo el burro el medio de trans-

porte ideal, a excepción del carro tipo tartana que de vez en cuando aparece barranco abajo rodando con sus ruedas redondas de palo sobre la grava pulida por la pezuña y el pie calloso del roncote.

La playita de Ajui es pequeña, recogida, morena de arenas negras, de caletón rocoso a las bandas y más allá las cuevas. Las cuevas son como casas, más que como casas, quizá como palacios prehistóricos, míticos y maléficos. Las bocas de las cuevas —las entradas— son amplias y abiertas y se tragan el mar y vomitan el mar, dragones mudos de un mundo diabólico y divino...

Y no diré nada más de Ajui. El que quiera saber más que vaya allí. Total unos setenta kilómetros de Puerto Cabras, por carretera primero hasta llegar a Pájara y después por un barranco ancho que más que cancha de barranco tiene cancha de río. ¡Qué barranco! El barranco que nos acerca y lleva a Ajui sí que es un barranco de verdad. Ríanse ustedes del viejo Guiniguada de Las Palmas. Hay que pasarlo, atravesarlo y bajarlo —o subirlo— para verlo bien y darse cuenta de su majestad y del quebrantamiento del hueso molinero. ¡Oh, si en Lanzarote tuviéramos un barranco como el barranco de Ajui! Pero no tenemos, o no nos queda, otro barranco con majestad que el de la Horca allá por las crestas que bordean la vieja carretera entre Tegui y Famara, barranco lleno de aulagas y pedriscos y lagartos, con arcaica topografía de siglos y violenta historia de justicia y sangre al ser ahorcados en su margen los malandrines convictos y confesos de robo, de violación, de crimen... Pero de esto ha pasado ya mucho tiempo.

Después de pescar, cazar, subir y bajar y tirarse de una peña a la otra como *don Quijote* desnudo en su penitencia de la sierra, el regreso. De Pájara —donde no hay ni hubo nunca un pájaro, al decir de Unamuno—, y después de contemplar el pórtico de la ermita: Tuineje, Betancuria, La Antigua, Tiscamanica, Vega del Río de Palmas, Ampuyenta y más pueblos y más pueblos y, sobre todo y sin guardar un orden geográfico de ruta, Casillas de Morales y Valle de Ortega, pueblos separados en la honda llanura y unidos por la iglesia única distante por igual de los dos núcleos de casas y que zanjó la disputa reivindicatoria entre los Morales y los Ortega, de lastimosa memoria.

A través de estos pueblos, pisoteando la tierra seca entre llanuras y montañas, es como hemos comprendido el alma mayorera. Tierra con alma y con enjundia. Tierra apretada de sentires, y querencias, y “nacencias”. Tierra honda, paleolítica —no paralítica—, montada y trasmontada en roca viva y sentimientos desnudos de los hombres... Tierra ardiente y llana, roja y sincera y amplia bajo el cielo mayorero.

TRES CUENTOS DE PELOS

LOS BIGOTES DE MI ABUELO

I

Aquellos bigotes de mi abuelo eran unos bigotes tremendos. Mostachos en punta, negros y relucientes, parecían dos espuelas de gallo inglés de pelea apuntando con sus filos como agujas fantasmas invisibles.

Yo era aún pequeño y en mi imaginación exaltada de aventuras y ensueños surrealistas, soñaba a menudo con los bigotes de mi abuelo. Veía en ellos rutilantes aspas de molino, remos de bajeles de piratas, botafuegos y mástiles de barcos a la deriva, alas de águilas, cuernos retorcidos de machos cabríos y, ¡oh sublime poder recreativo de la mente infantil!, hasta pencas de tuneras. Porque aquellos bigotes de mi abuelo sí que eran unos bigotes de verdad. ¡Y el respeto que imponían!

Mi abuelo acostumbraba, después de comer, atusarse diariamente los bigotes. Mientras los otros comensales hacían la sobremesa charlando o leyendo, mi abuelo se escapaba a su habitación y, tendiéndose sobre una vieja alfombra india llena de dibujos de flores y fieras, con sus rudas manos sobaba y sobaba las espesas mechas labiales en una especie de frenesí diabólico. Creo que a veces hasta caía en éxtasis.

Nadie, en la casa, estaba en el secreto del atusamiento diario de los bigotes de mi abuelo, excepto yo. En mi afán de saberlo todo, yo acechaba por las rendijas de las puertas 'golisneando' de un lado a otro como un hurón. Y así fue cómo una tarde mi abuelo me descubrió aplicando un ojo en el agujero de la cerradura de su cuarto. Desde este momento quedó establecido entre ambos una especie de complot. A partir de entonces empecé a ser su nieto preferido. Desde aquel día, sobre las grupas de la yegua de mi abuelo jamás cabalgó otro nieto que yo.

Por veredas apartadas, por montañas y sendas perdidas, por el jable, por vericuetos y 'lajiares' de la amplia planicie volcánica yo y mi abuelo galopábamos sin descanso. Todos los rincones de la isla fueron por mí conocidos, y así llegué a ser dichoso en mi infancia y así, también, fue cómo llegué a conocer los turbulentos y clandes-

tinios amores, ya tardíos, de mi abuelo. Por estas calendas mi abuelo contaba ochenta años; yo, ocho.

Mi abuelo murió apuñalado por la espalda una noche borrascosa y llena de presagios. La tormenta arreciaba, el viento gemía y una lluvia espesa encharcaba los campos. Lanzarote entera parecía temblar en toda su desnudez de peña pelada y de roca. La tierra, enfangada y malsana, despedía al cielo un vaho misterioso. Miles de pajarracos nocturnos —pardelas, catanas y cotorras— graznaban rompiendo el silencio sus ecos rotundos...

Noche fatal. Noche llena de hondos latidos de venganzas y flaquezas humanas. Al amanecer de esa noche encontraron a mi abuelo tendido en un barranco, muerto, su cuerpo apuñalado. Cuatro rajetas anchas de cuchillos le perforaban los hombros.

Mucho tiempo pasó sin saberse los motivos directos de la muerte violenta de mi abuelo y nunca se supo el nombre de los asesinos. Pero de un costado al otro de la isla, desde Tinajo a Haría, desde Teseguite a Yaiza y a Femés se extendió el rumor de que mi abuelo había sido sorprendido en medio de la noche por una pandilla de maridos engañados, y conjurados. Al decir de las gentes, pasaba de la docena el número de los 'cornudos', todos jóvenes y apuestos, cuando mi abuelo era ya nonagenario.

Hoy, después de tantos años, yo no me indigno, no siento pena ni rencor por el hecho de la muerte de mi abuelo. No lamento la circunstancia de que fuera asesinado. Al fin y al cabo mi abuelo era ya muy viejo y tenía que morir, y debía ya morir después de haber amado tanto. Lo que no perdono, lo que aún habiendo pasado tanto tiempo siento dentro de mí que me quema las entrañas y me ahoga, es el acto vil cometido por los criminales en el cuerpo ya sin vida de mi abuelo. ¡Canallas!..., no se conformaron con la simple muerte del que supo hacer tantas noches dichosas a sus mujeres.

¡Oh, si mi abuelo resucita! ¡Cómo hubiese arremetido contra ellos! O no... Es seguro que si mi abuelo resucita y se ve con el labio afeitado, sin sus fieros bigotes empinados y retorcidos apuntando al cielo, queda de nuevo muerto en el acto.

¡Los villanos! ¡Mira que cortarle los bigotes a un hombre ya viejo, y ya muerto!... ¿Es que pensaron, acaso, que no mi abuelo, sino los bigotes de mi abuelo, fueron la causa de sus íntimas desgracias?

LAS BARBAS DE MI TÍO

II

Mi tío era un hombre alto, seco, enjuto, un poco doblado a una banda. Al caminar se balanceaba sobre un hombro como una barca escorada por los años. Con su enorme bastón hecho de palo de moral —el mismo palo con que se hacen los timplés—, mi tío cruzaba las calles del pueblo lentamente, parándose a ratos en las esquinas para contemplar algún perro dormido en el portal, frenando la marcha a veces para saludar, bastón en alto, a alguna vieja agazapada en la ventana. ¿Antiguas novias de juventud? ¿Tardíos amores inconsolados?... De vez en cuando mi tío aceleraba la marcha y entonces su inmensa barba se rizaba al viento como una bandera izada en lo alto del campanario de una ermita solitaria...

Todos admiraban a mi tío. Hombres, mujeres y niños se apartaban a su paso, saludándolo respetuosamente:

—Buenos días, don José... Adiós, don Pepe.

—Vaya usted con Dios... Vaya usted con Dios —repetía mi tío casi sin mirar, los ojos fijos en el tric-trac frenético de su bastón sobre la ruta.

Esta estampa de mi tío cruzando las calles del pueblo con su grueso bastón de palo de moral y su enorme barba flotante no se me ha borrado aún del recuerdo. Yo veía en mi tío la personificación exacta del hombre, del hidalgo, del caballero. Hoy, después de tantos años, sigo pensando que ningún barbado varón ha logrado con su barba superar la extraña personalidad de mi tío.

No se sabe ciertamente el misterio que envolvió su vida. Mi tío fue siempre un hombre reservado. Los propios amigos, aun los más íntimos, jamás pudieron penetrar en el fondo de su corazón, en los arcanos de su intimidad. Sabían que mi tío había estado en Cuba largos años, adonde marchó joven y volvió con 'los témpanos encañecidos'. Sabían que en tierras de América llevó una vida turbulenta y sabían que en su cerebro guardaba un secreto impenetrable, quizá un remordimiento de juventud, tal vez la pena de algo ya sin remedio en el tiempo y la memoria de su azaroso vivir de emigrante desplazado... Yo hoy pienso que si llega a conocerse el fondo oculto del alma de mi tío, la psicología humana como ciencia hubiera dado

un paso decisivo. Al menos sabríamos algo sobre el porqué las barbas de mi tío imponían tanto respeto, o el porqué su barba resplandecía como una aurora en aquel rostro pálido y afilado. Y también el porqué de muchas cosas más sobre la conducta y proceder de los hombres.

—¡Pero qué barba!— exclamaban unos ante el rostro macilento de mi tío.

—¡Pero qué hombre!— vociferaban otros ante las barbas colgantes de mi tío.

Quizá en estas expresiones espontáneas de la gente esté explicada mejor que en un tratado de psicología práctica la función de la barba en el rostro masculino. Porque muchos creen que la barba es una cosa que puede llevarla cualquiera, y no es así. La barba hay que saberla llevar. La barba es una prenda del hombre que no todos, sino algunos hombres, saben hacerse dignos de ella. Por eso se ven por ahí esas barbas ridículas, esas pelambreras con pretensiones de barba. Es preferible que tales individuos renuncien definitivamente a la facial prenda varonil y vivan toda su vida rasurados, la cara limpia, lisa, pelada como un ratón, o como las mozas casaderas de los pueblos con novio o sin novio.

Los ejemplos de hombredad a través de la barba son múltiples, infinitos en el pasado histórico, escasos en el presente. En la antigüedad Cristo, Moisés, San Pedro, Sócrates, Jenofonte, Tito Livio, Plutarco, Catón 'el Viejo' y muchos más fueron todo lo que fueron, incluso envidiados, por sus varoniles barbas. Más tarde Dante, Galileo, Giorgione, el Papa Julio II, el rey Francisco I, Cervantes, Rasputín, el general Prim, Cajal, Unamuno y mi tío Pepe fueron respetados por sociedades enteras que admiraban, al tiempo que al hombre, a la barba del hombre.

Y en la actualidad, ¿quién es el individuo más discutido y más temido del hemisferio occidental?... Un barbudo: Fidel Castro. Yo estoy seguro que si Fidel Castro no supiera llevar la barba como la lleva, Cuba y los cubanitos no hubiesen entrado por el aro y América y los americanitos no le tendrían tanto respeto.

Hoy, no cabe duda, la humanidad tiende al desbarbamiento total, ya que cada día se ven por la calle menos barbas, y las que se ven no son realmente barbas, sino conatos, pretensiones de barbas. Es un hecho que la sociedad humana se desviriliza, y así va el mundo, de cabeza.

El día que en cada pueblo de la tierra haya unas cuantas barbas, a lo Fidel Castro, a lo Julio Viera o a lo mi tío Pepe, el mundo marchará mucho mejor. Yo lo garantizo.

LAS MELENAS DE MI PRIMO

III

Cuando mi primo nació, la madre se llevó un susto terrible. Nada más desprenderse del vientre materno y empezar mi primo con unos chillidos espantosos, fue todo uno. Entre la comadrona, el padre y un vecino bastante amañado pudieron al fin apaciguar al chiquillo y tranquilizar a la madre.

—Mire usted, doña Paca... Paquito duerme como un bendito; duérmase usted también, que tanta falta le hace —decía la vieja partera.

Pero la pobre mujer no podía dormir. Después de cuarenta horas de esfuerzos y fatigas para traer al mundo su bebé, estaba agotada; y sin embargo el sueño no le llegaba. No podía creer que aquel retoño de sus entrañas, tan tierno, sacara por su débil garganta tan estentóreos alaridos. Estaba asustada. Temía haber parido una especie de monstruo.

En verdad, mi primo Paquito no era un monstruo, aunque tenía una cabeza descomunal en forma de calabaza. Esto no asombró a nadie: todos los días nacen chiquillos cabezudos. Lo que al parecer causó mayor impresión fue que la *calabaza*, en vez de estar recubierta de tenue pelusa infantil, estaba completamente abarrotada de espesas cerdas retorcidas.

—Un caso insólito— se limitó el médico a decir cuando lo llamaron para reconocer al recién nacido. Y antes de irse, el galeno añadió:

—A este niño hay que pelarlo inmediatamente.

Hubo asamblea general de familia aquel día en la casa. El padre opinaba como el doctor: a Paquito había que pelarlo. Del mismo parecer era el abuelo paterno:

Paquito debe ser pelado hoy mismo sin falta —decía.

Pero la madre y la madre de la madre y las hermanas de aquélla se oponían rotundamente.

—¡Jamás! ¡Eso no lo consentiremos nosotras las mujeres! ¡Por nada del mundo! ¡Las melenas de Paquito son primorosas!

—¡Paquito con sus rizos será la envidia de todas las madres del pueblo!

—¡Paquito no será pelado!
Y no fue pelado.

* * *

Pasaron varios años. Mi primo Paquito, igual que los demás chiquillos, fue creciendo; y creciendo, también, fue la fama de su bella y abundante cabellera. De los pueblos vecinos venía la gente a contemplar la singular melena de mi primo. Todos, sin excepción, se quedaban prendados de los rizados bucles que colgaban por orejas y frente de aquella cabeza privilegiada.

Hasta que mi primo Paquito se fue haciendo hombre. Dieciocho años, diecinueve años, veinte años... Había pasado el tiempo dichosamente y a nadie se le ocurrió pensar en la terrible desgracia que se avecinaba. Tan embebidos estaban todos con la popularidad que la cabeza de Paquito había dado a la familia, que ninguno había reparado en la inminente fecha que se aproximaba: los 21 años, la edad del cuartel.

Hubo duelo en la casa. Las mujeres lloraban a lágrima viva. Los hombres daban patadas en el suelo. La criada sollozaba...

Al fin, después de una bien pensada 'mesa redonda' entre los numerosos miembros de la familia, se decidió: Se buscarían las mejores recomendaciones y Paquito llevaría cartas para el coronel jefe del Regimiento, para el comandante mayor, para el capitán de la compañía, para el sargento de semana y para el cabo barbero. A buen seguro que Paquito salvaría su linda melena rizada.

Y así llegó el día en que Paquito, como un *sorche* más, salió de su casa con la enorme maleta de madera colgada al brazo, se metió en la guagua y llegó a Arrecife. En el 'correílló' viajó sobre cubierta, sin marear. En Las Palmas se dirigió a la Caja de Reclutas, en la calle de Los Reyes, y al siguiente día quedó incorporado a filas en los Barracones de La Isleta.

Casi se arma una revolución en el cuartel cuando mi primo, ante la orden del sargento, se quitó la cachucha. Veteranos soldados de la guerra que seguían reenganchados esperando algún galón, querían comérselo con los ojos. Quintos de miradas oblicuas y dudosas se extasiaban contemplándolo. Cabos y sargentos de otras compañías abandonaban la guardia para ver a mi primo cuando pasaba camino del campo de instrucción. A algunos oficiales cuentan también que se les iba el ojo cuando mi primo cruzaba el patio del cuartel con la cabeza descubierta.

Esto duró poco. Pese a la cantidad de cartas que mi primo repartió entre sus jefes, tuvo que intervenir el general de la zona.

Este general parece que era un militar de los de antes, rígido y cumplidor de las ordenanzas cuarteleras.

La nota que el padre de mi primo recibió del general estaba redactada así:

“Hoy, al amanecer, ha sido pelado al cero vuestro hijo Paquito. Jefes, oficiales y suboficiales del Batallón lo sienten mucho. Yo también. Pero el espíritu militar del Ejército así lo ha exigido. Si vuestro hijo no es pelado, a esta hora ya serían varias las defunciones en las filas del Regimiento y Paquito, seguramente, muerto también, o en el hospital.”

De esta manera, a Dios gracias, se acabó la historia de 'las melenas de mi primo'.

TRES CUENTOS DE INDIANOS

Yo no he estado en América, pero eso no importa. Son tantos los canarios y sobre todo los lanzaroteños que han estado allá (Cuba, Venezuela, Méjico, Uruguay, Argentina y siga usted contando) que por lo que les he oído decir me considero ya poco menos que uno más de los tantos que 'corrieron la aventura de América'. Años y años desde mi juventud oyendo a 'indianos' contar sus aventuras —y desventuras—, ya casi me veo indiano yo mismo. Entre tanto relato y tanto cuento de América, vayan estos *Tres cuentos de indianos*, escogidos entre aquellos que me han parecido más reales y más verídicos, y que yo titulo: *El desquite*, *El encuentro*, y *La manga*.

EL DESQUITE

I

Pepe Pino, nacido en un pueblecito colorado entre los varios que hay en la zona medianera a Tegui y a Haría —más pegado de Tegui que de Haría— siendo adolescente sintió como un clamor dentro de su sangre la 'llamada de América'.

—Padre, déme para el pasaje, que yo en cuanto llegue allá trabajo duro y se lo devuelvo...

—Tú no devuelves nada. Si no das golpe aquí ¿cómo vas a darlo allá? América es para los hombres de empuje, y no para los *ñangas* como tú.

—Padre, que usted no me conoce, padre; que yo entro el pecho palante en cuanto me llegue el momento...

—En dieciocho años que tienes no he visto ese momento y no lo veré jamás... Usted mi hijo es un vago por naturaleza porque nació vago y contra ese mal no hay remedio.

—Yo no soy eso que dice, padre. Yo soy un hombre como otro hombre cualquiera. Lo que pasa es que yo no soy un singuango que por tres reales me encorvo la espalda de sol a sol.

—Otros lo hacen.

—Porque son unos desdichados singuangs, esclavos de la tierra. Aquí en Lanzarote el pobre es un burro, jamelgo de carga del rico, y por eso yo quiero irme..., para no ser burro ni jamelgo.

—Pues hay que ser burro, y jamelgo, para tener dinero y ser un hombre.

—No quiero...

—Pues has de querer, si quieres comer.

Este diálogo entre padre e hijo se repetía noche y día y tal fue la insistencia machacona del hijo que el padre, para quitárselo de encima de una vez para siempre, en un arranque de rabia reunió todos sus ahorros y le pagó el pasaje para Argentina a Pepe Pino. Y Pepe Pino, en el *Valvanera* anclado frente al muelle de las cebollas (actual parque municipal de Arrecife) salió rumbo a las Américas más contento que unas pascuas y con mil ilusiones de juventud prendidas al alma.

Pasaron los años. Pasaron dos años, y después tres y después

cinco; en total: diez. En este tiempo, el padre se confirmó en la esperanza de no volver a ver al hijo. Ni una carta, ni la menor noticia. A todo el que le preguntaba por su hijo, el padre contestaba, socarrón:

—Creo que está rico en América, y por eso no escribe.

Los otros se reían:

—¡Rico! ¡Pepito rico! ¡Ja, ja!...

El padre callaba, siempre con gesto socarrón, volvía la espalda y se metía en su casa.

Por esta época en Lanzarote, pese a la miseria que reinaba en los campos debido a las persistentes sequías, se bebía vino los sábados y se jugaba a la baraja los domingos. La baraja era la esperanza de muchos, como hoy las quinielas y la lotería. Había profesionales del juego, algunos de los cuales llegaron a hacer fortuna, a enriquecerse. La mayoría, naturalmente, perdían. El padre de Pepito Pino era uno de éstos: perdía siempre. Pero como se envició, y aunque no era tonto, seguía jugando. Y así llegó lo irremediable: la ruina total. Vendió un cacho de tierra y después otro hasta quedarse sin nada, hipotecando incluso la casa.

Nada tenía ya y el viejo maquinaba en su cerebro ideas macabras, pensando en suicidarse, cuando una noche le tocan a la puerta.

—¿Quién es, a esta hora medrosa de la noche?

—No se asuste, padre, que es su hijo...

Pepito Pino había vuelto, en el mismo barco que se fue, en el *Valvanera*.

—Entra, hijo mío, y menos mal que encuentras vivo a tu padre.

Los ojos del viejo parecían querer salirse de los cascos cuando el hijo, después de contar los duros que traía en la bolsa de piel de cabrito, la misma que había llevado, dijo:

—Guárdeme eso, padre. En diez años, diez mil duros: a mil por año.

—Te habrá costado mucho..., muchos trabajos.

—Diez años de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Sin salir nunca. Sin probar un vaso de vino y sin probar mujer.

—¿Y qué piensas hacer con tanto dinero?

—Montar un negocio y después casarme. Pero mientras lo pienso y descanso, guarde el dinero usted, padre.

Al siguiente sábado, el viejo bebió vino, y el domingo, como estaba enviciado y medio enloquecido por la imposibilidad del desquite, se fue al desquite. Estuvo tallando hasta el lunes, al amanecer, en que perdió el último duro de la bolsa de cuero de cabrito del hijo.

A partir de entonces el viejo no salió más de su casa, reducién-

dose su vida a cultivar el huerto del patio plantado de verduras, a ordeñar las dos cabras que le quedaban y a recoger los huevos de las cinco gallinas. Este era su vivir y su única ocupación. Y así pasaron los años hasta morir de vejez.

Pepito Pino vivió siempre con su padre, trabajando en el campo de sol a sol por tres reales y sin nombrar nunca, en ningún momento, los diez mil duros.

Al momento de expirar, el padre sí los nombró. Abrazado a Pepito Pino sin llorar, le dijo:

—Veinte años han pasado desde que volviste de América. Me entregaste diez mil duros que no te devolví. Era una fortuna. Pudiste vivir todo este tiempo sin trabajar, y has hecho de burro, de burro de carga del rico sin protestar... sin protestarle a tu padre. Una pena me llevo conmigo: que no te hayas casado y no tengas un hijo...

Al enterrar a su padre, de vuelta del cementerio, Pepito Pino se propuso buscar inmediatamente mujer y tener un hijo. Pero tenía cincuenta años cumplidos ya y la empresa se le presentaba difícil, muy difícil...

EL ENCUENTRO

II

Generalmente son los hijos los que emigran, empujados por los padres para aliviar la carga familiar y con la esperanza de que el muchacho en América haga fortuna y se acuerde de los suyos enviando algún dinero. Y sucede a menudo, o solía suceder, que ni dinero, ni carta, ni noticia alguna durante años que se hacían siglos.

Pero a veces, también, son los padres los que emigran. En Lanzarote se dieron muchos casos de padres de familia que hacían el *jato*, se metían en el barco y desaparecían, algunos para siempre. Este es el caso de Mamerto Manuel.

Mamerto Manuel tenía ocho hijos cuando emigró, todos de corta edad, siete hembras y un varón. Pasaron los años y ni siquiera una carta recibió doña Felisa, que las pasó moradas para ir sacándolos a todos adelante, sola con sus propias manos, sola siempre porque hasta los propios familiares 'emprendieron la retirada' al venir la familia a menos. A doña Felisa la ayudaba, en sus penurias, una ilusión: que Mamertito se hiciera grande para mandarlo a las Américas en busca de su padre.

—Debes de ir, hijo mío, y buscarlo dondequiera que esté. Es tu deber. Un padre siempre es un padre —le dijo doña Felisa a Mamertito Manuel el día que éste cumplió los veinte años.

—Yo sé, madre, que un padre es un padre, pero el mío es un caso aparte. El mío seguramente está muerto, y si no está muerto peor todavía...

—¿Cómo que peor todavía?

—Sí, porque si está vivo y no se acuerda de sus hijos es un canalla.

—No te consiento que hables así de tu padre. Mamerto Manuel fue siempre un hombre íntegro, un hombre de verdad. A mi me hizo feliz haciéndome parir todos los años, durante ocho consecutivos, sin darme descanso, y eso se agradece mucho... Tu padre fue todo un hombre, y lo es, porque el corazón me dice que no está muerto...

Ya está Mamertito Manuel, o sea, Mamerto Manuel hijo, en el muelle de las cebollas dispuesto a embarcar en el *Valvanera*, anclado en la bahía. En la estrecha explanada abarrotada de sacos de cebo-

llas las gentes se afanan en las distintas faenas del embarque, de cebollas y de hombres. Mujeres viejas y mujeres jóvenes, madres y hermanas de los que se van —y alguna novia—, se agrupan a la sombra del arcaico quiosco de la música donde señor Juan sirve copas de ron a perra chica 'el doble' a los roncotes que entran y salen res-tregándose las *bembas*. La madre de Mamertito y las siete hermanas de Mamertito rodean al viajero. Todas le hacen encargos. La madre sólo uno: que no vuelva sin su padre.

Y zarpa el *Valvanera* y Mamertito Manuel llega a Cuba. Dos años largos le costó andar la isla grande del Caribe de punta a punta, trabajando por los pueblos unas veces en las plantaciones de caña y otras en los tabacales, empuñando la guataca y siempre preguntando por su padre. Desesperanzado estaba cuando en Cienfuegos un anciano le dice que conoció a un tal Mamerto Manuel, isleño de Lanzarote, pero que según tenía entendido el tal Mamerto Manuel, por un asunto complicado de faldas y muerte de un gringo, había puesto mar de por medio, marchándose seguramente, según suposiciones, a Venezuela. A los pocos días, Mamertito Manuel desembarcaba en La Guaira, dirigiéndose de allí rápidamente a la grande y populosa capital caraqueña.

* * *

Mamertito Manuel apareció en Lanzarote treinta años después de haberse marchado. Si se fue cuando tenía veinte, regresó con los cincuenta cumplidos. Vino solo, sin su padre, y encontró a su madre viejita, muy viejita, que murió feliz al abrazar al hijo porque en él veía el retrato de su padre, que tanto se parecían, y creyendo en los últimos suspiros que era el mismo padre, su marido.

Ya nonagenario, yo conocí a Mamertito Manuel, quien me contó lo que ahora voy a contar y que es la parte final de este cuento.

Cuando llegué a Caracas —habla Mamertito Manuel, a quien en adelante por respeto y por edad lo llamaré como al padre Mamerto Manuel—, cuando llegué a Caracas me fue fácil encontrar trabajo, pues llevaba cartas de un obispo que en Cuba se hizo amigo mío para varios curas españoles que ejercitaban de párrocos en distintos lugares de la floreciente república venezolana. Tuve diversos oficios, por recomendación de los curas, pero en todos me fue mal, quedándome por último con el de camionero, chófer de camión. Empleado en una empresa de transportes pesados, con mi camión fui recorriendo las distintas provincias del territorio, desde Aragua a Bolívar, desde Carabobo a Guarico. En todos los pueblos y en todos los momentos, yo preguntaba por mi padre, y así pasaron varios años.

Descorazonado me encontraba y cansado de tanto preguntar, cuando de repente una mañana en el mercado central de Caracas un criollo, amulatado y ya entrado en años, me dice que conoció a un isleño llamado Mamerto Manuel, que hacía más de un año que no lo veía pero que seguro estaba de que seguía en Venezuela dedicado al mismo menester que yo, o sea, al transporte de mercancías del interior a la capital a rueda de camión.

—Si no lo han matado o se ha matado, por aquí anda el isleño todavía —me dijo el criollo.

—Acláreme, viejo, eso de la muerte, porque no lo entiendo —me expresé yo sospechando más lo malo que lo bueno.

—Se ve que no conoce usted bien al hombre por el que pregunta. Pocos como él me tropecé yo en el camino de la vida a la edad que cuento. Mamerto Manuel el isleño es un hombre a carta cabal, un hombre de pelo en pecho, con un corazón muy grande, muy grande... Amigo de los amigos, le hace un favor a cualquiera y le da los dineros al necesitado, y defiende al desvalido cuando al desvalido atropellan, y arremete siempre contra el abusador sobre todo cuando el abusador además de abusador es fanfarrón... Es un hombre bueno, sin duda, su padre, si en verdad usted es el hijo. Es sin dudarlo un hombre bueno su padre, pero cuando se la hacen..., cuando se la hacen el que se la hace no escapa; ése que se cuente por difunto...

Desconcertado por este relato del viejo venezolano amulatado, seguí *rumbiando* con mi camión sin saber si quería ya dar con mi padre o sería mejor olvidarlo. “Mi padre un duro, un matón, un hombre peligroso, seguramente con varias muertes ya sobre sus espaldas”, me decía a mí mismo en los instantes reblandecidos de la conciencia del hombre, y no quería creerlo.

Así andaba la cosa y usted, jovencito que me escucha, no me va a creerlo, fíjese bien. (No tendré que aclarar que el jovencito soy yo, Leandro Perdomo, allá por los años treinta y pico, antes de la guerra civil española). No me va a creerlo porque hay casualidades en la vida que son para no creerlas. Fíjese bien..., y no se asombre de lo que le voy a decir... Iba yo en mi camión cargado de arroz hasta los topes y amanecía en Caracas. En los alrededores del gran mercado a esta hora temprana hay mucha bulla y mucha prisa y el tráfico es inmenso. De repente, en una mala maniobra debido al sueño que me vencía, pues había conducido durante toda la noche, otro camión también cargado de arroz que venía de frente se me echa encima. Medio atontado estaba del taponazo y triste también viendo mis sacos de arroz relingados a las dos bandas, cuando se me acerca el chófer del otro camión, un hombre cincuentón, moreno, algo calvo, algo canoso, y me grita:

—¡Bájate de ahí, chófer de pacotilla, gringo de la mierda! ¡Si estuviera seguro de que lo hiciste con intención *pa jeringarme* te estrangulaba ahora mismo; pero ha sido por torpe, por malandria que eres y me conformo con tu nombre *pa* que pagues los desperfectos!

Tan atolondrado estaba que yo no sé cómo pude balbucir:

—Me llamo..., me llamo Mamerto Manuel.

—¡Mamerto Manuel soy yo, estúpido!

Al rato mi padre y yo estábamos abrazados, llorando. Y más tarde, borrachos los dos con ron venezolano que sabe a demonios, nos despedimos, marchándose cada cual por su lado... Este fue el encuentro. La primera vista y la última vista. No volví a ver más a mi padre y nunca más supe de él... Cansado y sintiéndome envejecer lo abandoné todo y me vine a Lanzarote, para abrazar a mi madre porque sabía que se iba a morir, y... aquí estoy, con noventa años y pensando todavía en mi padre, qué hombre era, cómo sentía, cómo pensaba...

LA MANGA

*A mi primo Leandro Fajardo
Perdomo, gran amigo y admirador
de 'Maestro Rempuje'.*

III

La Vegueta ya no es la Vegueta, ya no es lo que fue. Sus viejos caserones están vacíos, o en ellos moran gentes diversas; sus tahonas ya no muelen; sus chimeneas de ilusión, algunas bizantínicas como las de Tinajo, ya no humean, y su olor a jazmín y a flor del limonero de sus patios ya no se escapa por las azoteas al campo... Sí siguen siendo las mismas las montañas que circundan el horizonte, que voy a nombrar porque sus nombres suenan a lejana antigüedad de guanchería: Tinache, Tamia, Timbaiba, Tisalaya y, como si fueran hijas sietemesinas abortadas de la parranda de amor geológico fallido, o fallado, del dios Vulcano lanzaroteño y la diosa del viento sin nombre escondida en 'lajiares' de volcán, las morras de Liria. Esto es lo que queda de la Vegueta antigua: su esqueleto horizontal de montañas y morras y sus viejos caserones.

Era yo niño y jugaba al 'convoy' en un cercado frente a la casa con un pequeño burro desrabanado, cuando mi padre se acercó. Venía acompañado de un individuo macilento, encorvado, con un ojo más grande que el otro, o más 'engruñado'. Mi padre me dijo:

—Este señor se quedará en la casa. Es carpintero y viene a trabajar. Tiene que arreglar los toneles rotos de la bodega para la próxima vendimia. Tú le ayudarás.

No me extrañó y no me preocupé por eso del trabajo porque mi padre tenía la costumbre de aparecer en la Vegueta con individuos raros que decían venir a trabajar y después no daban golpe. Mi padre tenía la costumbre, o la manía, de hacer amistad con los forasteros que desembarcaban en Arrecife y que venían Dios sabe de dónde, y si el forastero era un pobre diablo desamparado que no tenía en qué caerse muerto, arrancaba con él para la Vegueta. Y allí el forastero holgaba, comía hasta engordar y cuando le venía en gana desaparecía.

—Bien —le contesté a mi padre—; descuide que sabré ser buen ayudante y este señor no tendrá quejas de mí.

Nos hicimos pronto amigos el carpintero y yo. Como mi padre solía ausentarse semanas enteras, sobre todo cuando iba a la isla

de Alegranza a pescar, nos quedábamos solos los dos, el forastero de turno y yo, esta vez llamado Laureano Méndez.

De día, Laureano Méndez dormía mucho y remendaba a ratos alguna pipa o bocoy. De noche, dormía poco y andaba mucho, paseándose sin descanso durante horas enteras por los pasillos oscuros y los cuartos desvencijados. Yo me dormía oyendo sus pasos lentos de pato domesticado y su voz ronca lejana, pues también hablaba mucho solo, cuando no tenía contrincante ... A veces me despertaba y seguía oyéndolo incansable en el caminar y en la palabra.

Al siguiente día, yo trataba de recordar algún pormenor de sus solitarias peroratas, incongruentes y sin sentido, o quizá fuera que a mí me lo parecía a través de la somnolencia entre sueño y sueño. Pero de lo que sí estaba seguro es de no dejar de oír una sola noche repetir muchas veces la palabra manga.

—La manga, la manga, aquella manga... —decía en tono entre de reproche y queja.

Tan intrigado me tenía aquello de la manga, que un día me quité de cuentas y se lo pregunté. Con gesto destemplado, tan infrecuente en él, me dijo:

—Mire, niño, le voy a dar un consejo: no se meta en mi vida privada; olvide eso de la manga.

Seguí más intrigado todavía. La manga, ¿qué será eso de la manga?, me decía a mí mismo lleno de curiosidad y también, lo confieso, con cierto miedo.

Fuera de esto, señor Laureano Méndez y yo nos llevábamos muy bien. En los ratos que trabajaba en la bodega, cuando estaba de humor, me contaba anécdotas y 'sucedidos' de sus andanzas de joven por América. Me contó la muerte del 'majá', que mató de certero golpe de hacha en la frente cuando el majá, ese temible animal entre serpiente y cocodrilo, ya iba a triturar a dos amigos que dormían en un árbol; y la muerte del águila por el hurón cuando el águila se llevaba al hurón trincado en sus garras y el hurón la degolló en las alturas... Y muchas cosas más.

Entretanto, un día llegó un campesino a pedirle prestado un puntero, y señor Laureano Méndez le dijo:

—Yo le presto el puntero, pero sepa que este instrumento no se llama puntero, sino rempuje.

Desde este momento, los vecinos de la Vegueta ya no llamaron al señor Laureano Méndez por su nombre, sino 'Maestro Rempuje'. Yo le seguiré llamando también en el relato Maestro Rempuje.

La vida seguía sin consecuencias en la Vegueta, cuando una noche Maestro Rempuje se planta delante de mi padre y le dice:

—Don Justiniano, mañana me voy.

—Si se va es porque quiere, nadie lo echa— le contestó mi padre.

—Llevo casi un año aquí y ya está bien. Yo soy un hombre agradecido y le doy las gracias, pero debo irme, tengo que irme.

—¿Es que le ha sucedido algo? ¿Le pasa algo?

—Mire... Para que vea que no me pasa nada y debo irme, le voy a contar algo que no se lo he contado a nadie después que vine de Cuba, hace años... Eche al chico afuera.

Yo salí y Maestro Rempuje le contó a mi padre:

“Usted sabe que yo soy de Gran Canaria, de un pueblo del sur. Casado y con cuatro hijos, la situación en la isla a fines de siglo no era muy próspera y yo me decidí a emigrar. Me metí en el *Valvanera* y llegué a Cuba. En Cuba trabajé como un león en todo lo que me saliera y todos los meses le giraba a mi mujer los pesos ganados, dejando para mí lo indispensable para ir viviendo... Pues bien, una noche, a los cuatro años más o menos de llegar a Cuba, me había acostado después de cerrar bien la habitación por dentro como era mi costumbre, cuando de pronto a la opaca luz de la luna, que se colaba por el ventanillo, veo que una mujer viene despacio hacia mí. Yo no distinguía sino su silueta que era hermosa, bien contorneada, con pechos robustos y caderas esplendorosas y un delicioso andar de nave escorada a una banda y a la otra. Cerré los ojos un instante porque no quería creerlo, no quería creer que fuera real la visión de aquella mujer... Y cuando me di cuenta estaba junto a mí, acostada conmigo, sintiendo la tibieza de su piel y el aliento contenido de su respiración. Yo no dije nada, no podía decir nada por la emoción y me quedé quieto, esperando... Pero la mujer se fue pegando cada vez más y me fue envolviendo su calor y como afuera había frío me pegué yo también. Y me dormí pegado a ella como una lapa en la roca. Usted comprenderá, joven que era uno y separado de la esposa tanto tiempo... Dormí como un bendito aquella noche, créamelo. Pero por la mañana, al despertar, mi asombro fue muy grande: la mujer que yo había hecho mía en arremetidas de amor violento y desmayado no estaba allí, y la habitación seguía trancada por dentro con el fechillo. “Bueno, habrá entrado y salido por el ventanillo, aunque lo dudo por lo estrecho”, me dije y traté de olvidarme de lo sucedido. Pero al vestirme, reparé en que a la camisa le faltaba una manga. “Cosa rara, muy rara, me dije, ¿se la habrá llevado ella?, ¿pero para qué?”, y traté también de olvidarme del asunto. Bueno..., pues pasaron cuatro años más y como me estaba cansando de América y como ya tenía mis buenos ahorros, sin pensarlo mucho me metí en el *Valvanera* y... ¡rumbo a Canarias! Llegué loco de contento. Al fin, después de ocho años, otra vez con los míos, con mi mujer, con mis hijos. Pero... ocurrió que al llegar a mi casa

no fueron cuatro hijos los que encontré, los que había dejado, sino cinco. Como usted comprenderá, me fui derecho al maletón de las herramientas, empuñé el rempuje más grande y me fui derecho a mi mujer decidido a taladrarla. “¡Espera!, me gritó ella despavorida, ¡espera si dudas que es tuyo!”, y se fue al ropero y apareció con la manga, con la manga misma de mi camisa. “¿Y esto qué es?, ¿y esto que está aquí qué es?”, me decía ella mientras alargaba la manga con sus manos y me miraba de arriba abajo...

Maestro Rempuje se fue de Lanzarote y ni mi padre, que en paz descanse, ni yo, supimos más de él. Mi primo Leandro tampoco. De vez en cuando los dos, cuando yo bajo a Arrecife, lo recordamos y todavía seguimos dándole vueltas en nuestras cabezas al misterio de la manga de la camisa de Maestro Rempuje.

**ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA
13 DE MARZO DE 1974
EN LITOGRAFÍA SAAVEDRA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA**



OBRAS PUBLICADAS
DEL MISMO AUTOR:

Diez cuentos. (1953).

El Puerto de la Luz. (1955).

Nosotros, los emigrantes. (1970).

Lanzarote y yo. (1974).

INÉDITAS:

La Piedra. (Relato parcial de una isla).

EN PREPARACIÓN:

Desde mi Cráter.